

BLAKE PIERCE

UNA RAZÓN
PARA
ATERRARSE

UN MISTERIO DE AVERY BLACK — LIBRO 6

Table of Contents

[Cover Page](#)

[Título página](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)

[EPÍLOGO](#)

UN A RAZÓN PARA ATERRARSE

(UN MISTERIO DE AVERY BLACK — LIBRO 6)

BLAKE PIERCE

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio RILEY PAIGE que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de AVERY BLACK (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de KERI LOCKE (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de KATE WISE (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de CHLOE FINE (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de JESSE HUNT (que cuenta con tres libros).

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

Derechos de autor © 2018 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976 y las leyes de propiedad intelectual, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o distribuida en cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en un sistema de bases de datos o de recuperación sin el previo permiso del autor. Este libro electrónico está licenciado para tu disfrute personal solamente. Este libro electrónico no puede ser revendido o dado a otras personas.

Si te gustaría compartir este libro con otras personas, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo compraste, o no fue comprado solo para tu uso, por favor regrésalo y compra tu propia copia.

Gracias por respetar el trabajo arduo de este autor. Esta es una obra de ficción.

Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se emplean como ficción.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es totalmente coincidente. Los derechos de autor de la imagen de la cubierta son de Karuka, utilizada bajo licencia de shutterstock.com.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE JESSE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Book #1)

EL TIPO PERFECTO (Book #2)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE

FINE

Al LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ CONSUMIDO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)

UNA VEZ ATADO (Libro #12)

UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)

UNA VEZ LATENTE (Libro #14)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE ASESINE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

ANTES DE QUE DESEE (Libro #3)

ANTES DE QUE ARREBATE (Libro #4)

ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5) ANTES DE QUE SIENTA (Libro #6)

ANTES DE QUE PEQUE (Libro #7)

ANTES DE QUE CACE (Libro #8)

ANTES DE QUE SE APROVECHE (Libro #9)

ANTES DE QUE ANHELE (Libro #10)

ANTES DE QUE SE DESCUIDE (Libro #11)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

UNA RAZÓN PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)

UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)

UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)

UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)

UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)

UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)

CONTENIDO

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

EPÍLOGO

PRÓLOGO

Roosevelt “Rosie” Dobbs caminó hasta el porche del apartamento 2B con su modo de andar habitual. Si alguien hubiera estado por allí, lo habría oído maldiciendo por lo bajo.

Rosie golpeó la puerta con su puño gigante. Con cada golpe, vio el rostro del hombre que vivía en el 2B. Un imbécil pretencioso llamado Alfred Lawnbrook, del tipo que se creía mejor que los demás a pesar de que vivía en un apartamento de segunda en una de las peores zonas de la ciudad. Nunca había pagado su renta a tiempo. Durante los dos años que había estado viviendo en el apartamento, siempre había pagado con una semana de retraso. Esta vez habían pasado tres semanas... y Rosie estaba harta. Si Lawnbrook no le pagaba el alquiler hoy mismo, lo echaría.

Era sábado, poco después de las nueve de la mañana. El auto de Lawnbrook estaba estacionado en su lugar habitual, así que Rosie sabía que estaba en casa.

Pero no había abierto la puerta, a pesar de lo duro que estaba tocando.

Rosie dio un último golpe violento y decidió usar su voz. —Lawnbrook, ¡ábreme la puerta ya! Y más te vale que tengas la renta en mano cuando lo hagas.

Rosie trató de ser paciente. Esperó aproximadamente diez segundos antes de pegar otro gran grito: —¡Lawnbrook!

Cuando aún no hubo respuesta, Rosie desenganchó el gran llavero que llevaba en un mosquetón en su cadera. Buscó hasta encontrar la llave del 2B. Sin otra advertencia, Rosie metió la llave en la cerradura, giró el pomo y entró en el apartamento.

—¡Alfred Lawnbrook! Es Rosie Dobbs, tu arrendador. Llevas tres semanas retrasado con el alquiler y...

Pero Rosie supo enseguida que no iba a obtener una respuesta. Todo estaba tan quieto y silencioso que supo que Lawnbrook no estaba en casa.

«No, no es eso. Es otra cosa... Aquí pasó algo. Algo malo...», pensó Rosie.

Rosie avanzó, pero se detuvo cuando llegó al centro de la sala de estar.

En ese momento se percató del olor.

Al principio, le recordó a papas podridas. Pero el olor era distinto, más sutil.

—¿Lawnbrook?— repitió, pero esta vez con miedo en su voz.

Una vez más, no hubo respuesta... aunque Rosie no había estado esperando una.

Caminó por la sala de estar y se asomó en la cocina, pensando que tal vez había dejado comida afuera que se había echado a perder. Pero la cocina estaba bastante limpia y, debido a su pequeño tamaño, era evidente que no había nada fuera de lugar.

«Llama a la policía. Sabes que algo anda mal, así que llama a la policía y lávate las manos», pensó Rosie.

Pero la curiosidad era tremenda droga, así que Rosie siguió indagando. Empezó por el pasillo y su intuición lo llevó derecho a la puerta de la habitación. El olor se tornó más desagradable y supo de inmediato qué se encontraría. Pero no pudo evitar seguir adelante. Él tenía que saber... tenía que ver.

La habitación de Lawnbrook estaba un poco desordenada. Algunas cosas se habían caído de su mesa de noche, incluyendo su cartera, un libro y una foto enmarcada. Las persianas de plástico en la ventana estaban un poco torcidas, las de abajo dobladas.

Y aquí, el olor era peor. No era insoportable, pero ciertamente no era algo que Rosie quería respirar por mucho más tiempo.

La cama estaba vacía y no había nada que ver en el espacio entre la cómoda y la pared. Con un nudo en la garganta, Rosie se volvió hacia el clóset. La puerta estaba cerrada y de alguna forma eso fue peor que el olor. Sin embargo, su curiosidad morbosa lo impulsó y Rosie se encontró dirigiéndose al clóset. Tocó la perilla y por un momento creyó poder sentir el terrible olor, pegajoso y caliente.

Antes de girar la perilla, vio algo por el rabillo del ojo. Miró sus pies, pensando que sus nervios le estaban jugando una mala pasada. Pero no... Definitivamente había visto algo.

Dos arañas salieron por debajo de la puerta. Los dos eran bastante grandes, una del tamaño de una moneda y la otra tan grande que apenas cabía por la rendija.

Rosie dio un salto hacia atrás, sorprendido, y soltó un grito. Las arañas se metieron debajo de la cama y, cuando se volvió a mirarlas, vio unas cuantas arañas aferradas a la cama también. La mayoría de ellas eran pequeñas, pero había una del tamaño de un sello postal en la almohada.

La adrenalina lo impulsó. Rosie cogió la perilla, la giró y abrió la puerta.

Intentó gritar, pero sus pulmones parecían estar paralizados. Lo único que salió de su garganta fue un ruido ahogado mientras se alejó lentamente de lo que había visto en el clóset.

Alfred Lawnbrook estaba extendido en la esquina trasera del clóset. Su cuerpo estaba pálido e inmóvil.

También estaba casi totalmente cubierto de arañas. Vio algunas telarañas en su cuerpo.

Una telaraña en su brazo derecho era tan espesa que Rosie no pudo ver su piel.

La mayoría de las arañas eran pequeñas y se veían inofensivas, pero también vio unas grandes. Mientras Rosie se quedó mirando horrorizado, una araña del tamaño de una pelota de golf comenzó a andar por la frente de Lawnbrook. Otra más pequeña se subió por su labio inferior.

Ver eso hizo que Rosie saliera corriendo. Casi se tropezó con sus propios pies mientras salió de la habitación gritando, manoteando su nuca con fuerza, sintiendo que tenía millones de arañas trepando por todo su cuerpo.

CAPÍTULO UNO

Dos meses antes...

Mientras Avery Black abría una de las muchas cajas todavía dispersas en su nuevo hogar, se preguntó por qué había esperado tanto tiempo para mudarse de la ciudad. No la extrañaba en lo absoluto y en realidad estaba empezando a resentir el hecho de haber perdido tanto tiempo allí.

Miró dentro de la caja, con la esperanza de encontrar su iPod. No marcó nada cuando abandonó su apartamento en Boston. Había metido todo en cajas apresuradamente y mudado durante el transcurso de un día. Eso fue hace tres semanas y aún le quedaban cosas por desempacar. De hecho, sus sábanas estaban en algunas de esas cajas, pero había elegido dormir en el sofá durante las últimas tres semanas.

La caja no contenía su iPod, pero sí las pocas botellas de licor que le quedaban.

Sacó un vaso de la caja, lo llenó con una buena dosis de whisky americano y salió al porche. Entrecerró los ojos ante la luz brillante de la mañana y tomó un trago de whisky americano. Después de disfrutar de la sensación del trago, tomó otro. Luego miró su reloj y vio que apenas eran las diez de la mañana.

Se encogió de hombros y se dejó caer en la vieja mecedora que había estado en el porche cuando compró la casa. Miró su nuevo entorno y pensó que podría vivir el resto de su vida aquí con bastante comodidad.

La casa no era una cabaña en sí, pero era bastante rústica. Era de un solo piso y tenía un interior moderno. En términos de su dirección postal, estaba cerca del estanque Walden, pero lo suficientemente alejada de la zona para también ser considerada “en el medio de la nada”. Su vecino más cercano estaba a casi un kilómetro de distancia y lo único que podía ver más allá de su propio porche y ventana trasera de la cocina eran árboles.

Nada de cláxones. Nada de peatones apurados mirando sus celulares. Nada de tráfico. Nada de ese olor habitual a gasolina y escape ni el zumbido de motores.

Bebió otro trago de whisky americano y escuchó sus alrededores. Nada.

Absolutamente nada. Bueno, eso no era necesariamente cierto. Oía dos pájaros y el leve crujido de los árboles moviéndose en la brisa fría de finales de otoño.

Había hecho todo lo posible para hacer que Rose se viniera para acá con ella. Su hija había sufrido mucho y sabía que quedarse en la ciudad no la ayudaría a sanar. Pero Rose se había negado. De hecho, Rose se había negado rotundamente. A lo que se calmaron las aguas de su último caso, Rose necesitó a alguien a quien culpar por la muerte de su padre. Y, como de costumbre, había culpado a Avery.

Por mucho que le dolía, Avery lo entendía; se habría comportado de la misma manera si estuviera en sus zapatos. Durante su mudanza al bosque, Rose la había acusado de huir de sus problemas. Y Avery no tuvo reparos en admitirlo. Había venido aquí para escapar de los recuerdos de su último caso, más bien de los últimos meses de su vida, para ser honesta.

Habían estado tan cerca de recuperar la relación que alguna vez habían tenido.

Pero cuando el padre de Rose murió, así como también Ramírez, un hombre que había empezado a aceptar como el pretendiente de su madre, todo se desmoronó.

Rose culpaba a Avery por la muerte de su padre, y Avery también estaba empezando a culparse a sí misma.

Avery cerró los ojos y se acabó el vaso de whisky americano. Escuchó los sonidos tranquilos del bosque y dejó que la calidez del whisky americano la reconfortara. Había dejado que una calidez similar la reconfortara durante el transcurso de las últimas tres semanas, emborrachándose un puñado de veces, una vez tanto que pasó horas inconsciente. Había pasado esa noche encorvada sobre un inodoro gimiendo sobre Ramírez y el futuro que habían estado tan cerca de tener.

Avery se sentía avergonzada cuando recordaba eso. La hacía querer no beber nunca más. Nunca había sido una gran bebedora, pero el licor y el vino la habían ayudado mucho durante estas últimas tres semanas.

«¿Ayudado en qué?», se preguntó mientras se levantó de la mecedora y entró a la casa.

Ella observó el whisky americano, tentada a seguir bebiendo y emborracharse antes del mediodía para poder soportar otro día. Pero sabía que eso era cobarde.

Tenía que superar esto por su cuenta, con cabeza fría. Así que guardó el whisky americano y las otras botellas de licor en un gabinete de la cocina. Luego pasó a la siguiente caja, todavía buscando el iPod.

Vio una pila de álbumes de fotos adentro de la caja. Como había estado pensando en Rose en el porche, Avery decidió sacarlos... y lo hizo a toda prisa.

Había tres en total, uno de los cuales estaba lleno de fotos de sus días universitarios. Ella ignoró este por completo y abrió el segundo.

Vio el rostro de Rose de inmediato. Tenía doce años, y estaba en un trineo con un sombrero cubierto de nieve. Rose todavía tenía doce en la siguiente foto. En esta, ella estaba pintando lo que parecía un campo de girasoles en un caballete en su antiguo dormitorio. Avery miró las fotos hasta que llegó a una que había sido tomada hace solo tres Navidades. Rose y Jack, su padre, estaban bailando graciosamente frente a un árbol de Navidad. Ambos estaban sonriendo de oreja a oreja. El gorro de

Santa de Jack estaba torcido en su cabeza y los adornos brillaban en el fondo.

Eso fue como una puñalada al corazón, y en ese momento fue inundada con una necesidad intensa de llorar. No había sentido el impulso ni una sola vez desde que se había mudado aquí, ya que se había vuelto bastante buena en reprimir tales cosas durante su carrera. Pero el impulso llegó y, de la nada, antes de que pudiera luchar, su boca se abrió y soltó un gemido de agonía. Se agarró el corazón, como si ese cuchillo imaginario realmente estuviera allí, y se dejó caer al piso.

Trató de levantarse, pero su cuerpo no quiso cooperar.

—No —parecía decirle—. Vas a permitirte este momento y vas a llorar. Vas a sollozar. Vas a sentir. ¿Y quién sabe? Quizá te sientas mejor.

Se aferró al álbum de fotos, presionándolo contra su pecho. Lloró mucho, permitiéndose ser vulnerable durante un momento. Odiaba lo bien que se sentía soltar, quebrantarse. Ella gimió y lloró, sin decir nada, sin decir el nombre de nadie, sin cuestionar a Dios ni orar. Simplemente hizo el luto.

Y se sintió bien. Como un exorcismo.

No supo cuánto tiempo paso allí sentada en el piso entre cajas. Lo único que supo fue que, cuando se puso de pie, ya no sintió ganas de adormecerse con

licor. Necesitaba tener la cabeza despejada, necesitaba ordenar sus pensamientos.

Sintió un dolor familiar en las manos, algo aún más fuerte que la necesidad de beber para adormecer sus emociones. Apretó los puños y pensó en blancos de papel y polígonos de tiros.

Se sintió un poco mejor al pensar en las pocas cosas que tenía en el dormitorio que algún día de estos organizaría y decoraría. No había mucho allí, pero sí había una cosa que casi había olvidado. Poco a poco, tratando de animarse a sí misma mientras caminaba por la sala de estar llena de cajas, Avery entró en el dormitorio.

Se quedó parada en la puerta por un momento y estudió el arma que estaba apoyada en una esquina.

El rifle era un Remington 700 que había tenido desde su graduación de la universidad. Durante su último año en la universidad, había planeado

mudarse a algún lugar remoto con el fin de cazar venados en los inviernos. Era algo que su padre siempre hacía y, aunque ella no era particularmente buena para cazar, lo había disfrutado mucho. Sus amigas se burlaban de ella por eso y probablemente había asustado a unos cuantos novios en la escuela secundaria debido a su interés por el deporte. Cuando su padre falleció, su madre le rogó que se llevara el arma ya que creyó que eso era lo que su padre hubiera querido.

El rifle la había acompañado en muchas cosas, siendo trasladado de mudanza en mudanza, por lo general guardado en un clóset o debajo de una cama. Dos días después de mudarse a esta casa, lo había llevado a una tienda de armas para que lo limpiaran. Cuando lo fue a buscar, también compró tres cajas de cartuchos.

Suponiendo que debía aprovechar su buen ánimo, se desnudó y se colocó ropa térmica. No había demasiado frío esta mañana, pero ella no estaba acostumbrada a estar en el bosque. No tenía nada de camuflaje, así que decidió ponerse unos pantalones color verde oscuro y un suéter negro. Sabía que no era un atuendo muy seguro para ir a cazar ciervos, pero no le quedaba de otra.

Se puso un par de guantes delgados (luego de pasar un largo rato buscando en unas cajas para encontrarlos), se puso los zapatos más robustos que tenía y salió de la casa. Se metió en su auto y condujo tres kilómetros a un tramo de carretera que daba a una gran extensión de bosque que era propiedad del hombre al que le había comprado la casa. El hombre le había dado permiso para cazar en sus

tierras, casi como un extra por haber comprado la casa diez mil dólares sobre el precio de venta.

Encontró un lugar al lado de la carretera que era evidente que era bastante frecuentado por cazadores. Estacionó su auto allí, el lado del conductor apenas fuera de la carretera. Luego tomó el rifle y se dirigió hacia el bosque.

Se sentía tonta por estar andando por el bosque. No había cazado en cinco años más o menos, desde el mismo fin de semana que recibió el arma de su madre. No tenía el equipo adecuado, ni las botas adecuadas, ni el olor de ciervos para rociar en los árboles, ni los gorros o chalecos naranja. Pero también sabía que era un miércoles por la mañana y que el bosque estaría prácticamente vacío. Se sentía como la chica tímida que solo jugaba al baloncesto sola y se iba cuando chicos más talentosos entraban en el gimnasio.

Caminó por veinte minutos hasta llegar a un terreno elevado. Caminó con mucha precaución, con la misma que había practicado como detective de homicidios. El arma en sus manos se sentía bien, aunque un poco extraña. Estaba acostumbrada a armas mucho más pequeñas, en particular a su Glock, por lo que el rifle se sentía bastante potente. Cuando llegó a la cima de la colina, vio un roble caído a varios metros de distancia. Lo utilizó para ocultarse, sentándose en el suelo y luego bajándose un poco con la espalda apoyada en el árbol caído. En una posición reclinada, colocó el rifle a su lado y levantó la mirada hacia las copas de los árboles.

Se quedó allí con toda tranquilidad, sintiéndose aún más encerrada que como se había sentido hace una hora en el porche. Sonrió cuando se imaginó a Rose aquí con ella. Rose odiaba casi todo que tuviera que ver con la naturaleza y probablemente perdería la cabeza si supiera que su madre estaba sentada en el bosque con un rifle, tratando de matar un ciervo. Pensar en Rose ayudó a Avery a despejar su mente un poco y concentrarse en todo a su alrededor. Y cuando ella era capaz de hacer eso, los instintos de su carrera empezaban a activarse.

Oyó el crujido de las hojas en el suelo, así como también en los árboles, donde las últimas hojas tercas se aferraban a pesar del invierno que se avecinaba. Oyó un ruido a su derecha por encima de ella, probablemente una ardilla que había salido. Una vez que se aclimató a su entorno, cerró los ojos y se dejó llevar.

Oyó todas esas cosas, pero también vio sus propios pensamientos comenzar a

deslizarse en su lugar. Jack y su novia, ambos muertos. Ramírez, muerto. Pensó en Howard Randall, cayendo a la bahía, probablemente también muerto. Y al final de todo, vio a Rose... y cómo había corrido peligro debido al trabajo de su madre. Rose nunca lo había merecido, nunca lo había pedido. Había hecho todo lo posible para ser una hija compresiva y finalmente había alcanzado su punto de quiebre.

Honestamente, a Avery le impresionaba el hecho de lo mucho que había aguantado. Especialmente después de su último caso, donde su vida había estado literalmente en peligro. Y esa no había sido la primera vez.

El chasquido de una ramita detrás de ella interrumpió sus pensamientos. Sus ojos se abrieron de golpe y se encontró mirando las ramas de los árboles sobre ella.

Alcanzó lentamente el Remington a lo que oyó otro ruido detrás de ella.

Preparó el rifle y lo movió sigilosamente. Inhaló y exhaló lentamente, asegurándose de ni siquiera soplar una hoja torcida. Sus ojos recorrieron la zona debajo de la pequeña elevación en la que se ocultaba. Vio el ciervo al oeste, a unos sesenta metros de distancia. No era muy grande, pero al menos era algo.

Vio a otro más lejos, pero estaba cubierto parcialmente por dos árboles.

Se elevó un poco, estabilizando el rifle en el lado del roble caído. Flexionó el dedo al encontrar el gatillo y agarró la culata con fuerza. Trató de apuntar, pero le pareció un poco más difícil de lo que había previsto. Cuando vio que tenía un tiro limpio, disparó.

El chasquido del rifle debido al disparo resonó en el bosque. El retroceso fue notable, pero muy leve. Supo que no había acertado, ya que su codo se había resbalado al apretar el gatillo.

Pero no logró ver al ciervo escapar.

Cuando el sonido del disparo resonó en sus oídos y en el bosque, algo en su mente pareció temblar y luego congelarse. Por un momento paralizante, no pudo moverse. Y, en ese momento, no estaba en el bosque, no habiendo podido cazar a un ciervo. En su lugar, estaba en la sala de estar de Jack. Había sangre por todas partes. Tanto él como su novia habían sido asesinados. Ella no había sido capaz de detenerlo y, como tal, se sentía como si ella misma los hubiera matado. Rose tenía razón. Sí fue su culpa. Podría haberlo detenido si hubiera sido más rápida, si hubiera sido mejor.

La sangre brillaba y los ojos de Jack la miraban, muertos y suplicantes. —Por favor —le decían—. Retráctate, por favor. Haz lo correcto.

Avery soltó el rifle. El ruido del mismo al caer al suelo la trajo de vuelta, y se encontró sollozando. Las lágrimas brotaron y brotaron. Se sentían como riachuelos de fuego por su rostro congelado.

—Es mi culpa —dijo al bosque—. Fui la culpable. De todo.

No solo había sido la culpable de lo que le había sucedido a Jack y su novia...

No, sino también de lo que le había sucedido a Ramírez. Así como lo que les había sucedido a todos los demás que había sido incapaz de salvar. Debió haber sido mejor.

Vio la foto de Jack y Rose en frente al árbol de Navidad en su mente. Se enrolló como un ovillo al lado del roble caído y comenzó a temblar.

«No. No ahora, no aquí. Recomponte, Avery», pensó.

Luchó y se tragó la oleada de emociones. No fue demasiado difícil hacerlo.

Después de todo, se había hecho bastante buena en eso durante la última década.

Se puso de pie lentamente, recogiendo el rifle del suelo. Miró el lugar donde los dos ciervos habían estado. No se sentía mal por haber fallado el tiro.

Simplemente no le importaba.

Regresó por donde había venido, llevando el rifle sobre su hombro y una década de culpa y fracaso en su corazón.

*

En su camino de regreso a la casa, Avery supuso que lo mejor era no haber matado al ciervo. No tenía ni la menor idea cómo lo habría sacado del bosque.

¿Lo habría arrastrado a su auto? ¿Lo habría atado sobre su auto y luego conducido lentamente a casa? Sabía lo suficiente sobre eso como para saber que era ilegal dejar una caza en el bosque.

En cualquier otro momento, la imagen de un ciervo atado sobre su auto le habría parecido graciosísima. Pero en este momento simplemente le parecía otro descuido. Otra cosa más que no había pensado bien.

Justo cuando estaba a punto de girar en su carretera, oyó su teléfono celular sonar. Lo tomó de la consola y vio un número que no conocía, pero un código de área que había visto durante la mayor parte de su vida: el de Boston.

Atendió con escepticismo, ya que su carrera le había enseñado que llamadas de números desconocidos a menudo traían problemas.

—¿Hola?

—Hola, ¿habla la señora Black? ¿La señora Avery Black? —preguntó una voz masculina.

—Sí, ella habla. ¿Quién es?

—Mi nombre es Gary King. Soy el arrendador del lugar donde vive su hija.

Indicó que era su pariente más cercano en su papeleo y...

—¿Rose está bien? —preguntó Avery.

—Que yo sepa, sí. Pero la estoy llamando por otros asuntos. En primer lugar, está atrasada en su renta. Lleva dos semanas de atraso, y esta es la segunda vez que pasa en tres meses. He ido varias veces para allá para hablar con ella de esto, pero nunca me abre la puerta. Y no me devuelve las llamadas.

—Ciertamente no me necesita para eso —dijo Avery—. Rose es una mujer adulta y puede lidiar con ser regañada por un arrendador.

—Bueno, no es solo eso. He recibido llamadas de su vecina quejándose de llantos fuertes por las noches. Esta misma vecina afirma ser buen amiga de Rose.

Ella dice que Rose ha estado rara últimamente. Dice que ha repetido mucho que todo es una mierda y que la vida carece de sentido. Está preocupada por Rose.

—¿Y quién es esta amiga? —preguntó Avery.

Era difícil luchar contra esto, pero se sentía a sí misma comportándose como detective.

—Lo siento, pero no puedo decirle. Va en contra de la ley.

Avery estaba bastante segura de que el Sr. King tenía razón, así que dejó el asunto.

—Entiendo. Gracias por llamar, señor King. Me comunicaré con ella enseguida.

Y me encargaré de que reciba su renta.

—Eso está muy bien y se lo agradezco... pero sinceramente me preocupa más lo que podría estar pasando con Rose. Es una buena chica.

—Sí, lo es —dijo Avery antes de finalizar la llamada.

Para cuando lo hizo, ya se encontraba a poca distancia de su nuevo hogar. Buscó el número de Rose y realizó la llamada mientras pisó el acelerador con fuerza.

Estaba bastante segura de lo que pasaría, pero todavía albergó la esperanza de que contestara cada vez que el teléfono repicó en su oído.

Tal como esperaba, terminó oyendo la contestadora. Rose solo había entendido una de sus llamadas desde el asesinato de su padre, y solo porque esa noche había estado borracha. Avery decidió no dejar un mensaje, sabiendo que Rose no lo escucharía, y que mucho menos le devolvería la llamada.

Se estacionó en su entrada, dejando el motor en marcha, y corrió adentro para ponerse ropa más presentable. Regresó a su auto tres minutos después y se dirigió hacia Boston. Estaba segura de que a Rose le molestaría que su madre viajara a la ciudad solo para ver cómo estaba, pero Avery no tenía otra opción, dada la llamada de Gary King.

Cuando el camino se alisó un poco, Avery aumentó la velocidad. No estaba segura de su futuro en términos de su antiguo trabajo, pero sabía qué es lo más echaría de menos de él: la capacidad de sobrepasar el límite de velocidad cada vez que le diera la gana.

Rose estaba en problemas.

Lo sentía.

CAPÍTULO DOS

Avery llegó a la puerta de Rose pasada la una de la tarde. Ella vivía en un apartamento en planta baja en una zona decente de la ciudad. Tenía como pagar el apartamento debido a las propinas que recibía como barwoman en un bar de clase alta, un trabajo que había encontrado poco después de la mudanza de Avery a la cabaña. Su trabajo antes de ese había sido un poco menos glamoroso.

Había sido mesera en un restaurante y trabajó editando para empresas publicitarias en su apartamento. Avery deseaba que Rose terminara la universidad, pero también sabía que, entre más la presionaba, Rose se sentiría menos inclinada a elegir ese camino.

Avery llamó a la puerta, sabiendo que Rose estaba en casa porque su auto estaba estacionado al lado de la calle. Incluso si eso no la hubiera hecho saber que estaba en casa, desde que se había mudado sola, Rose había optado por aceptar trabajos donde entraba en la noche para

poder dormir hasta tarde y pasar todo el día echada en casa. Tocó con más fuerza cuando Rose no respondió y pensó en gritar su nombre. Ella decidió no hacerlo, pensando que su voz sería aún menos bienvenida que la del arrendador que Rose estaba tratando de evitar.

«Probablemente sabe que soy yo porque llamé antes de venir», pensó.

Dado eso, supuso que lo mejor era recurrir a lo que mejor sabía hacer: negociar.

—Rose —dijo, tocando otra vez—. Abre la puerta. Es tu madre. Y hay frío.

Ella esperó un momento, pero no escuchó respuesta. En lugar de tocar otra vez, se acercó a la puerta con calma, parándose lo más cerca de ella posible. Cuando volvió a hablar, levantó la voz lo suficiente como para ser escuchada adentro, pero no lo suficiente como para hacer una escena en la calle.

—Puedes seguir ignorándome si quieres, Rose, pero no me voy a ir. Y si quiero volverme obsesiva al respecto, recuerda lo que solía hacer para ganarme la vida.

Créeme que tengo formas de enterarme dónde te encuentras en cualquier momento dado. O puedes hacer todo más fácil y simplemente abrir la maldita puerta.

Volvió a tocar después de decir eso. Esta vez, Rose abrió la puerta en cuestión de segundos. Se asomó como una mujer que no confiaba en la persona que estaba al otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres, mamá?

—Pasar.

Rose lo consideró por un momento y luego abrió la puerta del todo. Avery hizo lo posible por no darle demasiada importancia al hecho de que Rose había perdido algo de peso. Bastante peso, en realidad. También se había teñido el cabello color negro azabache y se lo había alisado.

Avery entró y encontró el apartamento muy limpio. Había un ukelele en el sofá que se veía muy fuera de lugar. Avery lo señaló y le dio una mirada interrogante.

—Solo quería aprender a tocar algo —dijo Rose—. La guitarra toma demasiado tiempo y los pianos son muy costosos.

—¿Eres buena? —preguntó Avery.

—Puedo tocar cinco acordes. Casi puedo tocar toda una canción.

Avery asintió, impresionada. Estuvo a punto de pedirle que tocara la canción, pero lo pensó mejor. Luego pensó en sentarse en el sofá, pero no quería parecer como si estuviera abusando de su hospitalidad. Estaba bastante segura de que Rose no la invitaría a sentarse de todos modos.

—Estoy bien, mamá —dijo Rose—. Si estás aquí por eso...

—Sí, estoy aquí por eso —dijo Avery—. Y llevo tiempo queriendo hablar contigo. Sé que me odias y me culpas por todo lo que pasó. Eso apesta, pero puedo lidiar con eso. Pero hoy me llamó tu arrendador...

—Dios mío —dijo Rose—. Ese idiota codicioso no me deja en paz y...

—Quiere su renta, Rose. ¿La tienes? ¿Necesitas dinero?

Rose hizo una mueca ante la pregunta y dijo: —Me gané trescientos dólares en propinas anoche. Y hago casi el doble de eso en propinas los sábados por la

noche. Así que no... No necesito dinero.

—Excelente. Pero... bueno, también me dijo que está preocupado por ti. Que se enteró de algunas cosas que dijiste. No me mientas, Rose. ¿Cómo estás de verdad?

—¿En serio? —preguntó Rose—. ¿Cómo estoy de verdad? Bueno, extraño a mi papá. Y estuve a punto de ser asesinada por el mismo pendejo que lo mató. Y

aunque también te extraño, no puedo ni siquiera pensar en ti sin recordar cómo murió. Sé que eso no está bien, pero te odio cada vez que pienso en papá y en cómo murió. Y pensarte también me hace darme cuenta que he sufrido desde que empezaste a trabajar como detective.

Fue difícil escucharlo, pero también sabía que pudo haber sido mucho peor.

—¿Estás durmiendo bien? —preguntó—. ¿Y comiendo bien? Rose... ¿Cuánto peso has perdido?

Rose negó con la cabeza y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Me preguntaste cómo estoy y ya te contesté. ¿Estoy feliz? Por supuesto que no. Pero no voy a cometer una estupidez, mamá. Cuando todo esto pase, estaré bien. Y pasará. Yo sé que pasará. Pero no puedo tenerte cerca, sino jamás lo superaré.

—Rose...

—No. Mamá... eres tóxica para mí. Sé que has intentado arreglar las cosas entre nosotras, que llevas varios años intentándolo. Pero no está funcionando y creo que jamás funcionará teniendo en cuenta los acontecimientos recientes. Así que... vete, por favor. Vete y deja de llamarme.

—Pero Rose, esto es...

Rose rompió a llorar, y luego abrió la puerta y gritó: —Maldita sea mamá,

¿podrías dejarme en paz?

Rose luego bajó la mirada al piso, ahogando sus sollozos. Avery contuvo sus propias lágrimas mientras accedió a su petición. Le pasó por al lado, restringiéndose a sí misma para no abrazarla ni responderle. Simplemente salió

por la puerta.

Pero la puerta cerrándose de forma violenta tras ella quizá fue lo peor de todo.

Avery ya estaba llorando, y ni siquiera había puesto su auto en marcha. Para cuando se encontró de nuevo en la carretera dirigiéndose a su nuevo hogar, estaba haciendo todo lo posible para contener sus sollozos. Lágrimas corrían por sus mejillas, y se dio cuenta de que había llorado más en los últimos cuatro meses que en toda su vida. Primero había sido muerte de Jack, luego la de Ramírez. Y ahora esto.

Tal vez Rose tenía razón. Tal vez ella era tóxica. Porque, a fin de cuentas, ella era la culpable de las muertes de Jack y Ramírez. Su carrera

ambiciosa había llevado al asesino a sus seres queridos y, como tal, se habían convertido en sus objetivos.

Y esa misma carrera había alejado a Rose. Por no mencionar el hecho de que esa misma carrera había llegado a su fin. Avery se retiró poco después del funeral de Ramírez y, aunque sabía que Connelly y O'Malley le habían dejado las puertas abiertas, era una invitación que sabía que nunca aceptaría.

Se detuvo en su entrada, estacionó el auto y entró con lágrimas todavía corriendo por sus mejillas. La triste realidad era que su vida estaría completamente vacía si abandonaba su carrera. Su futuro marido había sido asesinado, junto con su ex esposo, y ahora, la única superviviente de su pasado, su hija, no quería tener nada que ver con ella.

«Y en lugar de solucionarlo, ¿qué hiciste?», se preguntó a sí misma.

Casi sonaba como la voz de Ramírez, señalando cómo estaba empeorando las cosas:

—Dejaste la ciudad y huiste al bosque. En lugar de enfrentar el dolor y una vida que se había puesto patas arriba, huiste y pasaste varios días bebiendo para

olvidar. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Volver a huir? ¿O tal vez deberías solucionarlo?

Sin embargo, a lo que entró en la cabaña, se sintió más segura de lo que se había sentido parada en la puerta de Rose. Parecía disminuir el dolor que había provocado el hecho que su hija le había tirado la puerta en la cara. Sí, la hacía sentirse como una cobarde, pero simplemente no encontraba otra forma de lidiar con eso.

«Ella tiene razón. Soy tóxica para ella. En los últimos años, lo único que he hecho es dificultarle la vida. Todo comenzó cuando puse mi carrera por encima de su padre y luego se agravó cuando, sin importar lo mucho que lo intentara, mi carrera llegó a ser hasta más importante que ella. Y aquí estamos de nuevo, en conflicto, aunque ya no ejerzo mi carrera. Y es porque me culpa por el asesinato de su padre... y no está exactamente equivocada», pensó.

Caminó lentamente hacia la cama que aún no había terminado de armar. Su caja fuerte personal estaba allí, entre la cabecera y el somier. Mientras la abría, se le vino a la mente el momento en el que entró en la sala de estar de Jack y encontró su cuerpo. Pensó en Ramírez en el hospital, ya gravemente herido antes de su asesinato.

Era la culpable de todo. Y jamás se perdonaría a sí misma.

Metió la mano en la caja fuerte y sacó su Glock. Se sentía familiar en sus manos, como un viejo amigo.

Seguía llorando mientras apoyaba su espalda en la cabecera. Miró la pistola, estudiándola. Había estado en su cadera o espalda durante casi dos décadas, más cercana a ella que cualquier ser humano. Así que se sintió demasiado natural cuando se la colocó debajo de la barbilla. Se sentía fría, pero firme.

Soltó un sollozo mientras la acomodó, asegurándose de que la bala atravesaría en el mejor ángulo. Su dedo encontró el gatillo y se estremeció.

Se preguntó si siquiera escucharía la explosión y, si lo hacía, si sonaría tan fuerte como Rose tirando la puerta detrás de ella.

Su dedo se curvó alrededor del gatillo y cerró los ojos.

En ese momento sonó el timbre, sobresaltándola.

Su dedo se aflojó y todo su cuerpo quedó inerte. La Glock cayó al suelo.

«Casi —pensó mientras su corazón bombeaba adrenalina en su torrente sanguíneo—. Otro cuarto de segundo, y mis sesos estarían salpicados por toda la pared.»

Miró la Glock y la pateó con fuerza, como si fuera una serpiente venenosa.

Sujetó su cabeza con sus manos y se secó las lágrimas.

«Estuviste a punto de suicidarte —dijo en su mente la voz que podría o no ser Ramírez—. ¿Eso no te hace sentir como una cobarde?»

Echó el pensamiento a un lado mientras se puso de pie y se dirigió a la puerta principal. No tenía idea de quién podría ser. Se atrevió a esperar que fuera Rose, pero sabía que no lo era. Rose se parecía mucho a su madre en ese sentido, terca a más no poder.

Abrió la puerta y no encontró a nadie. Sin embargo, vio la parte trasera de un camión de UPS saliendo de su entrada. Bajó la mirada y vio una pequeña caja.

La cogió y leyó su propio nombre y nueva dirección, escritas en una letra muy bonita. La dirección del remitente no mostraba ningún

nombre, solo una dirección de Nueva York.

Entró en la cabaña con la caja y la abrió lentamente. La caja no pesaba nada y, cuando la abrió, se encontró con una bola de periódico. Rompió todo el periódico y encontró una sola cosa esperándola abajo.

Era una sola hoja de papel, doblada por la mitad. La desdobló, y cuando leyó el mensaje adentro, su corazón se detuvo por un momento.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, Avery ya no sintió la necesidad de suicidarse.

Ella leyó el mensaje una y otra vez, tratando de darle sentido. Su mente estaba trabajando para buscar una respuesta. Y con algo como esto para averiguar, el mero pensamiento de morir antes de resolverlo la hacía estremecerse.

Se sentó en el sofá y se quedó mirándolo, leyéndolo una y otra vez.

¿quién eres tú, Avery?

Atentamente,

Howard.

CAPÍTULO TRES

En los próximos días, Avery siguió tocando el área debajo de su barbilla donde se había colocado el cañón de la pistola. Se sentía irritada, como una picadura de insecto. Cada vez que se acostaba a dormir y su cuello se extendía cuando su cabeza tocaba su almohada, esa zona se sentía expuesta y vulnerable.

Tenía que enfrentar el hecho de que había ido a un lugar muy oscuro. Aunque se había acobardado en el último instante, había ido allí. Jamás lo olvidaría y parecía que los nervios dentro de su carne querían asegurarse de que no lo hiciera.

Durante los tres días siguientes a su casi-suicidio, se sintió más deprimida que nunca. Pasó esos días acurrucada en el sofá. Trató de leer, pero no podía concentrarse. Trató de motivarse a sí misma para salir a correr, pero se sentía muy cansada. Seguía pegada a la carta de Howard, tocándola tanto que el papel estaba empezando a arrugarse.

Dejó de consumir alcohol excesivamente luego de recibir la carta de Howard.

Poco a poco, como una oruga, comenzó a salir de su capullo de autocompasión.

Comenzó a hacer ejercicio. También hizo crucigramas y sudoku solo para ejercitar su mente. Sin trabajo, sabiendo que tenía suficiente dinero para todo un año sin tener que preocuparse por nada, fue demasiado fácil caer en la pereza.

Pero el paquete de Howard la había hecho abandonar ese letargo. Ahora tenía un misterio que resolver, y eso le daba algo que hacer. Y cuando Avery Black se le metía algo en la cabeza, no descansaba hasta resolverlo.

Dentro de una semana después de recibir la carta, comenzó a establecer una rutina para sí misma. Todavía era la rutina de una ermitaña, pero al menos la hacía sentirse normal. La hacía sentir que tenía algo por lo que merecía la pena vivir. Estructura. Desafíos mentales. Esas eran las cosas que siempre la habían inspirado, y eso fue lo que hicieron en esas próximas semanas.

Sus mañanas comenzaban a las siete. Salía a correr de inmediato. Hizo carreras de 3 kilómetros por las carreteras secundarias alrededor de la cabaña durante esa la primera semana. Volvía a casa, desayunaba y repasaba viejos expedientes.

Tenía más de un centenar en sus propios registros personales, todos los cuales habían sido resueltos. Pero los repasaba solo para mantenerse ocupada y recordarse que, entre los fracasos que se habían producido al final, también había disfrutado de muchos éxitos.

Luego pasaba una hora desempacando y organizando. Después almorzaba y hacía un crucigrama o un rompecabezas de algún tipo. Luego hacía ejercicio en su dormitorio, una sesión rápida de abdominales, planchas y otros ejercicios.

Luego pasaba un rato mirando los archivos de su último caso, el caso que acabó con las vidas de Jack y Ramírez. Algunos días los miraba por diez minutos, otros días se quedaba estudiándolos durante dos horas.

¿Qué había salido mal? ¿Qué había pasado por alto? ¿Habría sobrevivido al caso de no haber sido por la interferencia de Howard Randall?

Después Avery cenaba, leía, limpiaba y se iba a la cama. Era una rutina básica.

Le tomó dos meses terminar de limpiar y organizar la cabaña. Para entonces, su carrera de tres kilómetros se había convertido en una carrera de ocho kilómetros.

Ya no miraba sus expedientes antiguos ni el de su último caso. En su lugar, leía libros que había comprado en Amazon, dramas criminales de la vida real y libros sobre procedimientos policíacos. También leía libros de las evaluaciones psicológicas de algunos de los asesinos en serie más notorios de la historia.

Solo estaba parcialmente consciente de que esta era su forma de llenar el vacío que su trabajo una vez había llenado. A lo que terminó de caer en cuenta, no pudo evitar preguntarse qué le deparaba el futuro.

Una mañana, mientras se encontraba corriendo alrededor del estanque Walden, el frío quemándole los pulmones de una forma que era más agradable que insoportable, esto la afectó mucho. Estaba pensando en el paquete de Howard Randall.

En primer lugar, ¿cómo sabía dónde vivía? ¿Y cuánto tiempo llevaba sabiéndolo? Había creído que había muerto en la bahía la noche en que ese terrible caso llegó a su fin. Aunque su cuerpo nunca había sido encontrado, se había especulado que efectivamente había sido disparado por un oficial en la escena antes de caer al agua. Mientras daba una vuelta, trató de armar los pasos a seguir para averiguar dónde estaba y por qué le había enviado ese extraño mensaje: ¿Quién eres tú?

«El paquete vino de Nueva York, pero es obvio que él ha estado en Boston. ¿De qué otra forma podría saber que me mudé? ¿De qué otra forma podría saber dónde vivo?», pensó.

Esto, por supuesto, trajo a su mente imágenes de Randall escondido en los árboles, vigilando su cabaña.

«No me extrañaría —pensó—. Todos los demás en mi vida han muerto o me han echado a un lado. Tiene sentido que un asesino convicto fuera el único que se preocupara por mí.»

Ella sabía que el paquete en sí no ofrecería respuestas. Ya sabía cuándo fue enviado y desde dónde. Randall solo estaba burlándose de ella, haciéndole saber que todavía estaba vivo, suelto e interesado en ella de alguna forma u otra.

Cuando regresó de correr, aún tenía el paquete en mente. Mientras se quitó los guantes y gorro de lana, sus mejillas rosadas del frío, se dirigió al lugar donde había guardado la caja. La había examinado en busca de

pistas o pequeños significados ocultos de Randall, pero no había encontrado ninguno. Tampoco había encontrado nada al examinar el periódico arrugado. Había leído todos los artículos en el papel arrugado, pero nada le había llamado la atención. Solo había sido relleno. Por supuesto, eso no significaba que no había leído cada palabra de esas páginas varias veces.

Estaba tocando la caja con ansiedad cuando su teléfono celular sonó. Lo tomó de la mesa de la cocina y se quedó mirando el número en la pantalla por un momento. Sonrió e intentó ignorar la felicidad que inundó su corazón.

Era Connelly.

Sus dedos se congelaron por un momento porque honestamente no sabía qué hacer. Si hubiera llamado hace dos o tres semanas, simplemente habría ignorado la llamada. Pero ahora... Bueno, ahora las cosas habían cambiado un poco,

¿cierto? Y por mucho que odiaba admitirlo, se suponía que eso se debía a Howard Randall y su carta.

Atendió justo antes de que la llamada pasara a su buzón de voz.

—Hola, Connelly —dijo.

Hubo una pausa en la otra línea antes de que Connelly respondiera:

—Hola, Black. Bueno, seré honesto. Estaba esperando solo tener que hablar con tu buzón de voz.

—Lamento decepcionarte.

—No, para nada. Me alegra oír tu voz. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, es verdad.

—¿Supongo que estás lamentando tu jubilación prematura?

—No, tampoco así. ¿Cómo están las cosas?

—Las cosas están... bien. Digo, hay un vacío que Ramírez y tú solían llenar, pero ahí vamos. Finley realmente está dando la talla. Ha estado trabajando muy de cerca con O'Malley. Creo que Finley lo tomó personal cuando renunciaste. Y

decidió que, si alguien va a tener que tomar tu lugar, entonces ¿quién mejor que él?

—Es bueno saberlo. Dile que lo extraño.

—Bueno, yo estaba esperando que vinieras y se lo dijeras en persona —dijo Connelly.

—No creo que estoy lista para visitas.

—Bueno, nunca he sido bueno para la charla trivial —dijo Connelly—. Iré directo al grano.

—Sí, tú eres bueno para eso.

—Mira... tenemos un caso...

—Detente —le dijo Avery—. No voy a volver. No ahora. Probablemente nunca vuelva, aunque no lo descartaría por completo.

—Escúchame, Black. Espera hasta que escuches los detalles. Quizá ya estés enterada. Este caso ha estado en las noticias.

—Yo no veo las noticias. Yo solo uso la computadora para navegar en Amazon.

No recuerdo la última vez que leí un titular.

—Bueno, el caso es extraño y no hayamos forma de resolverlo. O'Malley y yo nos tomamos unos tragos anoche y decidimos que teníamos que llamarte. No es porque esté tratando de convencerte... pero tú eres la única persona que creemos puede resolver esto. Si no has visto las noticias, puedo decirte que...

—La respuesta es no, Connelly —dijo ella, interrumpiéndolo—. Agradezco el gesto, pero no. Si estoy dispuesto a discutir mi regreso, te llamaré.

—Un hombre está muerto, Avery, y el asesino seguirá matando.

Por alguna razón, oírlo usar su nombre dolió un poco.

—Lo siento, Connelly. Asegúrate de decirle a Finley que le envié saludos.

Y con eso, colgó. Se preguntaba si acababa de cometer un error. Estaría mintiendo si se dijera a sí misma que la idea de volver al trabajo no la

emocionaba un poco. Hasta escuchar la voz de Connelly había hecho anhelar esa parte de su vida anterior.

«No puedes hacerlo —se dijo a sí misma—. Si vuelves a trabajar ahora, básicamente estás diciéndole a Rose que no le importas un comino. Y estarías regresando a los brazos de la criatura que te llevó a dónde estás ahora.»

Ella se puso de pie y miró por la ventana. Miró los árboles, las sombras diurnas entre ellos, y pensó en la carta de Howard Randall.

En la pregunta de Howard Randall.

¿Quién eres tú?

Estaba empezando a pensar que no estaba muy segura de la respuesta. Y tal vez no estar trabajando era el motivo.

Ella rompió su rutina esa tarde por primera vez desde haberla establecido.

Condujo a South Boston, al cementerio St. Augustine. Era un lugar que había estado evitando desde su mudanza, no solo por lo culpable que se sentía, sino porque parecía que la fuerza cruel que manipulaba el destino le había propinado un gran golpe. Ramírez y Jack estaban enterrados en el cementerio St. Augustine y, aunque estaban bastante separados, a Avery no le importó. En su opinión, el nexo de sus fracasos y dolor se localizaba en esa franja verde de tierra, y no quería ni acercarse a ella.

Es por eso que esta era su primera visita desde los funerales. Se quedó sentada en su auto por un momento, mirando hacia la tumba de Ramírez. Se bajó del auto lentamente y se acercó a donde el hombre con el que estuvo a punto de casarse había sido enterrado. La lápida era modesta. Alguien había colocado un ramo de flores blancas recientemente, probablemente su madre, que se marchitarían dentro de muy poco por el frío.

No sabía qué decir y supuso que eso estaba bien. Si Ramírez estaba consciente de que estaba allí y si pudiera escucharla (y Avery creía que ese era el caso), sabría que a ella le costaba expresar lo que sentía.

Probablemente estaba sorprendido, incluso en el lugar etéreo en el que se encontraba, que estaba aquí en absoluto.

Rebuscó en su bolsillo y sacó el anillo que Ramírez había tenido la intención de darle.

—Te extraño —dijo—. Te extraño y estoy tan... tan perdida. Y no tengo porque mentirte... no es solo porque ya no estás. No sé qué hacer conmigo misma. Mi vida se está desmoronando y lo único que sé que podría estabilizarme un poco, el trabajo, es a lo que menos debería recurrir.

Trató de imaginárselo allí con ella. ¿Qué le diría si pudiera? Sonrió al imaginárselo dándole uno de sus ceños sarcásticos. —Deja de ser tan cobarde y hazlo —le diría Ramírez—. Regresa al trabajo y arregla tu vida—.

—No me estás ayudando —dijo ella con su propia expresión sarcástica.

Le asustaba un poco que hablar con él a través de esta tumba se sentía casi natural.

—Me dirías que regresara al trabajo y que arreglara las cosas poco a poco,

¿cierto?

Se quedó mirando la lápida, como si estuviera esperando que le respondiera. De su ojo derecho brotó una lágrima. Se la secó mientras se alejó y se dirigió en la dirección de la tumba de Jack. Había sido enterrado al otro lado del cementerio, que apenas podía ver desde donde se encontraba. Se acercó a la pequeña senda que discurría por el terreno, disfrutando del silencio. No les prestó atención a los otros que estaban allí para rendir homenaje y llorar, permitiéndoles su privacidad.

Sin embargo, a lo que se acercó a la tumba de Jack, vio que alguien estaba allí.

Era una mujer bajita, con la cabeza inclinada hacia abajo. A lo que dio unos pasos más, Avery vio que era Rose. Tenía las manos metidas en los bolsillos y llevaba un abrigo con una capucha que le cubría la cabeza.

Avery no quería decir su nombre, esperando poder acercarse lo suficiente para entablar una conversación. Pero, a lo que dio unos pasos

más, Rose aparentemente se percató de que alguien se estaba acercando. Se dio la vuelta, vio a Avery y comenzó a alejarse al instante.

—Rose, no seas así —dijo Avery—. ¿No podemos hablar?

—No, mamá. Dios mío, no puedo creer que también hayas arruinado esto para mí.

—¡Rose!

Pero Rose no tenía nada más que decir. Ella aceleró el paso y Avery hizo todo lo posible para no perseguirla. Los ojos de Avery se llenaron de más lágrimas cuando volvió su atención a la tumba de Jack.

—¿Eso lo heredó de ti o de mí? —le preguntó Avery a la lápida.

Al igual que la de Ramírez, la lápida de Jack tampoco respondió. Se volvió hacia su derecha y vio a Rose hacerse más pequeña en la distancia, alejándose de ella hasta que desapareció por completo.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando Avery entró en la oficina de la Dra. Higdon, se sintió como un cliché. La Dra. Higdon era muy tranquila y educada. Parecía siempre tener la cabeza un poco inclinada hacia arriba, mostrando la punta perfecta de su nariz y el ángulo de su barbilla. Era una mujer guapa, pero un poco exagerada.

Avery había luchado contra el impulso de verse con un terapeuta, pero sabía lo suficiente sobre cómo trabajaba la mente traumatizada como para saber que lo necesitaba. Y fue insoportable admitirse eso a sí misma. Odiaba la idea de visitar a un psiquiatra y tampoco quería recurrir a la psiquiatra de la policía de Boston que había visitado unas cuantas veces durante los años después de casos particularmente difíciles.

Así que se comunicó con la Dra. Higdon, una terapeuta de la que había oído hablar el año pasado durante un caso que involucró a un sospechoso que la había utilizado para superar una serie de miedos irracionales.

—Te agradezco que hayas podido reunirme conmigo tan pronto —dijo Avery—.

Sinceramente creí que tendría que esperar unas semanas.

Higdon se encogió de hombros mientras se sentó en su silla. Cuando Avery se sentó en el sofá de al lado, la sensación de convertirse en un cliché viviente se intensificó.

—Bueno, he oído de ti unas cuantas veces en las noticias —dijo Higdon—. Y tu nombre ha salido a relucir con nuevos pacientes, personas que conociste en el cumplimiento de tu deber. Tenía una hora libre hoy, así que supuse que sería bien verte.

Dándose cuenta que era inaudito conseguir una cita con una terapeuta respetada solo dos días después de haber llamado, Avery supo que no debía tomar este tiempo por sentado. Y, como estaba acostumbrada a nunca andar con rodeos, no tuvo problema en ir directo al grano.

—Quería verme con un terapeuta porque, sinceramente, mi cabeza está hecha un desastre en este momento. Una parte de mí me dice que sanaré si me tomo

tiempo libre. Otra parte de mí me dice que sanaré solo siendo productiva, y eso significa volver al trabajo.

—¿Cuál es la sanación que buscas? —preguntó Higdon—. ¿Podrías explicarme?

Avery pasó diez minutos haciendo precisamente eso. Empezó con los detalles de su último caso, incluyendo que el mismo había terminado con las muertes de su ex esposo y casi prometido. Explicó su mudanza de la ciudad y sus peleas recientes con Rose, tanto en su apartamento como en la tumba de Jack.

La Dra. Higdon empezó a hacerle preguntas, después de haber tomado notas todo el tiempo que Avery había hablado.

—¿Qué te hizo mudarte a la cabaña por el estanque Walden?

—Quería estar sola. Ese lugar es más aislado. Muy silencioso.

—¿Sientes que sanas mejor, tanto emocional como físicamente, cuando estás sola? —preguntó Higdon.

—No sé. Yo solo... no quería estar en un lugar donde la gente pudiera pasar por mi casa para ver cómo estaba cien veces al día.

—¿Nunca te ha gustado que las personas se preocupen por tu bienestar?

Avery se encogió de hombros y dijo: —En realidad, no. Se trata de vulnerabilidad, supongo. En mi profesión, la vulnerabilidad conduce a la debilidad.

—Dudo que eso sea cierto. En términos de percepción, probablemente, pero no es la realidad.

Higdon se detuvo un momento y luego se inclinó hacia delante y dijo: —Te llevaré directamente a los puntos clave. Estoy segura de que verás todo por lo que es. Además, el hecho de que se puedes admitir que temes ser vulnerable me dice mucho. Así que creo que podemos ir directamente al grano.

—Eso es lo que preferiría —respondió Avery.

—El tiempo que has pasado sola en la cabaña... ¿Crees que ha ayudado u

obstaculizado tu proceso de sanación?

—Creo que es una exageración decir que me ha ayudado, pero sí lo ha hecho más fácil. Yo sabía que no tendría que lidiar con que todo el mundo estuviera preguntándome cómo estaba.

—¿Has intentado comunicarte con alguien durante ese tiempo?

—Solo con mi hija.

—¿Pero te rechazó?

—Así es. Estoy bastante segura de que me culpa por la muerte de su padre.

—Si estamos siendo honestas, creo que eso es cierto —dijo Higdon—. Y llegará a entender la verdad en su tiempo. Las personas hacen el luto de formas distintas. En lugar de escapar de todo en una cabaña en el bosque, tu hija ha optado por echarte la culpa. Ahora, ¿por qué renunciaste a tu trabajo?

—Porque sentía que lo había perdido todo —dijo Avery, sin siquiera haberse tenido que detener para pensarlo—. Porque sentía que lo había perdido todo y que había fracasado en mi trabajo. No podía quedarme porque era un recordatorio de que no era lo suficientemente buena.

—¿Todavía sientes que no eres lo suficientemente buena?

—Bueno... no. A riesgo de sonar vanidosa, soy muy buena en mi trabajo.

—Y llevas tres meses sin trabajar, ¿cierto?

—Sí —admitió Avery.

—¿Crees que tu deseo de volver se trata de recuperar lo que alguna vez fue tu vida o crees que progresarías si lo haces?

—Ese es el detalle. No lo sé. Pero estoy llegando al punto en el que creo que tengo que averiguarlo. Creo que tengo que volver.

La Dra. Higdon asintió y anotó algo antes de decir: —¿Crees que tu hija reaccionará negativamente si regresas a tu trabajo?

—Indudablemente.

—Está bien, entonces digamos que ella no estuviera en la ecuación; digamos que a Rose no le importaría si regresaras o no. ¿Aún tendrías estas dudas?

Avery cayó en cuenta en ese momento, y hacerlo fue como un balde de agua fría.

—Probablemente no.

—Creo que ahí tienes tu respuesta. Creo que en este punto del proceso de duelo, tú y tu hija no pueden permitir que una dicte como la otra hace el duelo. Rose necesita culpar a alguien en este momento. Esa es su forma de lidiar con lo que está sucediendo... y la relación tensa que tienen hace que sea fácil hacerlo. Y

tú... Honestamente quiero decirte que volver al trabajo sería lo que te ayudaría a seguir adelante.

—¿Quieres decirme? —preguntó Avery, confundida.

—Sí, creo que tiene más sentido, dado tu historial y trayectoria. Sin embargo, durante todo este tiempo que has pasado sola, aislada de todo, ¿has tenido pensamientos suicidas?

—No —mintió Avery.

Se le hizo muy fácil mentir, y tampoco se arrepentía de haberlo hecho, así que continuó con la farsa:

—Sí, me he sentido muy mal. Pero tampoco tanto como para llegar a ese punto.

Sí, había omitido su casi-suicidio. Tampoco había mencionado el paquete que había recibido de Howard Randall. No sabía por qué. Por ahora, todo eso simplemente se sentía muy privado.

—Siendo ese el caso, creo que volver no tiene nada de malo. Sin embargo, creo que deberías tener un compañero. Y sé que eso podría ser delicado dado quién fue tu último compañero. Sin embargo, no deberías sumergirte a situaciones estresantes por tu cuenta. Incluso recomendaría que hicieras un poco de trabajo ligero primero. Tal vez hasta trabajar desde tu escritorio.

—Voy a ser sincera... eso no va a suceder.

Higdon esbozó una sonrisa y le dijo: —Entonces, ¿crees que eso es lo que vas a hacer? ¿Vas a ver si volver al trabajo te ayuda a superar estas dudas y la culpabilidad que sientes?

—Pronto —dijo Avery, pensando en la llamada de Connelly hace dos días—. Sí, creo que tal vez sí.

—Bueno, te deseo la mejor de las suertes —respondió Higdon, alcanzando para darle la mano—. Entre tanto, no dudes en llamarme si necesitas discutir algo.

Avery le dio la mano a Higdon y salió de la oficina. Odiaba admitirlo, pero se sentía mejor que como se había sentido estas últimas semanas, desde que había establecido una rutina de ejercicio y ejercitado su mente. Supuso que podría ser capaz de pensar con más claridad, y no porque Higdon había descubierto una verdad oculta. Simplemente había necesitado que alguien le señalara que, aunque Rose era la única persona que le quedaba en su vida fuera del trabajo, eso no significaba que el temor a lo que Rose pensara de ella debería dictar qué hacía con el resto de su vida.

Condujo hacia la salida más cercana para regresar a la cabaña. Vio los edificios altos de Boston a su izquierda. La comisaría quedaba a unos veinte minutos de allí. Podía ir para allá, visitar a todos y disfrutar de una cálida bienvenida. Podía arrancarse la curita y hacerlo.

Pero una cálida bienvenida no era lo que se merecía. De hecho, no estaba segura de qué era lo que se merecía.

Y tal vez por eso seguía vacilando.

La pesadilla de esa noche no fue nueva, pero sí tuvo un giro inesperado.

En ella, estaba sentada en una sala de visitas en un centro penitenciario. No era el mismo en donde había visitado a Howard Randall, sino uno mucho más grande con un aspecto griego. Rose y Jack estaban sentados en la mesa con un

tablero de ajedrez entre ellos. Todas las piezas seguían en el tablero, pero los reyes se habían caído.

—No está aquí —dijo Rose, su voz resonando en la sala inmensa—. Tu pequeña arma secreta no está aquí.

—Quizá sea lo mejor —dijo Jack—. Ya es hora de que aprendas a resolver casos grandes por tu cuenta.

Jack entonces se pasó una mano por la cara y, en un abrir y cerrar de ojos, se veía como lo hizo la noche en que descubrió su cuerpo. El lado derecho de su cara estaba ensangrentado y se veía hundido. Cuando abrió la boca para hablar, vio que no tenía lengua. Solo había oscuridad más allá de sus dientes, un abismo.

—No pudiste salvarme —le dijo Jack—. No pudiste salvarme y ahora tengo que confiar en que cuidarás a mi hija.

Rose se puso de pie en ese momento y comenzó a alejarse de la mesa. Avery también se puso de pie, segura de que algo muy malo sucedería si perdía a Rose de vista. Trató de seguirla, pero no pudo moverse. Miró hacia abajo y vio que sus dos pies habían sido clavados al suelo con enormes traviesas. Sus pies estaban destrozados, lo único que quedaba era sangre, huesos y trozos de carne.

—¡Rose!

Su hija solo miró hacia atrás, sonrió y saludó con la mano. Y, entre más se alejaba, más grande parecía la sala. Llegaron sombras desde todas las direcciones y descendieron sobre su hija.

—¡Rose!

—Está bien —dijo una voz detrás de ella—. Yo la cuidaré.

Se dio la vuelta y vio a Ramírez, sosteniendo su arma lateral y mirando hacia las sombras. Y mientras se fue tras Rose tan valientemente, las sombras empezaron a perseguirlo.

—¡No! ¡Quédate!

Avery trató de moverse, pero fue en vano. No pudo hacer nada mientras las dos

personas que más había amado en el mundo fueron tragadas por la oscuridad.

Y allí fue cuando empezaron los gritos. Rose y Ramírez llenaron la sala con gritos de agonía.

Aún en la mesa, Jack le rogó: —Por el amor de Dios, ¡haz algo!

Y fue entonces cuando Avery se despertó, con un grito en la garganta. Encendió su lámpara de mesa con una mano temblorosa. Por un momento, vio una enorme sala frente a ella, pero poco a poco se desvaneció en la luz. Miró su dormitorio y, por primera vez, se preguntó si alguna vez se sentiría en casa aquí.

Se encontró pensando en la llamada de Connelly. Y después en el paquete de Howard Randall.

Su antigua vida estaba atormentado sus sueños y también estaba invadiendo esta nueva vida aislada que había tratado de crear para sí misma.

No parecía tener ningún escape.

Así que tal vez, solo tal vez, era el momento de dejar de tratar de escapar.

CAPÍTULO CINCO

Dejó de beber excesivamente, aunque este era uno de los peores momentos de su proceso de duelo, y reemplazó lentamente el alcohol por la cafeína. Sus sesiones de lectura a menudo consistían en dos tazas de café y una Coca-Cola light.

Debido a esto, había comenzado a desarrollar dolores de cabeza leves si pasaba más de un día sin tomar café. No era la forma más sana de vivir, pero sin duda era mejor que beber como una borracha.

Es por eso que se encontró en una cafetería después del almuerzo el día siguiente. Había salido a comprar comida principalmente porque se le había acabado el café y, ya que solo se había tomado una taza esa mañana, necesitaba su dosis de cafeína antes de volver a la cabaña y terminar el día. Estaba terminando de leer un libro, pero también supuso que podría aventurarse en el bosque para volver a tratar de cazar ciervos.

La cafetería era moderna y popular, y vio cuatro personas trabajando en sus MacBook. La cola en el mostrador era larga, incluso para la hora. Todo el mundo estaba conversando, y se oía el zumbido de las máquinas detrás del mostrador, así como también el televisor que se encontraba en la barra.

Avery por fin llegó a la caja, ordenó su té chai con expreso y se sentó en la sala de espera. Pasó su tiempo mirando la cartelera llena de volantes de próximos eventos locales: conciertos, obras de teatro, recaudaciones de fondos...

Y entonces empezó a escuchar la conversación a su lado. Hizo todo lo posible para no parecer obvio que estaba escuchando a escondidas, manteniendo la mirada fijada en la cartelera.

Había dos mujeres detrás de ella. Una era veinteañera, y llevaba un portabebés.

Su bebé dormía tranquilamente en su pecho. La otra mujer era un poco mayor, con bebida en mano pero no dispuesta a irse aún.

Estaban mirando el televisor detrás del mostrador. No estaban hablando tan fuerte, pero igual podía escucharlas.

—Dios mío... ¿Has oído hablar de esta historia? —estaba diciendo la madre.

—Sí —dijo la segunda mujer—. Es como si la gente estuviera buscando nuevas formas de hacer daño a otros. ¿Qué clase de mente enferma tendrías que tener para que siquiera se te ocurriera algo así?

—Parece que todavía no han encontrado al asqueroso —dijo la madre.

—Probablemente no lo harán —dijo la otra mujer—. Ya tendrían alguna pista.

Por Dios... ¿Te imaginas a la familia del pobre hombre, teniendo que ver esto en las noticias?

En ese momento, la barista llamó a Avery por su nombre y le entregó su bebida en el mostrador. Avery la tomó y, ahora que estaba frente a la televisión, se permitió ver las noticias por primera vez en casi tres meses.

Había habido un asesinato a las afueras de la ciudad hace una semana, en un complejo de apartamentos deteriorado. La víctima había sido encontrada en su clóset, cubierto de muchas arañas de distintas variedades. La policía estaba trabajando bajo la premisa que el acto había sido intencional, ya que la mitad de las arañas no eran nativas de la región. A pesar de la abundancia de arañas en la escena, se encontraron solo dos mordeduras en el cuerpo, y ninguna había sido venenosa. Según las noticias, hasta ahora la policía estaba trabajando bajo la premisa que el hombre había sido estrangulado o había muerto por un ataque al corazón.

«Esas dos causas de muerte son muy distintas», pensó Avery mientras comenzó a alejarse.

No pudo evitar preguntarse si Connelly la había llamado hace tres días precisamente por este caso. Un caso muy singular y, hasta el momento, sin ningún tipo de respuesta.

«Sí, estoy bastante segura que es este el caso por el que me llamó», pensó.

Con su té en mano, Avery se dirigió hacia la puerta. Tenía el resto de la tarde libre, pero estaba segura de que sabía qué haría el resto de las horas. Le gustara o no, probablemente estaría mirando un montón de arañas.

Avery pasó el resto de la tarde familiarizándose con el caso. La historia en sí era tan mórbida que no le costó encontrar diversas fuentes. Encontró once diferentes fuentes confiables que contaban la historia de lo que le había pasado a un hombre llamado Alfred Lawnbrook.

El arrendador de Lawnbrook había entrado en su apartamento ya que se había atrasado en la renta por enésima vez y supo que algo estaba fuera de lugar de inmediato. Mientras leía la noticia, Avery no pudo

evitar comparar su reciente experiencia con Rose y su arrendatario y, francamente, le puso los pelos de punta. Alfred Lawnbrook fue encontrado en el clóset de su habitación. Había estado cubierto parcialmente con al menos tres diferentes telas de araña y dos mordeduras diferentes, mordeduras que, como había oído en las noticias, no fueron venenosas.

Aunque no se podía determinar con exactitud, se estimaba que entre quinientas y seiscientas arañas habían sido encontradas en la escena. Algunas de ellas eran exóticas y no tenían por qué estar en un apartamento en Boston. Habían contactado a una aracnóloga y ella había señalado que había visto al menos tres especies que no eran nativas de Norteamérica, y mucho menos de Massachusetts.

«Así que fue intencional —pensó Avery—. Eso indica que es probable que este tipo ataque de nuevo. Y si va a atacar de nuevo de la misma forma, debería ser posible localizarlo y meterlo en la cárcel.»

El informe del forense indicó que Lawnbrook había muerto de un ataque al corazón, probablemente por el temor de la situación. Pero como nadie más había estado en el lugar durante el asesinato, había numerosos otros escenarios posibles. Nadie podía saberlo con seguridad.

Era un caso interesante... y también un poco mórbido. Avery no le tenía miedo a muchas cosas, pero las arañas encabezaban su lista de las cosas de las que podía prescindir. Y aunque las fotos de la escena no se habían hecho públicas (gracias a Dios), Avery se lo imaginó todo en su mente.

Cuando terminó de leer todo referente al caso, se quedó mirando por la ventana trasera durante bastante tiempo. Luego se dirigió a la cocina y se movió con cautela, como si tuviera miedo de que pudiera ser atrapada. Sacó la botella de

whisky americano por primera vez en meses y se sirvió un trago. Se lo tomó rápidamente y luego agarró su teléfono. Buscó el número de Connelly y presionó LLAMAR.

Connelly respondió casi de inmediato, y eso no era propio de él. Avery supuso que eso decía mucho, considerando las circunstancias.

—Black —dijo Connelly—. No esperaba tener noticias de ti hoy.

Ella ignoró esta formalidad y le dijo: —¿El caso por el cual me llamaste ¿era el de Alfred Lawnbrook y las arañas?

—Sí —le respondió—. La escena fue examinada varias veces y el cuerpo fue escudriñado, pero no tenemos nada.

—Los ayudaré —dijo Avery—. Pero solo en este caso. Y quiero ser capaz de hacerlo a mi manera. Que nadie me ponga la mano en el hombro solo porque estoy pasando por un mal momento. ¿Puedes garantizarme eso?

—Haré todo lo posible.

Avery suspiró, resignada a lo bien que se sentía ser necesitada y saber que su vida pronto se sentirá como suya otra vez.

—Listo —dijo—. Nos vemos mañana en la A1.

CAPÍTULO SEIS

Avery no estaba segura de qué sentiría al volver a entrar en la comisaría por primera vez en más de tres meses. Tal vez unas mariposas en el estómago o una oleada de nostalgia. Tal vez incluso una sensación de seguridad que haría que se preguntara por qué había renunciado.

Lo menos que esperaba era que no sentiría nada. Sin embargo, eso es exactamente lo que pasó. Cuando volvió a entrar en la A1 la mañana siguiente, no sintió nada especial. Se sentía casi como si no se hubiera perdido ni un solo día.

Sin embargo, por lo visto era la única en el edificio que no sentía nada. Mientras hizo su camino por el edificio y de regreso a su antigua oficina, se dio cuenta de que todo estaba demasiado tranquilo. Era casi como si una ola de silencio la estuviera siguiendo. Las recepcionistas en el teléfono guardaron silencio, las conversaciones se acallaron. Todos la miraron como si una gran celebridad hubiera entrado en el edificio; sus ojos estaban muy abiertos del asombro, y sus rostros tristes. Avery se preguntó por un momento si Connelly siquiera se había molestado en informarles que iba a regresar.

Después de abrirse paso por la parte central del edificio y llegar a la parte trasera donde se encontraban las oficinas y salas de conferencia, todo se sintió un poco más natural. Miller, un chico que trabajaba en registros, la saludó con la mano.

Denson, una policía mayor que estaba a punto de jubilarse, le sonrió, la saludó con la mano y le dijo: —¡Es bueno tenerte de regreso!

Avery le devolvió la sonrisa y pensó: «No estoy de regreso... Da igual. Puedes decirte a sí misma esa mentira cuantas veces quieras. Pero esto se siente natural para ti. Se siente bien.»

Vio a Connelly saliendo de su oficina al final del pasillo. El hombre le había ocasionado bastantes molestias y dolores de cabeza a lo largo de los años, pero estaba feliz de verlo. La sonrisa en su rostro le hizo saber que el sentimiento era mutuo. Se encontró con ella en el pasillo y se percató de que el capitán de la A1, quien era un hombre muy serio, se estaba conteniendo para no darle un abrazo.

—¿Cómo se sintió volver a pisar la A1 —preguntó.

—Extraño —respondió Avery—. Todos me miraron como si fuera una celebridad o algo. No sé si querían desviar la mirada o aplaudir.

—A decir verdad, me preocupaba que estallaran en un aplauso cerrado cuando entraras. Todos te han extrañado, Avery. A ti... Bueno, y también a Ramírez.

—Te lo agradezco.

—Me alegra. Porque estoy a punto de mostrarte algo que podría hacerte enojar.

En el fondo, tenía la esperanza de que volverías algún día. Pero no podíamos permitir que la A1 se detuviera hasta que llegara ese día... así que ya no tienes una oficina.

Le explicó esto mientras la conducía por el pasillo en dirección a su antigua oficina.

—No es gran cosa —dijo Avery—. ¿A quién le quedó ese cuchitril de todos modos?

Connelly no respondió. En cambio, dio los últimos pasos hacia su oficina y asintió con la cabeza hacia ella. Avery se acercó a la puerta y asomó la cabeza.

Su corazón se calentó un poco ante lo que vio.

Finley estaba sentado en su escritorio, bebiendo de una taza de café y leyendo algo en un portátil. Cuando vio a Avery, su rostro registró una variedad de emociones: sorpresa, felicidad y finalmente vergüenza.

No se contuvo como Connelly. Se levantó del escritorio al instante y se fue a la puerta para darle un abrazo. Había subestimado lo mucho que

lo había extrañado. Aunque realmente nunca habían trabajado juntos, había disfrutado de ver a Finley avanzar por la escalera corporativa. Él era cómico, leal y de buen corazón. Se sentía como su hermano laboral lejano.

—Es bueno tenerte de regreso —dijo Finley—. Te hemos extrañado mucho.

—Ya hablé de todo eso con ella —dijo Connelly—. No la atormentemos su primer día de vuelta.

«Maldita sea, no estoy de vuelta», pensó. Pero eso se sentía cada vez menos creíble.

—¿Quieres que la lleve a la escena? —preguntó Finley.

—Sí, y pronto. O'Malley querrá hablar con ella más tarde y quisiera que esté al día para cuando llegue. Llégala y cuéntale todo lo que sabemos. Traten de salir en los próximos diez minutos.

Finley asintió, visiblemente feliz de haber sido asignado a la tarea. Mientras corría de vuelta a su portátil, Connelly le hizo un gesto a Avery para que volviera al pasillo y le dijo: —Ven conmigo.

Ella lo siguió por el pasillo hasta la gran oficina que se encontraba en el fondo.

La oficina de Connelly no había cambiado nada. Aún medio desordenada, de su forma particular. Había tres tazas de café en su escritorio y supuso que al menos dos de ellas eran de esta mañana.

—Y una cosa más —dijo Connelly, caminando detrás de su escritorio. Abrió el primer cajón del escritorio y sacó dos cosas que Avery probablemente había extrañado más que a cualquiera de las personas en este edificio.

Su arma y su placa. Ella sonrió mientras se acercó a ellas.

—Te hice el favor de llenarte el papeleo —dijo Connelly—. Son tuyos. También me encargaré del papeleo de tu remuneración y duración de estancia.

Avery honestamente no le importaba la paga ni cuánto tiempo se esperaba que se quedara manejando el caso. Cuando sus dedos se posaron en la placa y luego tomó la Glock, sintió algo inexplicable en su corazón.

Aunque pareciera triste, su placa y pistola se sentían familiares.

Se sentían como estar en casa.

La escena del crimen era de hace seis días y, por lo tanto, estaba vacía cuando ella y Finley llegaron. Se agacharon por debajo de la cinta amarilla y ella se quedó mirando mientras Finley abrió la puerta del apartamento de Alfred Lawnbrook con una llave que sacó de un sobre pequeño que tenía guardado en el bolsillo de su camisa.

—¿Le tienes miedo a las arañas? —preguntó Finley a lo que entraron.

—Un poco —dijo Avery—. Pero no se lo digas a nadie.

Finley asintió con una sonrisa sombría y le dijo: —Solo pregunto porque, aunque los aracnólogos y exterminadores vinieron a encargarse de ellas, estoy seguro de que se les escaparon varias. Sin embargo, solo las más comunes.

Ninguna exótica.

La guio por el apartamento básico. La disposición y los aparatos le dijeron que Lawnbrook había estado divorciado o era un soltero.

—Pero sí encontraron arañas que no tenían por qué estar aquí, ¿cierto?
—

preguntó.

—Absolutamente —dijo Finley—. Al menos tres especies. Una de ellas era nativa de India, creo. Tengo las notas detalladas guardadas en mi celular, si quieres verlas. La experta en arañas que examinó el lugar dijo que, cuando el cuerpo fue encontrado, hubo por lo menos dos especies en la escena del crimen que tuvieron que haber sido encargadas a un distribuidor. Y que probablemente fueron difíciles de conseguir.

—¿Encontraron algunas arañas enormes? —preguntó Avery.

—Creo que dijo que la más grande fue aproximadamente del tamaño de una pelota de golf. Y en mi opinión, eso es lo suficientemente grande.

Entraron en el dormitorio y Avery hizo todo lo posible por no empezar a mirar las paredes y el suelo por si había arañas sueltas. Luego de echarle un vistazo a la habitación, se dio cuenta de que todo estaba bastante limpio. La puerta del clóset estaba abierta, lo que le permitió a Finley alcanzar adentro y encender la luz. Lo hizo muy rápidamente antes de retroceder.

—Lawnbrook fue encontrado en la esquina trasera izquierda —dijo Finley—.

Las fotos están en la A1. Estoy seguro de que a O'Malley le encantaría mostrártelas. Ese idiota está fascinado con este caso.

Avery entró en el clóset. Aparte de unos cuantos filamentos sueltos de tela de araña en la esquina, no había nada que ver.

Luego salió de la habitación y empezó a registrar el lugar en busca de algún indicio de allanamiento. Finley se quedó atrás, manteniendo su distancia y dejándola trabajar. Buscó cualquier cosa que estuviera fuera de lugar, incluso algo tan pequeño como una foto enmarcada en la sala de estar, pero no encontró nada. Le echó un vistazo a los libros en la pequeña estantería al lado del centro de entretenimiento para ver si veía algo referente a arañas, pero no encontró nada.

—¿Lawnbrook estaba interesado en arañas? —preguntó Avery.

—No, no hemos encontrado nada que lo indique.

—¿Alguien ya fue a hablar con su familia?

—Sí. Y creo que O'Malley fue uno de los oficiales que se comunicó con la familia. Por lo que entiendo, lo describieron como un miedoso. Odiaba las montañas rusas, las películas de terror, cosas por el estilo. Así que es bastante improbable que le gustaran las arañas.

«Así que si las arañas no estaban aquí por Lawnbrook, ¿por qué estaban aquí? —

se preguntó Avery—. ¿Y qué tipo de persona las traería aquí? ¿Y por qué?»

Los días que había pasado ejercitando su mente con Sudoku y crucigramas habían servido de algo. Una vez que su mente comenzó a indagar en las preguntas, no pudo detenerla. Y se sentía bien.

—¿Sabes si Lawnbrook todavía está con el forense? —preguntó.

—Sí, todavía está allí. Los expertos en arañas han estado estudiándolo. Se encontraron huevos en su nariz e intestino delgado durante la autopsia.

Avery no pudo contener el estremecimiento que la inundó ante esta revelación.

—¿Tienes ganas de dar un paseo?

—Te llevaré a donde sea, siempre y cuando me aleje de este lugar. Sé que se llevaron a todas las arañas, pero...

—Pero sientes que las tienes encima —dijo Avery con una sonrisa temblorosa—.

Lo sé. Vámonos.

Incluso el ritmo agitado de viajar de un lado a otro para encontrar respuestas se sentía increíble para ella. Ella no era la única que se encontraba en movimiento, sino también su vida. Sintió el movimiento de las personas y los lugares pasándole por el lado mientras Finley la llevó a la oficina del forense.

Tenía la esperanza de que se encontrara a un aracnólogo allí cuando llegaran, pero no tuvo suerte. Al menos sí encontró a la mujer que le había hecho la autopsia. Después de haber sido guiada hasta las salas de examen, Avery y Finley se encontraron con Cho Yin. Yin era una mujer asiática pequeña y hermosa, que parecía estar más que encantada de discutir el caso. Como O'Malley, el caso también le parecía fascinante.

Se reunieron en la oficina del Yin, una sala muy ordenada con un archivador antiguo en la esquina trasera. Avery se presentó y fue directo al grano. Ya se sentía atrasada por haber sido la última persona en llegar a trabajar en el caso, así que no tenía tiempo para chachara.

—Supongo que mi primera pregunta es sobre las mordeduras —dijo Avery—.

Por lo que sé, solo encontraron dos.

Yin negó con la cabeza, viéndose sorprendida.

—No, eso no es correcto. Supongo que la prensa que equivocó. Encontramos tres mordeduras de arañas que podrían haber sido letales. Pero también encontramos otras mordeduras, la mayoría de arañas no venenosas. Encontramos veintidós en total.

—Dios mío —dijo Avery—. ¿Y eso sería suficiente para matar a alguien?

—Sí, sobre todo una de las mordeduras de las arañas venenosas. Había dos mordeduras de una reclusa parda. Esto lo sabemos con certeza porque un entomólogo estuvo presente durante la autopsia. La tercera mordedura venenosa vino de una araña de tela de embudo. Y, por lo que sé, esa es una araña muy rara.

No es nativa de Norteamérica.

—¿De dónde vino, entonces? —preguntó Avery.

—No sé. Tendrías que hablar con el aracnólogo. Y no estoy completamente segura de que el veneno de las mordeduras mató a la víctima. El experto en arañas y yo estábamos en desacuerdo sobre eso.

—¿Por qué? ¿Qué crees que fue lo que lo mató?

—Bueno, los niveles de cortisol del Sr. Lawnbrook estaban muy elevados. En esencia, básicamente estaba aterrado cuando murió, pero los niveles que vi estaban fuera de serie. Su corazón mostraba grandes indicios de estrés y trauma.

Estoy segura de que el señor Lawnbrook sufrió un ataque al corazón durante el tiempo que pasó en el clóset, por lo aterrado que estaba.

—¿Su cuerpo sigue aquí? —preguntó Avery.

—Sí. Tengo que advertirte que es bastante espantoso.

—Estaré bien —dijo Avery.

Estuvo a punto de decir que estaba segura de que había visto cosas peores, pero luego trató de imaginarse cómo se vería alguien con veintidós mordeduras de arañas, tres de las cuales eran mortales. Las imágenes mentales de lo que Finley le había contado de huevos encontrados en sus fosas nasales e intestino eran bastante desagradables. Sin embargo, sentía que necesitaba ver el cuerpo en busca de alguna pista o indicio.

Yin los llevó a la sala de examen trasera y se acercó metódicamente a las filas de gabinetes deslizantes. Con una gran jalada, sacó la mesa de autopsias que Alfred Lawnbrook ocupaba. Dio un paso atrás, permitiéndole espacio a Avery y Finley para acercarse. Avery se acercó al cuerpo mientras que Finley se mantuvo cerca de la puerta, dejando en claro que no tenía ninguna intención de acercarse más.

Incluso después del cuidado y la limpieza de la morgue, el cuerpo de Lawnbrook

se veía terrible. Las incisiones de la autopsia estaban casi completamente eclipsadas por la inflamación y decoloración de su piel. Obviamente no se veía tan mal como Avery había imaginado en su cabeza, pero la vista todavía era bastante desagradable.

Una mordedura en el rostro de Lawnbrook había causado inflamación en su lado izquierdo, haciendo que su ojo se viera un poco desplazado. La falta de flujo sanguíneo en su cuerpo hizo que la hinchazón y la decoloración parecieran casi falsas, dándole a todo el cuerpo un brillo céreo. Avery examinó el cuerpo lo mejor que pudo en busca de cualquier indicio de abuso físico. Y aunque la decoloración le hizo difícil hacer una búsqueda exhaustiva, Avery estaba bastante segura de que no había nada que ver.

—Gracias —dijo Avery, alejándose del cuerpo.

Cho Yin asintió, cerró el cajón y dijo: —Obviamente, la temperatura fría que mantenemos aquí y la autopsia en sí alteró su aspecto. Se veía mucho peor cuando llegó. Puedo enviarte fotos si quieres.

—No, no creo que sea necesario. Pero gracias por tu tiempo, Yin.

Ella y Finley salieron y, mientras caminaban hacia el auto, la mente de Avery se inundó de más preguntas. Las ordenó de muchas formas, disfrutando de la sensación de su cerebro haciendo naturalmente lo que mejor sabía hacer.

«Claro, es natural que la mayoría de la personas teman las arañas... sobre todo esa cantidad de ellas. Pero ¿sentirían el miedo suficiente como para sufrir un ataque al corazón? Y si es así... Bueno, atacar a alguien de tal manera se siente personal. Tal vez el asesino conocía a la víctima... y eso nos da dos caminos claros: buscar a alguien con buenos conocimientos de arañas o alguien que conocía a Lawnbrook y tenía algún tipo de resentimiento contra él», pensó.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Finley desde detrás del volante.

Avery no pudo evitar sentirse orgullosa de él. Estaba tomando las riendas y haciéndolo de una forma que no era insoportable. Se convertiría en un excelente detective más pronto que tarde.

—Regresemos a la comisaría —le respondió—. Quiero sentarme con O'Malley para plasmar un plan de ataque antes de proseguir.

Finley se veía contento de estar yéndose de la morgue, y a Avery no le extrañaba. Son pocos los casos que la afectaban de tal forma. Pero debajo de ese nerviosismo se encontraba la emoción de estar de vuelta en el trabajo, de localizar pistas y, al final, encontrar a un asesino y hacerlo comparecer ante la justicia.

CAPÍTULO SIETE

Se sentó en su mesa de trabajo y miró todas las fotos enmarcadas en la pared.

Era extraño saber que estaba mirando a un hombre en las fotos que ya no estaba vivo. Estas fotos eran realmente lo único que quedaba de él, junto con las huellas miserables que había dejado en el mundo.

Pero este era un hombre que había vivido su vida con miedo. Y, para él, vivir con miedo no era vivir.

Esa era una lección que él mismo había tenido que aprender, especialmente cuando compró todas esas arañas. Nunca les había tenido miedo, pero las cosas cambiaron a lo que vio las más grandes y cayó en cuenta de que eran seres vivos reales.

Estaba en su sótano, una pequeña lámpara de escritorio y el brillo de su portátil proporcionado la única luz en el lugar. Acababa de terminar de ver el último informe sobre Alfred Lawnbrook. Las autoridades aún no tenían idea de dónde buscar, no tenían pistas. Y eso era porque había dejado que las arañas hicieran el trabajo por él. Al final, no había tenido que ponerle ni un dedo encima a Lawnbrook.

Algo se movió detrás de él. Se volvió y miró la vieja jaula que estaba en el piso.

Había dos ramas de árboles y mucha hierba en el fondo de la misma. La ardilla estaba quisquillosa, moviéndose por la jaula desesperadamente, tratando de encontrar una salida.

Se acercó a la jaula, abrió la puerta y metió la mano. Tomó a la ardilla por el cuello con cuidado. El pequeño bastardo había mordido su pulgar

la última vez que había hecho esto, así que había aprendido la lección.

La ardilla se quedó inmóvil en su mano. Podía sentir sus latidos, tamborileando como un bombo. Esta era la razón por la que tenía la ardilla, para verla, para observar. Eran probablemente los animales más asustadizos del mundo, siempre atemorizados de algo. Quería entender el miedo de una mejor forma, así que este era el mejor sujeto a observar.

Se llevó la ardilla a su escritorio. Alcanzó debajo del área cóncava donde su silla generalmente se encontraba y sacó el viejo balde para trapeador. Estaba lleno hasta el borde de agua. Lentamente sumergió la cola de la ardilla en él. La criatura se volvió loca de inmediato, luchando para liberarse.

Luego la bajó un poco más, hasta que sus patas traseras y su trasero estaban sumergidos en el agua. Los ojos de la ardilla se abrieron de par en par, y comenzó a gimotear. Estaba aterrada ahora, luchando por su vida. Estaba tan fascinado viéndola que perdió la concentración por un momento. La ardilla se volvió y mordisqueó la palma de su mano.

El hombre gritó y dejó caer la ardilla en el agua. Se retorció y trató de nadar hasta la orilla, pero fue inútil.

Aún enrabietado por la mordedura, empujó la ardilla bajo el agua. La observó todo el rato, moviéndose violentamente y haciendo burbujas en el agua. La mantuvo sumergida allí hasta que dejó de moverse.

Cuando terminó, deslizó el balde hacia la pared y se miró la mano mordida. La hija de puta lo había hecho sangrar. Tendría que ponerse una inyección.

Suspiró y volvió a sentarse en su escritorio. Ignorando el hilo de sangre en su mano, comenzó a destrozar las fotos de Alfred Lawnbrook antes de arrugarlas y arrojarlas en una pila al lado del balde. Cuando la pared quedó vacía, se quedó mirándola por un momento, sonriendo. Luego abrió el largo cajón de su mesa de trabajo y sacó otra pila de fotos. Las puso sobre la mesa, al lado de un rollo de cinta adhesiva.

Con su mano todavía goteando sangre sobre la mesa, comenzó a pegarlas a la pared. Eran las fotos de su próximo experimento, de su próxima víctima.

CAPÍTULO OCHO

A lo que todo el mundo entró en la sala de conferencias para la sesión informativa, Avery cayó en cuenta que no había estado alrededor de tanta gente desde la muerte de Ramírez. Claro, había más personas en el supermercado que a veces frecuentaba, pero esas personas estaban dispersas por todo el lugar.

Aquí, todos estaban metidos en una misma sala. Se sentía un poco claustrofóbico, pero también agradable, como lo había sido recibir su Glock y su placa ese mismo día.

O'Malley la había recibido con un apretón de manos antes de irse al frente de la sala. Verlo prepararse para la sesión informativa la hizo darse cuenta de lo mucho que se habían agitado las cosas en la A1 desde su partida. Aunque O'Malley había lidiado con dirigir las cosas en el pasado, se veía más estresado ahora, haciéndola pensar que tenía muchos casos más además de este.

Finley se sentó frente a ella, con un policía a cada lado. Había dos policías más en la sala, una cara conocida y una nueva. Una policía más joven estaba sentada al extremo de la mesa, una mujer que sin duda no tenía más de veinticinco años.

Vio a Avery observar a todos en la sala y le asintió con la cabeza.

—Bueno, amigos —dijo O'Malley desde el frente—. Empecemos quitando esto del medio: hemos sido agraciados con el regreso de Avery Black. Aceptó ayudarnos en este caso porque, francamente, estoy empezando a sentirme atado de manos y pies. El historial de la detective Black habla por sí solo y estoy seguro de que contribuirá mucho al caso. Black, ¿tienes algo más que aportar?

Ella negó con la cabeza, ansiando seguir adelante.

—Hoy empezaremos desde cero —dijo O'Malley—. Volviendo sobre nuestros pasos, discutiendo ideas, teorías, todo. Todos conocemos los detalles, así que no los aburriré con ellos. Sin embargo, cabe mencionar alguna información más reciente que ha sido confirmada. En primer lugar, obtuvimos los resultados después de haber investigado posibles allanamientos en tiendas de mascotas o grandes compras de arañas en todo Boston. No encontramos nada. Por supuesto, dada la accesibilidad del Internet, esto básicamente no significa nada, pero al menos podemos tacharlo de nuestra lista.

Hemos entrevistado a la familia y no tenemos ni una sola pista. Lo único que sabemos con certeza es que Alfred Lawnbrook vivía una vida muy privada. Su madre indicó que le tenía fobia a los gérmenes y que era

muy miedoso. Por eso vivía solo y no tenía verdaderos amigos. Ahora, detective Black, fuiste la última en inspeccionar la escena del crimen. ¿Tienes alguna información para compartir?

—Nada sustancial —dijo Avery—. No vi ni un solo indicio de allanamiento, y eso respalda los informes anteriores. Esto significa que Lawnbrook dejó al asesino entrar voluntariamente. Y si el asesino llevó las arañas, eso me hace preguntarme si los dos están conectados de alguna forma. Tal vez Lawnbrook estaba esperando un paquete. Tal vez el asesino lo sabía y se aprovechó de eso para entrar, trayendo las arañas en vez del paquete que Lawnbrook podría haber estado esperando. O tal vez Lawnbrook conocía al asesino. En este momento, todo es solo especulación.

—Y nosotros estamos aquí para acabar con esa especulación —dijo O'Malley—.

Verificamos las coartadas del arrendador, de la familia y del amigo con el que hablamos. Nos falta hablar con unos vecinos, pero están fuera del país. Y, para mí, esa es su coartada. Llevan ocho días en España y volverán la semana que viene.

—¿Alguien con el dinero suficiente para viajar a España vive en uno de esos apartamentos de mala muerte? —preguntó la mujer joven en el extremo de la mesa—. No tiene sentido.

—Eso es cierto —concordó O'Malley—. Y es por eso que las interrogaremos cuando regresen.

—¿Sabemos cuánto tiempo llevaba Lawnbrook muerto antes de ser descubierto?

—El informe del forense dice que hasta cinco días, pero no más que eso.

Ahora... Tratemus de llegar al fondo de esto a ver si puedo dejar de imaginarme arañas por todas partes.

Mientras O'Malley asignó las tareas del día, Avery pensó: «De alguna manera u otra, el asesino tuvo fácil acceso. Y tampoco temía estar cargando arañas venenosas. Tal vez sería prudente hablar con un entomólogo o un aracnólogo. Si puedo entender mejor las arañas que fueron utilizadas, tal vez eso me ayudará a descubrir algo sobre el asesino.»

Pisándole los talones a ese pensamiento estaba otro que le llegó de golpe. «¿Por qué esas arañas? El asesino tuvo que haber sabido algo

sobre la víctima para haber seleccionado estas arañas específicas».

Cuando los agentes se levantaron para empezar sus tareas, la joven sentada al extremo de la mesa se acercó a Avery. Tenía cabello negro muy corto y ojos oscuros. Sus ojos eran hermosos, lo más llamativo de ella. Su piel se veía muy pálida en contraste con su cabello oscuro.

La mujer sonrió y le ofreció la mano antes de decir: —Hola, soy Courtney Kellaway. Llegué hace tres semanas, me transfirieron de Nueva York.

Avery negó con la cabeza y dijo: —Mucho gusto.

No pudo evitar preguntarse al instante si Connelly la había traído para llenar el vacío que la ausencia de Avery Black había dejado.

—En las tres semanas que llevo aquí, solo he oído cosas maravillosas de ti —

dijo Kellaway—. Es un placer conocerte al fin.

—Igualmente —dijo Avery, levantándose de su silla. Haciendo todo lo posible para no parecer grosera, se alejó de Kellaway y se dirigió al frente de la sala, donde O'Malley estaba recogiendo sus archivos.

—Tengo libertad plena en esto, ¿cierto? —le preguntó.

O'Malley hizo una mueca ante su elección de palabras, y consideró su respuesta con cuidado. —Sí, en su mayoría. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Sé que ustedes ya han hablado con expertos en araña, pero quisiera hacerle un seguimiento a eso.

—Aracnología —dijo O'Malley con cierto desagrado—. Yo ni siquiera sabía que eso existía. Y sí, adelante.

—Creo que me comunicaré con el Museo de Ciencia de Boston. Tienen un jardín de mariposas, así que tienen que tener un entomólogo, ¿cierto?

—No tengo ni la menor idea —dijo O'Malley—. Entonces ve a averiguarlo. Pero te tengo que pedir que lo hagas sin Finley. Lo necesito hoy.

Esto alegró a Avery, ya que prefería trabajar sola. Sacó su celular justo a lo que salió de la sala de conferencias y buscó el número del Museo de Ciencia.

CAPÍTULO NUEVE

Avery tuvo que hacer unas cuantas llamadas para lograr hacer una cita de emergencia con un entomólogo, pero finalmente lo logró. Había albergado la esperanza de reunirse con un aracnólogo, pero el museo no empleaba ninguno.

Así que Avery se conformó con lo que tenía y, al final, resultó complacida... y un poco asustada.

Donald Johansson era un hombre de sesenta años de edad con una sonrisa encantadora que usaba anteojos. Cuando Avery tocó la puerta de su oficina, él contestó con una voz firme pero amable. Avery se encontró en una oficina donde cada centímetro de las paredes estaba cubierto de fotografías de diferentes insectos. Vio varias arañas entre ellos.

—¿Detective Black? —preguntó Johansson.

—Sí, soy yo. Gracias por reunirse conmigo con tan poco tiempo de aviso.

—No hay problema. Como se puede imaginar, mi especialidad no es muy demandada. Se siente bien ser necesitado. Ahora... Me dijeron que está en una situación de emergencia. ¿Supongo que se trata de la historia desagradable que vi en las noticias del hombre que fue encontrado muerto y cubierto de arañas?

—De esa misma —dijo Avery—. Le pido disculpas igualmente. Sé que es un entomólogo, no un aracnólogo. ¿Tiene conocimientos sobre arañas?

—Sí. Sobre arañas y los demás arácnidos —dijo Johansson—. A decir verdad, le costará mucho encontrar un aracnólogo. Sin embargo, ciertas personas agrupan esas dos especialidades. Como entomólogo, sé de todo lo relacionado con los insectos. Y aunque las arañas no son técnicamente insectos, son arácnidos, y sé bastante de ellas.

—Entonces, ¿qué puede decirme de la araña reclusa parda y de la araña de tela de embudo? Esas fueron las dos más exóticas que fueron encontradas en la escena.

—Bueno, la reclusa parda en realidad es bastante común. No sería muy difícil

encontrar una, aunque sí sería difícil recogerla a menos que estuvieras entrenado para hacerlo. La araña reclusa parda es conocida por su marca en forma de violín. Aunque muerden y su mordedura puede ser dolorosa, es muy raro que sea mortal. El veneno puede destruir los vasos sanguíneos que rodean el área de la mordedura, y eso puede causar úlceras en la piel, pero eso es todo.

La araña de tela de embudo es muy interesante. Le debe su nombre a las telarañas en forma de embudo que crea. Creo que se encuentran principalmente en Australia y Sudamérica, aunque algunos informes han indicado su presencia en la costa occidental de EE.UU. Sus mordeduras pueden ser muy mortales.

—¿Está diciendo que la mordedura de la araña de tela de embudo pudo haber matado a la víctima? —preguntó Avery.

—Claro. En cuanto al tiempo que se tardaría, no estoy seguro. Yo diría que no más de una o dos horas si la víctima no fuera tratada de inmediato. Eso es interesante. ¿Por casualidad tiene una lista completa de las arañas que fueron encontradas allí? Quizá podría ser de más ayuda si la viera.

—Tengo una lista, aunque dudo que esté completa.

Buscó los correos electrónicos que Finley le había enviado ese mismo día y se desplazó hasta que llegó al de las arañas. Descargó el documento y le pasó su teléfono celular a Johansson. El hombre miró la lista, asintiendo con la cabeza varias veces.

—Veo una viuda negra listada. Su mordedura también es mortal, pero la mayoría de las que se encuentran aquí en la costa este no son tan mortales como las del oeste u otros países. Sin embargo, te enfermarías bastante si una te mordiera.

Podrías morir, pero tomaría tiempo. También veo arañas lobo listadas. Sí muerden, pero sus mordeduras no son mortales, aunque duelen mucho. Créeme, fui mordido por una.

Le regresó su celular y, aunque aún tenía esa actitud encantadora, Johansson estaba empezando a verse preocupado.

—Se ve confundido —le dijo Avery.

—No, no estoy confundido, solo... bueno, distraído, supongo. Mire... Obtener una araña de tela de embudo en esta zona es muy difícil, así que el asesino tuvo

que haberse esforzado mucho. Y eso me parece extraño porque...

—¿Por qué?

—Bueno, estoy asumiendo algunas cosas del caso, pero parece extraño que el asesino pudiera obtener esa gran variedad de arañas. Si quieres atormentar a tu víctima con arañas, ¿por qué no simplemente usar tarántulas? Están disponibles en la mayoría de tiendas de mascotas y son relativamente fáciles de cuidar y mantener. Tampoco son tan caras.

—¿Está diciendo que tomaría mucho tiempo y esfuerzo coleccionar todos estos diferentes tipos de arañas? —preguntó Avery.

—Sí. Algunas de ellas, sí. No es por asustarla, pero, en cualquier momento dado, esté donde esté, existe la posibilidad de que haya una araña de algún tipo a quince metros de distancia. Adentro, afuera, dondequiera que esté. Casi todas ellas son inofensivas. Pero que alguien sepa cuáles buscar y luego coleccionarlas de tal manera... Bueno, eso indica que es una persona muy motivada.

—¿Sabe usted cómo se podría obtener una araña de tela de embudo? —preguntó Avery.

—Supongo que en Internet. Existen todo tipo de negocios en línea donde las personas pueden comprar y vender una variedad de insectos. Obviamente es ilegal, más aún cuando los insectos son peligrosos, pero sucede todos los días.

Avery tomó nota de esto, sintiéndose impresionada por todos los sitios turbios que existían en Internet. Se preguntó si podría hacer que Connolly le encargara a alguien investigar eso mientras ella se enfocaba en otros aspectos del caso.

«Todo se remonta a una persona que sabía algo específico sobre Lawnbrook —

pensó—. Alguien sabía que le tenía miedo a las arañas, tal vez incluso a un cierto tipo de araña, y la usó para matarlo. Tengo que hablar con la gente que conocía, incluso si eso significa volver sobre los pasos de los otros policías y potencialmente hacerlos enojar.»

Avery se levantó de la silla y le dio la mano a Johansson sobre su escritorio antes de decirle: —Gracias por su tiempo. Esto fue útil e instructivo.

«Y un poco espeluznante», pensó.

Cuando salió de la oficina, comenzó a preguntarse si tal vez tenía aracnofobia.

Cada vez que hablaba largo y tendido sobre las arañas, no podía evitar sentirse como si tuviera un montón de ellas encima. Era una sensación que simplemente no podía quitarse de encima, incluso una vez que estuvo de vuelta en el auto y dirigiéndose a la A1.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando encontró a Connelly en su oficina media hora después, estaba parado junto a su escritorio, mientras que una empleada del departamento Relaciones Públicas estaba sentada en su asiento habitual. Le estaba dictando algo, y ella lo estaba tecleando. Basándose en lo que había oído, estaban trabajando en un informe actualizado sobre el caso que le enviarían a la prensa.

—Perdona que te moleste —dijo Avery—. ¿Puedo robarte por un segundo?

Connelly se veía molesto por haber sido interrumpido, pero no dijo nada. En su lugar le murmuró —Un segundo— a la mujer sentada detrás de su portátil y salió de la oficina.

Él y Avery estaban parados junto a la pared y algo acerca de la forma en que la miró la hizo darse cuenta de que verdaderamente le alegraba tenerla de vuelta.

No solo era un elemento valioso que estaba aquí para ayudar en este caso en particular. Él la valoraba y, ahora que había estado tanto tiempo sin ella, tal vez estaba más consciente de ese hecho.

—Me preguntaba quién entrevistó a la familia de Lawnbrook —le dijo Avery.

—Miles y Mackey —respondió Connelly—. Hicieron un buen trabajo, pero no regresaron con mucha información.

—¿Te importa si hablo con ellos personalmente?

—Preferiría que no lo hicieras. Por lo que me dijeron, la madre está destrozada.

Además, hicieron un buen trabajo. Si hubiese creído que tendrían que ser interrogados de nuevo, le habría asignado la tarea a alguien.

—¿Y si lo hago pasar como una visita de seguimiento?

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Connelly—. Es un insulto para Miles y Mackey. Además, no creo que...

—Si me permite —dijo una voz suave desde detrás de Avery.

Se dio la vuelta y vio a la joven de la sesión informativa de esta mañana.

Kellaway, creía recordar.

—¿Qué pasa? —preguntó Connelly, esta vez ni siquiera esforzándose por ocultar su irritación.

—Han pasado cinco días desde que alguien habló con ellos —dijo Kellaway—.

Después de la peor etapa del luto, se ha demostrado que los familiares pueden ser de más ayuda. Justo después de haber perdido a alguien, los familiares suelen no pensar con claridad. Tal vez sería útil volverlos a entrevistar.

Connelly miró a Avery y Courtney Kellaway. Se veía como si alguien lo hubiera insultado y no tenía ni la menor idea de cómo responder. Avery tuvo que reprimir una sonrisa. Se preguntó si Kellaway alguna vez lo había contradicho de una forma tan audaz.

Luego, Connelly se quedó mirando a Avery fijamente y ella no pudo evitar sonreír. También se encogió de hombros, como si estuviera diciéndole: —Te lo dije. Y tiene razón.

—Si creen que servirá de algo —dijo Connelly, mirando directamente a Avery ahora—, entonces sí. Estoy de acuerdo con lo que decidan hacer. Eso sí, no socaven la labor de los policías que hicieron la primera entrevista. Sean respetuosos con el trabajo que hicieron.

—Por supuesto —dijo Avery.

—Y puesto que las dos parecen pensar igual, quiero que Kellaway te acompañe.

Déjala ver el dolor en carne viva a ver si, después de todo, le sigue pareciendo una buena idea.

Avery hizo un gesto de dolor, pero se dio cuenta de que esta noticia había alegrado a Kellaway. La chica no sabía cómo ocultar su entusiasmo.

—No quiero intimidar a la familia —dijo Avery.

Esta vez, fue el turno de Connelly de encogerse de hombros. —Este podría ser tu último caso con nosotros, ¿cierto? Lo veo como la oportunidad perfecta de tomar a una novata prometedor bajo tu ala. Muéstrale lo básico, cómo haces lo que haces, todo eso... Ahora, si me disculpan...

Con eso, entró de nuevo en su oficina. Cerró la puerta detrás de él de una forma exagerada.

Avery se volvió a Kellaway, con la esperanza de que su rostro no delatara lo molesta que estaba. Respetaba a la mujer por haberse atrevido a hablarle así a Connelly, así que supuso que debía darle una oportunidad.

—Kellaway, ¿cierto? —dijo Avery.

—Sí.

—¿Puedes buscar los registros de los familiares de Alfred Lawnbrook? Con ellos deberías encontrar un informe de Miles o Mackey. Tráelos a mi ofi... a la oficina de Finley, lo más rápido que puedas. Luego nos vamos.

—Dalo por hecho —dijo Kellaway—. Y lamento que tengas que cargar conmigo. Solo estaba tratando de ayudar.

—No es un problema —dijo Avery, ya en camino a su antigua oficina.

Y en un abrir y cerrar de ojos, ya tenía una nueva compañera. Sintió el dolor que venía asociado con esa palabra, recordándole de la química que ella y Ramírez habían tenido. Pero trató de echar ese dolor a un lado. No dejaría que los fantasmas del pasado la atormentaran en medio de este caso. Lidiaría con ellos más adelante de alguna otra forma pero, por ahora, estaba ocupada tratando de recuperar una semblanza de su antigua vida.

Pero mientras caminaba de vuelta a su antigua oficina y se dio cuenta de que se sentía como una extraña adentro de la misma, se preguntó si sería tan fácil como había creído al principio.

La verdad era que Kellaway le agradaba. Entendió esto cuando estaban en el auto conduciendo a la casa de Phyllis Lawnbrook. Avery

rara vez se sentía tan segura sobre alguien al principio, pero algo sobre Kellaway simplemente

encajaba con ella. Podía imaginarse a Kellaway hace varios años, tal vez de la edad de Rose. Probablemente había tenido un piercing en la nariz.

Probablemente tenía al menos dos tatuajes escondidos debajo de su uniforme de policía. En la universidad, probablemente había escuchado música industrial y experimentado con ácido.

Todos supuestos, por supuesto. Pero había algo sobre Kellaway que hacía que estas imágenes se le vinieran a la mente. Y ella por lo general tenía muy buen ojo para la gente.

—¿Qué te trajo aquí de Nueva York? —preguntó Avery.

—Asuntos familiares —dijo Kellaway—. Mi madre se enfermó. Ahora está en un centro de cuidados a largo plazo en Boston. Soy lo único que tiene, así que me mudé para acá.

—¿Cuánto tiempo estuviste en la fuerza en Nueva York?

—Un año y medio —dijo Kellaway—. Lo sé... todavía soy una novata. Así que por favor créeme cuando digo que me siento muy privilegiada de poder trabajar contigo.

—Gracias —dijo Avery.

—No, hablo en serio. Escuché hablar de varios de tus casos cuando seguía en Nueva York. Y luego me mudé para acá... y las cosas que dicen de ti, es como trabajar con una leyenda, ¿sabes?

Los elogios estaban empezando a incomodar a Avery. Sin embargo, trató de mantenerse calmada y educada. Además, recordó lo que era ser novata, con ganas de aprender todo lo que pudiera de aquellos con más experiencia.

—Si no te importa que te lo pregunte, ¿cómo fue visitar a Howard Randall después de haberlo apresado? Sé que los medios de comunicación no fueron nada amables contigo por haber acudido a él en busca de consejos, pero a mí me pareció brillante.

Avery agarró el volante con más fuerza y se enfocó en la carretera. Miró el GPS

y vio que llegarían en unos ocho minutos. Si dejaba que Kellaway siguiera hablando del tema, esos ochos minutos serían eternos.

—A riesgo de parecer una perra, no quiero hablar de eso —dijo Avery—. No tengo ni un solo día de regreso y preferiría no hablar de mis casos anteriores.

Especialmente de aquellos relacionados con Howard Randall.

—Dios mío, lo siento. Ni siquiera puedo imaginar lo que debió haber sido estar sentada frente a él y...

—Basta —dijo Avery, su tono de voz un poco más agudo de lo que había querido. Sintió una sensación de ardor en su estómago, las punzadas de ira ya familiares para ella.

Kellaway cerró la boca al instante. Asintió con la cabeza y luego miró por la ventana. Avery lamentaba haberle hablado así, pero a la vez sentía que se merecía el desahogo. Después de todo, ella había regresado para ayudar en este caso para sentar las bases de su futuro, no para sacar a relucir las viejas heridas de su pasado.

«Tal vez nunca podrás huir de tu pasado. Tal vez te acompañará hasta la muerte», pensó.

Era un pensamiento deprimente, pero la imagen de la carta de Howard se le vino a la mente y supuso que podría tener razón.

Siguió conduciendo en silencio, sus pensamientos enfocándose en el paquete de Howard y cómo había descubierto dónde estaba viviendo.

CAPÍTULO ONCE

Cuando Avery tocó la puerta, Phyllis Lawnbrook la abrió con un plato de lasaña en la mano. Fue curioso a primera vista, pero luego Avery analizó toda la situación. Phyllis era una mujer gorda, con fácilmente cincuenta kilos de sobrepeso. Se veía cansada, pero de buen humor.

Después de presentarse, Phyllis las invitó a pasar. Mientras caminaban a la sala de estar, Avery se fijó en muchos detalles que la ayudaron a entender por qué Phyllis había abierto la puerta con un plato de comida. Había bolsas vacías de papas fritas por toda la casa, varios platos sucios en el fregadero de la cocina con migas y restos de comida. El lugar también olía a brownies recién hechos. Al parecer, Phyllis Lawnbrook era una comedora compulsiva.

—Los otros que vinieron solo eran policías —dijo Phyllis mientras se sentó en un sofá—. Usted dice que es una detective. ¿Eso significa que la muerte de mi hijo tiene mayor prioridad ahora que hace cinco días?

—No señora —dijo Avery—. Siempre ha sido una gran prioridad. Me llamaron porque querían un enfoque diferente. Todavía tenemos muy pocas respuestas sobre quién pudo haberle hecho esto a su hijo. Y espero que eso cambie.

—Bueno, ya les dije a los otros todo lo que sé —dijo Phyllis. Tomó un bocado de lasaña y miró a Avery y Kellaway como si estuviera esperando que empezaran.

—¿Vive sola, señora Lawnbrook? —preguntó Avery.

—Sí. Mi esposo murió de un ataque al corazón hace cuatro años. Y ahora perdí mi único hijo.

La señora Lawnbrook frunció el ceño y tomó otro bocado de lasaña. Lo acompañó con un trago de lo que parecía un té dulce que estaba en un vaso en una mesa de centro.

—Y ¿con qué frecuencia veía a Alfred?

—Al menos dos veces a la semana. Siempre venía a cenar los viernes por la noche. Luego venía otra noche durante la semana, dependiendo de cuándo su horario de trabajo se lo permitía.

—Y Alfred trabajaba desde casa, ¿cierto? —preguntó Avery.

—Sí. Diseñaba folletos de mecánica.

—Y, según tengo entendido, no salía mucho. No le gustaba estar con otras personas, ¿ciertos?

—Así es. Había sido así desde la escuela secundaria, ya que los niños lo acosaban por sus anteojos y su sigmatismo. Tenía amigos, pero no muchos. En la escuela secundaria estuvo en el club de ajedrez y en el equipo de debate.

—¿Sabe si tenía amigos cuando murió? —preguntó Avery.

Estaba muy consciente de que Kellaway estaba parada a su lado, escuchando atentamente.

—Nadie cercano —dijo Phyllis—. Las únicas personas de las que escuché hablar bastante eran todos compañeros de trabajo. Hacían

varias llamadas semanales por Skype para repasar las cosas. Creo que el trabajo virtual era bueno para él.

Podía socializar sin tener que realmente estar alrededor de gente.

—¿Y alguna vez le habló mal de sus compañeros de trabajo?

—Sí, lo hizo varias veces. Su jefe era estricto y a veces daba plazos que le costaba cumplir. Pero Alfred nunca fue muy mezquino al respecto.

—¿Y ustedes dos? —preguntó Avery—. ¿Tuvieron una relación sana?

—Supongo —dijo Phyllis, colocando su plato ahora vacío en la mesa de centro

—. Alfred se volvió más introvertido y privado cuando su padre murió. Así que a veces me hablaba de problemas que un joven debería hablar con su padre. Eso nos llevó a tener unas cuantas conversaciones extrañas. Así que sí... yo diría que tuvimos una buena relación. Las únicas peleas que teníamos eran cuando me presionaba a comer mejor.

—¿Y planteaba ese tema por preocupación o por otra cosa? —preguntó Avery.

—Por auténtica preocupación —dijo ella—. Tenía miedo de perder también a su madre. Y, lo crea o no, no siempre me veía así. Empecé a darme atracones cuando mi esposo murió, y la comida siempre ha sido lo que me tranquiliza.

—Señora Lawnbrook, tengo otra pregunta... una un poco extraña. Me preguntaba si sabía de alguna mascota que Alfred podría haber tenido en los últimos años.

—No, nunca tuvo una mascota. Tuvimos un gato aquí cuando era pequeño, pero se escapó un día. Un perro del vecindario se le abalanzó encima y se lo devoró enfrente de Alfred. Desde entonces se negó a tener otra mascota.

—¿Así que supongo que nunca habría tenido una razón para frecuentar tiendas de mascotas?

—No que yo sepa. ¿Por qué lo pregunta?

—Todo se remonta a las arañas... Estoy tratando de darle sentido a por qué el asesino las utilizó. ¿Se le ocurre alguna relación que su hijo podría haber tenido con arañas o insectos?

Antes de que Phyllis respondiera, un pensamiento se le vino a la mente. La hizo sentirse tonta y, por primera vez desde que llamó a Connelly ayer, pensó que tal vez no estaba lista para estar de regreso.

«Estuviste allí y te perdiste la oportunidad —pensó—. Era obvia, estaba justo delante de ti... y te la perdiste.»

—No sé si esto cuenta o no, pero iba bastante al museo —dijo Phyllis—. Al Museo de Ciencia. Tienen un jardín de mariposas precioso, ¿lo sabía?

—Sí —dijo Avery—. Supongo que no sabe de alguien que Alfred pudo haber llegado a conocer bien durante sus visitas al museo, ¿cierto?

—Me temo que no.

—Bueno, gracias por su tiempo. Por favor llámenos si se le ocurra cualquier cosa que pueda ayudarnos con la investigación.

Cuando salieron de la casa, Avery apenas notó que Kellaway todavía estaba

callada y reservada. No tenía mala cara en sí, sino que simplemente estaba haciéndole saber que, por ahora, no hablaría a menos que ella le hablara. Y eso no molestaba a Avery. Estaba demasiado ocupada culpándose a sí misma por no haber explorado esto cuando había ido al museo.

Sin embargo, sí parecía extraño. Johansson parecía haber sabido sobre el caso. Y, siendo uno de los entomólogos del museo, probablemente era una figura prominente en el jardín de mariposas. ¿No habría visto a Alfred en algún momento si frecuentaba el museo?

«Probablemente —pensó—. Pero probablemente ve a cientos de visitantes cada semana. Y las fotos de Alfred no habían sido muy difundidas en los medios de comunicación.»

Aun así, era curioso... y también le había proporcionado una muy buena pista.

CAPÍTULO DOCE

De vuelta en el museo, Avery no perdió tiempo en ir a visitar la oficina de Johansson por segunda vez. Sin embargo, la encontró vacía, las fotos de todos esos insectos mirándola como si fueran los protectores de Johansson. La oficina se veía bastante inquietante así vacía. Era demasiado fácil imaginar que los insectos en las paredes habían cobrado vida y devorado a Johansson.

—¿Conoces a este hombre? —dijo Kellaway, finalmente rompiendo su silencio.

Hizo una expresión no tan sutil de disgusto mientras miraba todas las fotos.

—Es posible que hayamos hablado recientemente —le respondió.

Salieron de la oficina de Johansson y utilizaron un directorio de museo cercano para encontrar la ubicación del jardín de mariposas. El jardín era una exposición permanente que se encontraba al lado del edificio y que daba al río Charles. Al acercarse a la entrada, Avery y Kellaway vieron que había un grupo de estudiantes de escuela primaria visitando el jardín. Se quedaron a una cierta distancia detrás de ellos cuando entraron. Avery trató de buscar a un empleado que pudiera ayudarlas, pero se distrajo un poco.

Realmente era un lugar precioso. La vegetación estaba bien cuidada y los techos de cristal altos en forma de arco hacían parecer que el jardín estaba flotando en el aire. Mientras que los niños charlaban y reían, vio a un miembro del equipo, un hombre de mediana edad, atendiendo unos árboles en miniatura y unas flores.

—Disculpe —dijo Avery, mostrando su placa de una forma que, incluso después de tres meses de ausencia, fue automática—. ¿Podría decirme dónde se encuentra Donald Johansson en este momento? No está en su oficina.

—No tengo ni la menor idea —dijo el jardinero—. Sin embargo, pasa por aquí cada cierto tiempo.

—¿Hay alguien aquí con quien podamos hablar para verificar un visitante frecuente? —preguntó Kellaway.

—Sí. Leslie Vickers. Ella es la que está dándoles el recorrido a los niños. Sin

embargo, su asistente se encargará de terminar el recorrido dentro de poco.

Avery y Kellaway le dieron las gracias y una vez más se encontraron siguiendo al grupo escolar. Avery miró hacia el frente de una sola fila de estudiantes de primer grado y vio a una mujer alta de unos cuarenta años. La mujer pareció ver a las dos mujeres que caminaban un poco detrás de la fila de niños, pero hizo todo lo posible por no dejar que esto la distrajera.

Dentro de otros tres minutos, la mujer, al parecer Leslie Vickers, se detuvo en un espacio que parecía un pequeño jardín. Los niños se sentaron en unos bancos y sillas, mirándola mientras terminaba su discurso sobre las maravillas y la belleza de no solo las mariposas, sino de toda la naturaleza.

Cuando terminó, la mujer les sonrió y se alejó cuando un joven asistente demasiado alegre intervino y comenzó a hablarles a los niños.

Vickers se acercó a Avery y Kellaway con una sonrisa vacilante antes de preguntar: —¿Puedo ayudarlas en algo?

—Soy la detective Avery Black —dijo Avery, mostrando su placa—. Y esta es mi compañera, la oficial de policía Kellaway. Esperábamos que pudiera ayudarnos con un caso de asesinato en el que estamos trabajando en este momento. La víctima al parecer frecuentaba el jardín de mariposas.

La cara de Vickers pareció desinflarse. Avery notó que la mujer sabía de lo que estaba hablando.

—¿Está hablando de Alfred Lawnbrook? —preguntó.

—Sí —dijo Avery—. ¿Cómo supo?

Se encogió de hombros con tristeza y se apoyó en una maceta de madera. Dos mariposas volaron sobre su cabeza. Continuó diciendo: —Alfred venía bastante al jardín. Algunos de nosotros nos tomamos el tiempo para conocerlo. Era tímido, pero no paraba de hablar una vez que entraba en confianza.

—¿Supongo que habló con él unas cuantas veces? —preguntó Avery.

—Sí. Al menos una docena de veces, diría yo. Siempre se veía pensativo cuando venía. Tal vez un poco triste, también.

—¿Tiene alguna idea de por qué venía tan seguido?

—Me dijo una vez que le gustaba la idea de la metamorfosis, de cómo las mariposas nacen de pequeñas orugas insignificantes. A él le gustaba la idea de transformarse de algo que es un poco feo y que siempre está en el suelo a esta hermosa criatura. Nunca se lo pregunté directamente, pero supongo que tuvo una mala infancia o algo.

—¿Alguna vez le mencionó algo de arañas? —preguntó Avery.

—Eso también me lo estaba preguntando —dijo Vickers—. Desde que vi que la terrible noticia, me he estado preguntando cómo pudo haber pasado. Pero, sinceramente, no recuerdo que me haya mencionado algo respecto a arañas. Y, si lo hizo, desde luego fue breve.

—¿Y le habló de otros insectos? —preguntó Kellaway.

—No. Pero un día le hablé de escarabajos por alguna razón. Esto pareció incomodarlo. Recuerdo que se levantó de su asiento y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Hubo algún indicio de que tenía enemigos? —preguntó Avery—. ¿O incluso personas que lo inquietaban?

—No —respondió Vickers—. Nunca mencionó una novia, ni tampoco amigos. A veces hablaba de su trabajo y de su madre. También sé que su padre murió hace un tiempo. Pero nunca habló mal de nadie, ni mencionó que temía a alguien en particular.

—¿Sabe si hablaba con otras personas con frecuencia?

—Sí. Él y Donald Johansson conversaban bastante.

—¿En serio? —preguntó Avery.

—Sí. Yo no diría que eran amigos, pero sé que hablaron unas cuantas veces. Lo vi con mis propios ojos.

«¿Por qué Johansson mentiría sobre eso?», se preguntó a sí misma.

—¿Y sabe dónde puedo encontrarlo? —le preguntó.

Vickers sonrió y asintió con la cabeza antes de decir: —Sí, de hecho. Ahí viene.

Avery y Kellaway se volvieron para mirar detrás de ellas. Johansson acababa de verlas y se congeló en su lugar entre dos curvas en el camino por el jardín. La expresión en su rostro al ver a Avery le dijo todo lo que necesitaba saber: que estaba ocultando algo.

Como un tiburón que había olido sangre en el agua, Avery no perdió tiempo. Se dirigió hacia él de inmediato y le dijo: —Señor Johansson, me da gusto verlo de nuevo.

—Sí, igualmente —le respondió. Pero su tono indicaba que eso no era cierto.

—Con el debido respeto —dijo Avery—, tengo un presentimiento que me dice que me mintió cuando hablamos anteriormente. Si no me mintió, entonces sin duda omitió bastantes cosas.

Johansson miró el camino y asintió con la cabeza. —Sí, supongo que sí lo hice.

—Bueno, espero haya sido por una muy buena razón —dijo Avery—. De lo contrario, tendría que tomarme la molestia de arrestarlo frente a sus compañeros de trabajo.

Johansson soltó un suspiro tembloroso y asintió con la cabeza antes de preguntar: —¿Le molestaría regresar a mi oficina?

Honestamente, Avery preferiría quedarse en el jardín de mariposas en lugar de ir a su oficina poco iluminada con todas esas fotos de insectos en las paredes. Sin embargo, ella asintió con la cabeza y dijo: —Está bien.

Hicieron su camino al segundo nivel del museo. Avery le echó una última mirada al jardín, y luego a Kellaway, quien tenía cara de confundida. Avery no se dejó molestar por eso. Tenía la sensación de que Kellaway entendería todo en unos minutos.

—Sí, llegué a conocer a Alfred Lawnbrook durante sus visitas frecuentes al jardín de mariposas —dijo Johansson mientras se sentó detrás de su escritorio—.

Era un joven aislado que evidentemente sufría de ansiedad social, razón por la cual algunos de los empleados, incluyéndome, tratamos de tomarnos el tiempo para hablar con él.

—¿Y por qué no estimó conveniente decirme que lo conocía cuando estuve aquí hace dos horas? —preguntó Avery—. Me habría ahorrado mucho tiempo y molestias.

—Porque estaba tratando de proteger a alguien a quien quiero mucho.

—¿Me está diciendo que conocía a Lawnbrook fuera del museo?

—No —dijo Johansson.

Avery vio que tenía lágrimas en los ojos, una indicación clara de que estaba a punto de revelar algo.

—Pero sí conozco a alguien que llegó a conocerlo bien. Un ex empleado del museo que se llama Stefon Scott. Fue despedido el mes pasado. Conozco a Stefon bien porque fui su mentor en el museo.

—¿Y cuál era su afiliación con Alfred Lawnbrook? —preguntó Avery.

—Depende de a quién se lo pregunte —dijo Johansson—. Algunos dicen que tenían una especie de amistad floreciente. Pero yo sabía la verdad... y me enteré de ella por accidente. La verdad del asunto es que Alfred y Stefon se conocieron en el jardín de mariposas hace aproximadamente un año y realmente se cayeron bien. Eso finalmente se convirtió en una relación romántica que trataron de ocultar. Hicieron un buen trabajo, salvo que sorprendí a Stefon hablando con Alfred por teléfono un día. Escuché lo suficiente como para saber lo que estaba pasando, así que Stefon confió en mí. Me dijo lo feliz que estaba, pero también lo extraño que era. Al parecer, no tenía idea de que era gay hasta que conoció a Alfred. Pero también me pidió que guardara el secreto. Y como se había convertido en un hijo para mí aquí en el museo, decidí mantener esa promesa cuando entró en mi oficina antes. Me disculpo por las molestias ocasionadas.

Dejando a un lado su molestia por haber sido engañada, Avery continuó: —Dijo que el señor Scott fue despedido el mes pasado. ¿Por qué fue que despedido?

A estas alturas, Johansson estaba teniendo dificultades para mirarla. Sabía que estaba en conflicto consigo mismo, sabiendo que tenía que decir lo que sabía aunque le había hecho una promesa a un amigo. Finalmente, aún sin mirar a Avery o Kellaway, respondió. Su tono estaba cargado de emoción mientras trataba de contener un ataque de llanto.

—Conozco a Stefon muy bien —dijo—. Les juro que no tuvo nada que ver con lo que le hicieron a Alfred Lawnbrook.

—¿Qué hizo él? —preguntó Kellaway—. ¿Por qué fue despedido?

—Estaba obsesionado con arañas... tanto así que empezó a llevarse unas a casa.

Cuando el museo se enteró, lo multaron y lo despidieron. Todavía creemos que no las devolvió todas.

Avery se puso de pie y golpeó el escritorio con la mano antes de decir: —Usted sabía que alguien que estaba obsesionado con arañas estaba involucrado con Alfred Lawnbrook... ¿Y creyó que esa información no necesitaba ser compartida cuando estuve aquí hace dos horas?

—Lo siento, yo...

—Oficial Kellaway, por favor esposa a este bastardo y léele sus derechos.

—Pero yo... —comenzó Johansson.

—Ahora sí quiere hablar —dijo Avery, alejándose de él mientras Kellaway hizo diligentemente lo que le pidió.

Avery sacó su teléfono celular y llamó a Connelly. Supuso que, si podría obtener la dirección de Stefon Scott, quizá cerraría este caso en cuestión de horas. Los gritos suplicantes de Johansson desde detrás de ella mientras Kellaway lo esposaba parecieron solo consolidar esta noción.

CAPÍTULO TRECE

Avery se estacionó frente a la casa de una sola planta de Stefon Scott cuarenta minutos más tarde. Él vivía en una de las muchas pequeñas casas adosadas de ladrillo en la zona de Bay Village. Cuando ella llamó a la A1 para obtener su dirección y cualquier información sobre él, también se enteró de que estaba desempleado, aun no habiendo encontrado otro trabajo desde su despido del museo hace un mes.

«Qué momento tan oportuno —pensó mientras subieron las escaleras a su puerta principal—. Fue liberado hace un mes por robar arañas... y Lawnbrook fue asesinado con arañas hace poco más de una semana. Es una línea de tiempo que parece casi demasiado perfecta.»

No fueron recibidas por Stefon Scott, sino por una mujer vestida con una camiseta negra y unos pantalones de chándal. Su cabello estaba teñido de un color rojo casi neón y llevaba un piercing en la nariz y otro en el labio inferior.

Tenía un tatuaje de una araña grande en su antebrazo derecho.

—Estamos buscando a Stefon Scott —dijo Avery.

La mujer, de tal vez veintiún años como máximo, puso los ojos en blanco y preguntó: —¿Quiénes lo buscan?

—La detective Avery Black y la oficial de policía Courtney Kellaway.
¿Está en casa?

La chica asintió y dio un paso atrás antes de decir: —¿De qué trata todo esto?

—Por su bien, espero que no esté involucrada —dijo Avery—. Ahora, ¿dónde está?

—Aún dormido —dijo la chica.

—Son las tres de la tarde —señaló Kellaway.

—Anoche salimos hasta tarde —dijo la chica—. Y Stefon ha estado muy deprimido desde que perdió su trabajo. Duerme mucho.

—Necesito que lo despierte —dijo Avery con seriedad.

—Sí, está bien. Pasen y tomen asiento en la sala de estar —le respondió la chica mientras cerraba la puerta detrás de ellas.

Mientras la chica caminaba por el pequeño pasillo a una habitación en la parte trasera de la casa, Avery y Kellaway se fueron a la sala de estar. Se encontraba justo al lado del pequeño vestíbulo, y estaba un poco desordenada. Había libros por todas partes, así como hojas de papel impresas en la mesa de centro. Avery miró algunas de las hojas. Algunas eran tablaturas de guitarra; otras parecían ser los comienzos de artículos sobre arañas que Stefon había tratado de escribir.

—Detective Black —dijo Kellaway.

Avery miró al otro lado de la sala, donde Kellaway observaba algo al lado del sofá. Se acercó y vio que se trataba de una gran caja de cristal, en su mayoría cubierta por una sábana negra. Kellaway levantó lentamente parte de la sábana.

Había tres arañas adentro de la caja. Avery sabía muy poco de arañas, pero creía que eran tarántulas y, si no eran tarántulas, entonces una variedad muy parecida.

Dos de las arañas estaban inmóviles, mientras que la tercera se estaba alejando por el movimiento repentino de la sábana.

Detrás de ellas, Stefon Scott entró lentamente en la sala, evidentemente aún medio dormido. —Esas son arañas lobo —les dijo—. También conocidas como tarántulas lycosa.

—¿Y por qué las tiene? —preguntó Avery.

El hombre se encogió de hombros de una forma que, por razones que Avery no entendía, la molestó.

—Siempre me han gustado las arañas. Tengo unas cuantas más en mi dormitorio.

He tenido al menos dos como mascotas desde los doce años de edad.

Stefon Scott se sentó en el sofá y las miró. Avery se dio cuenta de que él estaba consciente de que las cosas probablemente se pondrían tensas. Estaba haciendo todo lo posible para convencerlas de que su visita no lo molestaba.

—Donald Johansson nos habló de su interés por las arañas —dijo Avery.

Stefon asintió lentamente, mirando la caja de cristal y diciendo: —Si están aquí es porque eso no es lo único lo que han oído hablar de mí.

—Correcto —dijo Avery—. También nos habló de su relación con Alfred Lawnbrook. ¿Supongo que ya sabe lo que le pasó?

—Sí —dijo él casi de inmediato—. Supongo que están aquí para averiguar porqué estábamos juntos, ¿cierto? No estaba... No estoy... Mierda. Ni siquiera sé. Digo, nuestra relación jamás fue oficial. Solo fue algo... físico.

—Entonces ¿quién es la chica que nos abrió la puerta? —preguntó Kellaway.

—Una chica con la que llevo unas cuantas semanas saliendo. La conocí en línea, en un foro para amantes de arácnidos.

—¿Es así como conoció a Alfred? —preguntó Avery, aunque ya sabía que no se habían conocido así debido a lo que Johansson les había revelado. Quería ver cómo Stefon respondería.

—No. Lo conocí en el jardín de mariposas en el museo cuando todavía trabajaba allí. Hablamos una vez y descubrí que las arañas lo aterraban. Eso me pareció interesante, así que charlamos y una cosa llevó a la otra y pasó la noche en mi casa como una semana después.

—Dijo que su relación no era oficial cuando murió —dijo Avery—. ¿Qué pasó entre ustedes?

—Fue una de esas cosas amor-odio. Odiaba mis arañas, pensaba que yo era raro.

Le asustaba mi interés por las arañas, pero creo que ese miedo lo atraía a mí.

Creo que tal vez quería superarlo o explorarlo. O... Mire, no es que quiera hablar mal de los muertos, pero estaba empezando a preguntarme si su miedo a las arañas ayudó a que las cosas fluyeran entre nosotros. Creo que saber que había arañas en mi cómoda cuando estábamos en la cama lo excitaba. No lo sé...

—¿Y fue despedido del museo por robar arañas, ¿cierto?

—Sí. No fue mi mejor momento.

Avery estaba cansada de andar con rodeos. Johansson ya le había mentido y no tenía la intención de dejar que Stefon Scott le hiciera lo mismo.

—Se ve relajado y calmado —dijo Avery—. ¿Honestamente no entiende por qué estamos aquí?

—Para obtener información sobre lo que le pasó a Alfred, supongo. Pero como dije... llevaba mucho tiempo sin verlo antes de su muerte.

—No puede ser tan ingenuo. Las arañas lo fascinan. Incluso las robó del museo.

También tuvo una relación sexual con un hombre recién fallecido que fue torturado y asesinado con arañas...

—Espere un momento —dijo Stefon—. Espere. ¿Cree que lo maté?

—Todas las señales apuntan a eso —dijo Avery—. Analice la situación desde nuestro punto de vista. Es demasiado simple. Así que le pediré que nos acompañe a la comisaría para ser interrogado.

—¿Piensan que soy un asesino a sangre fría solo porque me robé algo del trabajo?

—No estoy alegando eso en este momento. Solo necesito que venga con nosotros. Puede venir voluntariamente o complicar más las cosas.

—En primer lugar —dijo Stefon, poniéndose de pie—, nunca habría lastimado a Alfred a propósito. Él tuvo problemas emocionales, que supongo es la razón por la que tuvo una relación homosexual cuando ni

siquiera había tenido una heterosexual, aun cuando juraba serlo. Él solo quería compañía. Era un buen tipo. Nunca le habría hecho daño. En segundo lugar... estoy seguro de que no tienen pruebas de que lo hice. Y sin pruebas contundentes, ¿qué pueden hacer?

—Bastante, en realidad —dijo Avery.

En el momento adecuado, Kellaway dio un paso al frente y dijo: —Coloque las manos detrás de su espalda.

—Vete a la mierda.

—Esa fue la peor respuesta que podría haber dado —le dijo Avery.

Juntas lo derribaron al piso. Scott luchó contra ellas durante unos segundos antes de rendirse por completo. Para cuando lo esposaron y lo pusieron de pie, estaba llorando a cántaros.

—¡Clarissa! —gritó Stefon—. Clarissa... ¡Me arrestaron! ¡Llama a alguien! ¡Y

alimenta a las arañas!

El último comentario le pareció graciosísimo, pero mantuvo la compostura. Ella y Kellaway sacaron a Stefon por la puerta principal y lo metieron en el auto.

Cuando Avery alcanzó para cerrar la puerta, vio a la mujer que las había recibido, Clarissa presumiblemente, corriendo hacia ella. Algo sobre cerrar la puerta y dejarla allí con la arañas de Stefon parecía mal. Parecía como si estuviera encerrándola en su propia tumba. Tampoco ayudaba el hecho de que Avery no podía sacarse las imágenes del cuerpo de Alfred Lawnbrook de su mente.

Las imágenes siguieron allí mientras condujo hasta la comisaría con Stefon Scott gritando y llorando en el asiento trasero.

CAPÍTULO CATORCE

A lo que llegaron a la comisaría, Avery vio la gran actividad que había en el estacionamiento y en el frente del edificio. Su estómago se inundó de ira y maldijo por lo bajo.

—¿Qué? —preguntó Kellaway—. ¿Qué pasa?

—La prensa —dijo Avery—. Todos los reporteros están cubriendo el caso. Y eso solo nos dificultará más las cosas de aquí en adelante.

—Oh —dijo Kellaway, mirando la locura.

Había tres furgonetas de prensa estacionadas parachoques con parachoques enfrente del edificio. Varias personas estaban de pie en la acera que daba a la puerta principal, reporteros y camarógrafos esperando su oportunidad de obtener algo bueno para las noticias de las seis de la tarde. Otra furgoneta de prensa llegó chirriando al estacionamiento desde la dirección opuesta, deteniéndose al lado de las otras.

«De alguna forma se enteraron de que estoy trabajando en el caso», pensó Avery.

No es que se creía digna de atención. Pero sabía cómo trabajaban los medios de comunicación, y se imaginó unos cuantos titulares, como: Detective victimizada regresa para trabajar en el caso espeluznante de las arañas. Ese o Detective obsesionada con Howard Randall regresa a la acción por caso espeluznante.

Algo así. Ni siquiera los culpaba. De seguro sería una noticia de primera plana.

Avery se fue a la parte trasera del edificio, pero no sirvió de nada. También había un equipo de noticias allí. Y para cuando estacionó el auto y comenzó a bajarse con Stefon Scott, varias de las personas que había visto en el frente habían logrado correr alrededor del edificio. Mientras caminaba rápidamente al edificio empujando a Stefon con Kellaway atrás, comenzaron a tomarle fotos y alrededor de ocho personas comenzaron a hablar al mismo tiempo. Avery bajó la cabeza y continuó, negándose a sucumbir ante el caos.

—*Detective Black, ¿por qué regresó para este caso?*

—*¿Regresó para rendirle homenaje al detective Ramírez?*

—*¿Por qué está en custodia este hombre, detective? ¿Es un sospechoso en el caso?*

—*¿Cree que Howard Randall está muerto aunque su cuerpo no fue descubierto?*

—*¿Tienen alguna pista sobre el caso de las arañas?*

Por suerte, ya había llegado a las puertas. Metió a Stefon al edificio, pero no vio a Kellaway por ningún lado. Miró por encima de los

hombros de la multitud y la vio en todo el medio de la locura. Se veía asustada y fuera de su zona de confort.

Sin embargo, eso no enojó a Avery, ya que entendía a Kellaway. Los medios de comunicación eran unos buitres y olían sangre fresca cuando estaba cerca.

Empujó a Stefón hacia el primer policía que vio en el pasillo y luego salió por las puertas. Tuvo que abrirse paso por un camarógrafo y casi derribar a un reportero antes de llegar a Kellaway. Afortunadamente no estaba dándoles información, pero los periodistas la estaban atormentando con preguntas.

—*¿Cómo logró volverse compañera de la detective Black?*

—*¿Cuánto tiempo ha estado en la fuerza?*

—*¿El hombre esposado es el asesino?*

—*¿Me podría dar su nombre, por favor?*

Avery agarró a Kellaway por el brazo y la arrastró por la multitud. Algunos de los reporteros se veían indignados, sobre todo cuando volvió a chocar con la misma reportera. Metió a Kellaway en el edificio y soltó un enorme suspiro de alivio cuando las puertas se cerraron detrás de ellas.

—Lo siento —dijo Kellaway—. No sabía que eso se ponía tan feo... ¿Qué demonios?

—No te preocupes —dijo Avery—. Lo manejaste bien. Pueden ser unos monstruos si tú se los permites. No seas demasiado duro contigo misma. Solo

quítatelos de encima y concéntrate.

—Oye, ¿detective Black?

Avery se volvió al policía al que prácticamente le había lanzado a Stefón Scott.

Se veía confundido, sosteniendo a un hombre que apenas había logrado calmarse y dejar de llorar.

—Disculpa —dijo Avery—. ¿Puedes llevarlo a la sala de interrogatorios, por favor?

El policía asintió y empezó a caminar por el pasillo. Avery lo siguió, dirigiéndose a la oficina de Connelly. Kellaway fue con ella y ambas encontraron la oficina vacía.

—Comunícate con Connelly y O'Malley —dijo Avery—. Que sepan a quién arrestamos y lo que ha hecho. Diles que comenzaré el interrogatorio en quince minutos si quieren estar presentes.

Kellaway hizo lo que le pidió, pero, mientras ubicaba el primer número, se hizo evidente que creía que todo el protocolo era un poco ortodoxo. Avery supuso que tenía razón. Desde luego debería esperar hasta que todos estuvieran presentes para interrogar a Stefon. Pero había llegado tarde al caso y sentía como si estuviera recuperando todo el tiempo perdido.

Miró de nuevo el final del pasillo, donde, a través de las puertas de cristal, todavía podía ver a los medios de comunicación. Este caso era demasiado bueno, tan dulce que les tenían las bocas echas agua. Avery lo entendía y eso la hizo empezar a preguntarse si la ridiculez y la naturaleza gráfica del caso era, de alguna forma, el móvil del asesino.

Con ese pensamiento en su mente, comenzó su camino a la sala de interrogatorios. Pensó en las arañas en la caja de cristal en la casa de Stefon y la forma en que había reaccionado a la mera insinuación de que él había matado a Lawnbrook. Dejó que su mente asimilara toda esta información mientras esperó que O'Malley y Connelly llegaran.

No sabía si era por la emoción de la caza o simplemente la comodidad de algo familiar, pero se encontraba ansiosa por empezar. Se preguntó si ella también era un avispon furioso, volando alrededor de su nido con su aguijón preparado y

listo para picar.

Stefon ya no estaba llorando cuando Avery entró a la sala de interrogatorios. Al final, lo hizo esperar durante casi una hora. No solo para darles chance a O'Malley y Connelly de llegar, sino también para dejar que Stefon asimilara los acontecimientos de esta tarde. Lo observó a través de un monitor en la sala contigua, observando su expresión tornarse pensativa, luego triste, y finalmente preocupada.

Ahora, sentada en la mesa frente a él, Avery le dio un momento para acostumbrarse a su presencia. Obviamente lo superaba en habilidades físicas y de comunicación, lo cual había demostrado en su casa, y su silencio se lo recordaría. Sabía que O'Malley, Connelly y Kellaway estaban observando desde el mismo lugar en el que ella había estado sentada hace menos de cinco minutos.

Pensó en Kellaway y cómo podría dirigir el interrogatorio de una mejor forma para que la joven aprendiera.

—¿Qué hizo esta última semana y media? —preguntó Avery. Su tono era suave y coloquial, claramente no lo que Stefon había estado esperando.

—No hice mucho —dijo Stefon—. Pasé casi todo ese tiempo en casa con Clarissa.

—¿Y cuánto tiempo lleva ella quedándose en su casa?

—Tres días. Pero me había visitado varias veces antes de eso.

—¿Cuándo fue la primera vez? —preguntó Avery.

—Creo que hace tres semanas.

—¿Aún estaba involucrado físicamente con Alfred Lawnbrook en ese momento?

—Eso es personal.

—Sí, supongo que sí lo es. Pero como Alfred Lawnbrook está muerto, no veo cómo eso pueda perjudicarlo ni a él, ni a usted. Así que... ¿Estaba involucrado con Alfred cuando comenzó a estar con Clarissa?

—No realmente —dijo Stefon, alejando la mirada de la vergüenza—. Tuvimos relaciones sexuales unos días antes de que invité a Clarissa a mi casa. Pero, como le dije antes, nuestra relación nunca fue oficial. Solo física.

—¿Y él supo eso?

—Sí. Eso es lo que ambos queríamos.

—Antes de su estancia de tres días, ¿cuándo fue la última vez que Clarissa pasó tiempo con usted?

Stefon lo pensó por un momento antes de contestar. —Dos días antes. Pasamos el día juntos. Almorzamos, volvimos a mi casa, tuvimos relaciones. Cenamos. Se fue como a la medianoche.

—Ella me indicó que se quedan despiertos hasta tarde. ¿Qué hacen durante ese tiempo?

—Vamos a fiestas. Pero más que todo tenemos sexo. Ella le dirá lo mismo. Los dos somos... no sé. Raros, supongo.

—¿Raros de la misma forma en la que creyó que Alfred se excitaba al saber que había arañas en la misma habitación que él, aunque le aterraban?

—Más o menos.

—Bueno, hablaremos con Clarissa y verificaremos sus coartadas. Si podemos determinar su paradero dentro de las veinticuatro horas antes de la muerte de Alfred Lawnbrook, podrá irse. Su coartada tendrá que ser irrefutable, sin embargo. Supongo que entiende lo mal que se ve esto, ¿cierto?

—Sí —dijo—. Pero juro que yo no le hice nada. Mire... Incluso si no pueden establecer una coartada entre Clarissa y yo, podría haber algo en mi computadora. Ustedes pueden rastrear cuando uno inició y cerró sesión, ¿cierto?

—Sí, podemos hacerlo. ¿Por qué lo pregunta?

—Paso bastante rato en el foro donde conocí a Clarissa. He estado tratando de conocer gente y ofrecerles escribir artículos a cambio de dinero. Artículos sobre arañas y ese tipo de cosas. Algunas revistas de naturaleza en línea pagan bastante dinero por ese tipo de cosas.

Avery recordó haber visto los comienzos de algunos artículos en su mesa de centro. No era una coartada, pero al menos tenía sentido.

—Investigaremos eso —dijo Avery—. Entretanto... ¿Recuerda algo que Alfred le haya dicho que podría indicar que tenía enemigos? ¿Alguien que le guardaba rencor?

—No. Era un tipo tranquilo. Digo, tenía miedo de lo que su madre pensaría si supiera que estaba en una relación gay, pero... No, nada de enemigos.

—¿Y sabe de otra persona que sabía lo mucho que le aterraban las arañas? —

preguntó Avery.

Una vez más, Stefon se puso a pensar antes de negar con la cabeza. — No que yo sepa. Sin embargo, eso parecía avergonzarle. Así que supongo que no compartía mucho esa información.

—¿Y usted le contó a otra persona de su fobia?

—Le conté a Clarissa. Pero eso fue justo después de que vi que había muerto.

Ella y yo discutimos por eso. Me dijo que sería una buena forma de morir y eso me pareció insensible.

Avery asintió, relajándose un poco. Estaba bastante segura de que Stefon Scott no había tenido nada que ver con el asesinato de Alfred Lawnbrook. Aunque las pistas la habían llevado a él, su comportamiento y su voluntad de que investigaran sus registros informáticos y hablaran con Clarissa lo afirmaban.

—Tendrá que permanecer aquí hasta que verifiquemos su coartada — dijo Avery, poniéndose de pie—. Mientras tanto, sugiero que sea cortés con cualquier otra persona que le haga preguntas. ¿Entiende?

Asintió con la cabeza, teniendo dificultades para mirarla. Luego le dijo: —Mire, hay una cosa sobre Alfred que me pareció un poco rara... pero apenas lo recordé en este momento.

—¿Qué cosa? —preguntó.

—Estaba abierto a la posibilidad de enfrentarse a su miedo a las arañas. Creo que esa es la única razón por la cual andaba conmigo. Quería superar el miedo.

Y sé que no lo maté, a pesar de que usted no está convencida. Pero... Si tanto deseaba superar ese miedo, supongo que no soy el único al que se lo contó. Otra persona tenía que haberlo sabido. Alguien de confianza.

Era una buena observación. Avery ya lo había considerado, pero la forma en que Stefon lo había dicho le daba mucho en qué pensar.

«Quería superar su miedo a las arañas».

Sentía que eso significaba algo, pero no estaba segura de nada en este momento.

Pero supuso que Stefon tenía razón: si estaba decidido a superar su miedo, probablemente se lo había dicho a más de una persona. Y si no fue a su madre, entonces ¿a quién?

Era una buena pregunta... y una que necesitaba responder lo antes posible.

CAPÍTULO QUINCE

La mente de Abby Costello estaba hecha un torbellino mientras su cuerpo fue zarandeado y sacudido. Como una gran amante del cine, había visto demasiadas películas donde alguien era capturado y metido en el maletero de un auto.

Siempre le había parecido poco realista, y que una persona no podía doblarse de una forma que le permitiera caber en un maletero.

Era irónico, pues se había enterado de cuán equivocada había estado. Pero irónico no era la palabra. Horrible sonaba mejor.

Era la palabra apropiada para la situación. Tenía los ojos vendados y algo envuelto con fuerza alrededor de su boca. Estaba bastante segura de que se trataba de una mordaza. Y efectivamente se encontraba en un maletero. Y, con la excepción de un dolor en las rodillas, donde sus piernas estaban dobladas, resultó que había cabido con bastante facilidad.

No estaba muy segura de cómo había llegado allí. Se había emocionado cuando su cita le preguntó si quería probar algo distinto. Y cuando él sacó las correas y la venda, dos cosas se le vinieron a la mente: la primera, que estaba emocionada y un poco excitada y la segunda, que sentía inquietud y ansiedad.

Abby sabía que era una mujer guapa. Lo había sabido desde la escuela secundaria, cuando tres chicos la invitaron al baile de graduación, algo que había sido reforzado en la universidad cuando no solo una, sino dos peleas se habían producido en fiestas de fraternidad por ella. Nunca había tenido problemas para conseguir una cita o la atención de los hombres. Por lo tanto, siempre había tenido el control total de su vida sexual. Podía tener sexo cuando quisiera y podía rechazarlo cuando no se sentía cómoda, sabiendo que tendría otra oportunidad cuando lo quisiera a futuro.

Sintió esa necesidad cuando conoció a su cita de esa noche. Supo de inmediato que eventualmente se acostaría con él. Él era lindo y la trataba como una reina.

Pero ahora estaba amordazada y con los ojos vendados en su maletero. Ahora estaba oliendo el escape del auto y algo que olía a polvo y bolas de naftalina en el maletero.

Fue aún más aterrador cuando el auto se detuvo. Supuso que había estado conduciendo por media hora. Trató de ponerse de espalda, con la esperanza de poder escapar de alguna forma cuando abriera el maletero. Pero no pudo moverse. Cuando el hombre abrió el maletero unos pocos segundos después de apagar el auto, sintió el aire fresco y hubiera dado lo que sea por ver dónde estaban.

Ella trató de hablarle, preguntarle dónde estaban y por qué le estaba haciendo esto. Pero la mordaza no la dejó hablar, solo producir un ruido sordo.

Sintió su mano agarrar su muñeca, la cual estaba atada a su espalda con las correas que había visto hace una hora y asumido que estarían atadas a una cabecera. La jaló con facilidad, pero no con las manos suaves con las que había acariciado sus senos las pocas veces que se habían visto antes. Era más rudo ahora y no estaba nada interesado en sus zonas más secretas.

—Ya llegamos —le dijo mientras la ayudó a ponerse de pie.

Sintió el parachoques del auto atrás de sus piernas. Como estaba vendada, solo podía usar los olores y sonidos para determinar dónde estaban. Ninguno de esos sentidos ayudó mucho; la noche era tranquila y su olfato todavía estaba abarrotado con los olores del escape.

—Vamos —le dijo, su voz en su oído.

Ella trató de alejarse, moviéndose con fuerza a la derecha. Él la jaló hacia atrás, su agarre fuerte ahora.

—Te romperé el brazo si vuelves a intentarlo —dijo, su voz era tranquila y casi razonable.

Comenzó a llorar a través de la mordaza, un sonido que era como el gimoteo de un animal herido. Estaba temblando mientras él la conducía hacia adelante. Tres pasos, luego seis, luego diez, luego veinte. Estaba bastante segura de que estaban caminando sobre hierba, luego sobre tierra.

Y entonces oyó y sintió madera bajo sus pies. Unos pasos más y la madera pareció moverse un poco bajo sus pies, como si estuviera tambaleándose.

Entonces oyó los sonidos de chapoteo del agua en la madera.

—No —trató de decir, pero la frase salió como un gemido ahogado por la mordaza.

El tan solo pensar en el agua le hizo doler los pulmones. Entró en pánico, y se le hizo muy difícil respirar.

«Dios mío. No. Por favor...», pensó.

Ella se congeló en su lugar y luchó contra él de nuevo. No le importaba que le fracturara el brazo. Tenía que escapar. Su sangre se inundó con lo que parecía ser ácido debido al pánico que estaba sintiendo.

«Un muelle, estoy en un muelle. Hay agua... una masa de agua. ¿Pero en dónde estoy? Dios mío...», pensó.

Sin embargo, luchó por respirar. El miedo era como un tornillo de banco alrededor de sus pulmones. Ni una sola gota de agua la había salpicado, pero se sentía como si se estuviera ahogando.

Él no le rompió el brazo. En cambio, la golpeó duro por detrás, justo en el riñón.

Ella se dobló y se cayó y, sin darle un momento para recuperarse, él comenzó a arrastrarla hacia adelante. Sus rodillas se rasparon con la madera. Abby asumió que era la madera de una dársena o muelle pequeño. Oyó el agua incluso mientras la arrastraba.

El agua... esperando por ella. Esperando tragársela en sus profundidades. Se estremeció y trató de gritar a través de la mordaza. Quería que la matara de una buena vez. Que solo le disparara. Que solo la apuñalara. Que solo la matara a golpes... pero que no lo hiciera con agua.

Milagrosamente, le quitó la venda de los ojos en ese momento. Ella vio que sus otros sentidos habían hecho su trabajo. Se encontraba en el borde de un pequeño muelle que miraba a un cuerpo de agua. Aún no había caído la noche y la luz del atardecer en el agua habría sido hermosa... si no hubiera sido por el agua. El agua turbia y mortal.

Mientras la miraba, sus entrañas se apretaron y sus pulmones parecieron estremecerse. Su pecho se apretó y comenzó a sollozar.

—Sé que tienes miedo —le dijo desde detrás de ella—. Y eso está bien. No tiene

nada de malo tener miedo.

Abby veía farolas en la distancia que probablemente se habían encendido hace poco. Se preguntó si podía hacer suficiente ruido a través de la mordaza para que cualquier persona que estuviera por allí la escuchara. Se preguntó dónde estaban.

¿En qué parte de la ciudad había esta cantidad de agua? Ciertamente no era el puerto. Era demasiado bonito... demasiado tranquilo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando sintió sus manos alrededor de su cuello. Trató de luchar de nuevo y esta vez fue recompensada con un rodillazo en la parte baja de su espalda. Se desplomó de nuevo y esta vez, cuando se golpeó las rodillas, cayó en el muelle a menos de un metro del agua. Se quedó sin aliento, su corazón latiendo con fuerza y...

El hombre la pateó. Salió volando del muelle. Cuando oyó el chapoteo y sintió el agua tragándose su cuerpo, trató de gritar. Sin embargo, la mordaza no se lo permitió, y la presión del agua lo hizo imposible. Pateó sus piernas y trató de nadar, dándose cuenta de que sus manos seguían atadas a su espalda. Pateó y gimió, sabiendo que la superficie estaba cerca. Ella podía nadar, sabía nadar, pero el pánico no se lo permitía.

Se las arregló para salir del agua una sola vez. Vio a su cita, el hombre que le había parecido lindo y de muy buen corazón, sentado en el muelle observándola.

Él le sonrió, una mirada intensa en sus ojos.

Su rostro fue lo último que vio. El pánico y el miedo simplemente fueron demasiado para ella.

Cuando Abby se sumergió por segunda vez, nunca logró volver a salir.

CAPÍTULO DIECISÉIS

A las siete y media de la noche, el presentimiento de Avery se demostró ser cierto. Stefon tenía no una, sino dos coartadas sólidas para el margen de tiempo de la muerte de Alfred Lawnbrook. Una serie de archivos de video que habían sido guardados en su computadora y fuertemente editados demostraron que había estado en su casa durante el asesinato. Los videos eran de arañas e incluían las tres arañas lobo que tenía en la caja de cristal en su sala de estar.

La segunda coartada fue Clarissa, quien les entregó su iPhone voluntariamente para mostrarles una serie de mensajes de texto que había recibido de Stefon durante ese tiempo. Y aunque los mensajes de texto podrían haber sido enviados desde cualquier lugar, las dos llamadas largas resultaron más útiles.

Stefon fue puesto en libertad. Avery casi sintió la necesidad de disculparse con él, pero no se molestó en hacerlo. Ella no lo habría hecho hace tres meses y, sinceramente, no estaba segura de por qué había sentido la necesidad de hacerlo ahora. Tal vez los tres meses de descanso la habían ablandado un poco. Eso, o la agitación emocional que había vivido en el transcurso de esos tres meses.

La liberación de Stefon significaba que Avery se encontraba de nuevo en el punto de partida. Solo quedaban preguntas y teorías imprecisas, ninguna de las cuales ayudaba en nada. Estaba sentada en su antigua oficina con Kellaway, Finley y O'Malley. El espacio era pequeño, pero Finley parecía estar encantado con el hecho de que su oficina estuviera siendo utilizada de tal manera.

Kellaway, por su parte, se veía agradecida por ser parte de un caso de prominente. Sin embargo, se estaba comportando bien y parecía no estar resentida por el pequeño arrebató de Avery de ese mismo día. Ella cada vez le agradaba más.

—¿Y qué de las drogas? —preguntó Kellaway mientras intercambiaban ideas.

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó O'Malley.

—¿Encontraron alguna droga en el sistema de Lawnbrook? —preguntó.

—No, eso es lo que indicaron los informes de toxicología —respondió O'Malley.

—Pero tal vez hay algo más —dijo Avery—. Stefon afirmó que Lawnbrook estaba interesado en superar su miedo a las arañas. También insinuó que tener relaciones sexuales en el mismo lugar donde había arañas podría haber sido un intento de superar ese miedo. También me enteré de que al parecer existe una pequeña comunidad en línea que está obsesionada con las arañas. Esto me hace preguntarme... si Lawnbrook estuvo dispuesto a contarle su secreto a Stefon e intentar superar este miedo, tal vez recurrió a alguien más. Tal vez sí conocía al asesino. Tal vez Lawnbrook lo conoció en línea y la interacción con las arañas fue intencional. Es posible que simplemente se haya salido de control.

—Vale la pena investigarlo —dijo O'Malley.

—Sí, pero demasiadas arañas fueron encontradas —dijo Finley—. Si yo estuviera intentando superar un miedo, lo haría poco a poco, no así de lleno.

Avery asintió. Era una buena observación. Sin embargo, la idea de que la exposición a las había sido intencional era interesante, especialmente si Stefon estaba en lo cierto respecto a lo mucho que Lawnbrook había querido superar ese miedo.

—¿Y si fue el mismísimo Lawnbrook? —sugirió Kellaway—. ¿Y si las había recolectado poco a poco, ya sea para superar su miedo o para impresionar a Stefon Scott?

—Es posible —dijo O'Malley—. Finley, asígnale esa tarea a alguien. Esa persona se tendrá que poner a investigar en Internet a ver si ubica esos foros extraños. O si puede encontrar cualquier conexión a Lawnbrook.

—Eso haré —dijo Finley, levantándose del escritorio.

—Y yo me voy a casa —dijo Avery—. Me pondré a investigar por mi cuenta.

Expresó su apreciación hacia Kellaway asintiendo con la cabeza y luego salió de la oficina. A lo que avanzó unos pasos, oyó la voz de Kellaway detrás de ella.

—¿Detective Black? —preguntó Kellaway—. ¿Puedo pedirte un favor?

—¿Qué pasa?

—Mi auto se averió hace tres días. He estado viniéndome y yéndome en bus y

me preguntaba si podrías darme un aventón.

—Claro —dijo Avery, notando lo avergonzada que se veía Kellaway por estar pidiendo el favor—. Y mira, puedes dejar de llamarme detective Black. Si vamos a trabajar juntas hasta resolver el caso, puedes llamarme Avery.

Esto pareció alegrarle el día a Kellaway, ya que era incapaz de contener su sonrisa. Avery ocultó su propia sonrisa, tranquilizándole el hecho de que al menos podía hacer feliz a algunas personas.

—Siento que tengo que disculparme contigo —dijo Avery. Eran palabras nunca le habían llegado muy fácilmente, ni siquiera interactuando con Rose. Pero dado lo que había pasado en su vida los últimos tres meses, supuso que había algunas cosas que necesitaba cambiar de sí misma.

—¿Por qué? —dijo Kellaway.

—Por haberte contestado bruscamente cuando me preguntaste sobre Howard Randall.

Kellaway no dijo nada por un momento y se quedó mirando por la ventana del pasajero. La disculpa pareció haberla tomado por sorpresa. Finalmente dijo: —

No tienes porqué disculparte. Me sobreexcité. Digo... no me malinterpretes. Vi un montón de cosas geniales en Nueva York, pero tu conexión con Howard Randall, así como también todos tus casos, me interesaron mucho.

—No soy digna de tanto interés —dijo Avery—. Créeme.

—Las historias que he oído acerca de ti dicen lo contrario. Me dejó sin aliento cuando escuché a tantos machistas hablando maravillas de ti.

—¿Machistas? —preguntó Avery con una risita—. ¿Como quién?

Kellaway se encogió de hombros y respondió: —La mayoría lo son. Lo entiendo, sé que están tratando de montar un espectáculo, tratando de parecer más rudos de lo que realmente son. Soy joven y pequeña, así que me molestan y me ponen las cosas difíciles.

—Espero que no tan difíciles, o sea que no se pasen de la raya.

—Oh, no... Nada de eso.

—La mayoría de los chicos de la A1 son inofensivos —dijo Avery—. Solo tienes que hacerte valer. Y veo que eso no te es muy difícil.

—Nunca lo ha sido —dijo Kellaway—. En realidad me preocupa más lo que tú pienses de mí, si estoy siendo honesta.

—No te preocupes por eso.

—Bueno... Tuviste que cargar conmigo desde tu primer día de vuelta y aún no me sé todos los detalles de la razón por la que te fuiste.

Avery captó la indirecta; esta era la forma de Kellaway de preguntarle sobre estos últimos meses. A Avery no le molestó. Sorprendentemente, le dio la bienvenida. Sería bueno hablar con alguien que no fuera un terapeuta al respecto, sobre todo con alguien que sabía muy poco sobre su vida personal.

—Me fui porque todo se me vino abajo —ella dijo—. Mi ex esposo murió, fue asesinado por un hombre que estaba tratando de atrapar... Y mi hija fue perseguida por el mismo hombre. Y luego murió Ramírez, y no sé cuánto sabes de él, pero...

—Ustedes tenían algo, ¿cierto? —preguntó Kellaway.

—Sí. Fue más serio de lo que me quise admitir a mí misma. No me di cuenta de lo mucho que significaba para mí hasta que se encontró al borde de la muerte.

Tenía un anillo... estaba listo para casarse conmigo.

Kellaway asintió solemnemente, tal vez sintiendo que había abierto una puerta en la que aún no estaba preparada para entrar.

—Bueno —dijo en voz baja—, ¿cómo está tu hija después de todo esto? Al menos la tienes a ella.

Avery trató de reírse, pero no pudo. En su lugar, le dijo: —Tristemente, no. Rose está más distante que nunca. Me culpa por la muerte de su padre. Y dice que mi carrera siempre la ha mantenido en peligro. Y lo peor de todo es que podría tener razón.

Era extraño hablar con Kellaway sobre Rose. Después de todo, Kellaway podría ser cinco o seis años mayor que su hija... era casi como si estuviera hablando con la mismísima Rose.

—Si no te molesta que te lo pregunte, ¿qué te hizo regresar? —le preguntó Kellaway.

Avery sabía la respuesta. Era fácil, pero de alguna forma eso la hacía más difícil de responder.

—Porque es lo único que tiene sentido para mí —dijo—. Traté de decirme a mí misma que no lo extrañaría, pero pasó lo opuesto. Es lo

único que conozco. Y

creo que Ramírez estaría decepcionado de mí si no continuara con mi labor.

De alguna forma, la conversación había acortado el viaje. Avery dio la última vuelta, siguiendo las indicaciones de Kellaway. Esa última vuelta las llevó a un bonito complejo de apartamentos a unos veinte minutos de la comisaría.

Kellaway se detuvo un momento antes de abrir la puerta. Miró a Avery pensativamente.

—Sabes... Yo sé que no es lo mismo, pero mis padres se divorciaron cuando yo tenía doce años. Luego mi padre murió en un accidente automovilístico cuando tenía quince años. Odiaba a mi madre. Si estoy siendo honesta, todavía no la he perdonado totalmente. Pero he tratado de acercarme a ella, sobre todo ahora que está enferma. He hablado con ella y ya no está tan cerrada. Así que... dale tiempo a tu hija. Ella entrará en razón —dijo Kellaway.

—Eso espero —dijo Avery.

Kellaway se bajó y cerró la puerta. Avery la observó marcharse, intentando distraerse para que la conversación inesperada no la llevara a un lugar de dolor.

Logró hacerlo, aunque no pudo sacarse a Rose de la mente.

Pensó en lo que Kellaway había dicho: —Dale tiempo. Ella entrará en razón.

Era un pensamiento agradable, algo que esperar. Pero Avery dudaba de que eso sucediera.

CAPÍTULO DIECISIETE

Avery pasó una parte de esa noche sentada frente a su portátil. Estaba tratando de buscar los tipos de sitios web desde los cuales alguien podría pedir una araña de tela de embudo. Encontró muchas páginas, algunas de las cuales parecían muy ilegales a pesar de sus fachadas profesionales. Luego comenzó a investigar un poco sobre Stefon Scott, no porque ella creía que era un sospechoso, sino porque las comunidades en línea de las que le había hablado le parecían interesantes.

Leyó algunos de sus mensajes en uno de los foros arácnidos luego de encontrar su información de usuario en un artículo que había sido vinculado a una biografía del sitio web del Museo de Ciencia de Boston, una biografía que estaba segura aún no había sido eliminada únicamente porque a nadie se le había ocurrido hacerlo. También descubrió en esos foros que la adquisición de arañas venenosas que no eran consideradas “locales” usualmente se consideraba ilegal e inmoral.

Miró los archivos de Lawnbrook y se le ocurrió algo extraño. La persona que había llevado esas arañas al apartamento de Lawnbrook no se había molestado en tratar de recogerlas después. Si a esa persona le apasionaban las arañas, parecía poco probable que simplemente dejaría las arañas allí. Además de eso, Stefon afirmó que Lawnbrook quería superar su miedo.

«Así que tal vez las arañas no son el foco central aquí —pensó—. Tal vez lo que hay que explorar en este caso es su miedo. Tal vez su miedo fue el móvil...»

Parecía poco sólido, pero sin duda valía la pena explorarlo.

Solo que era eso más difícil de explorar de lo que estaba dispuesta a admitir. A decir verdad, desde su conversación con Kellaway, la atención de Avery había estado casi totalmente centrada en Rose. Es por eso que le había costado mucho conectarse con lo había leído en los foros y en los archivos de Lawnbrook.

Miró su celular y vio que ya eran las 9:20. Estaba bastante segura de que Rose estaba trabajando, ganándose las propias impresionantes de las que se había jactado. Sin embargo, Avery trató de llamarla. El teléfono sonó una vez antes de ir directamente al buzón de voz. Avery pensó en enviarle un mensaje de texto,

pero al final decidió no hacerlo. Supuso que era decisión de Rose si quería reparar la relación o no. Ella es la que tendría que dar el siguiente paso.

Pero su vida personal nunca había sido muy diferente a su carrera; Avery no solía recurrir a la paciencia para resolver sus problemas. Ella sabía que Rose era una experta en la ley del hielo y le preocupaba cuánto tiempo podría aguantárselo.

—Mierda —dijo Avery en voz alta.

Deslizó su celular en la otra dirección y cerró su portátil. Su primer día de vuelta en el trabajo había sido agotador. No recordaba la última vez

que se había acostado antes de las once, pero estaba segura que sucedería esta noche. Por otra parte, no recordaba la última vez que había colocado su celular en su mesita de noche antes de acostarse, pero también sucedería hoy por primera vez en tres meses.

Ella estaba de vuelta en el trabajo... Y, aunque eso la presionaba un poco, también la ayudó a conciliar el sueño mejor que lo que había dormido desde la muerte de Ramírez. Ahora, en lugar de centrarse en lo que había hecho mal durante el caso que resultó en su muerte, podía centrarse en las cosas que podía hacer bien en su caso actual.

Había arañas trepando por sus brazos. Una de ellas había alcanzado su hombro y estaba moviéndose rápidamente a su cuello. Ella abrió la boca para gritar y otra araña, una del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, salió saltando de su lengua.

Esta última araña saliendo de su boca fue lo que le dio a entender al cerebro subconsciente de Avery que esto no era más que una pesadilla. Había arañas por todos lados: en el techo, debajo de la cama, en su cabello, debajo de su ropa.

Se sentó de golpe en la cama, dándose cuenta de que realmente no estaba en su cama, sino en una de esas mesas de autopsias de la morgue. Alfred Lawnbrook

yacía a su lado. Estaba muerto, pero su cabeza se movía de un lado a otro.

Cuando volvió a mirar en su dirección, sonrió. Un montón de pequeñas arañas salieron de entre sus dientes.

—¿Quién eres tú, Avery? —le preguntó Alfred, imitando la carta de Howard Randall.

El hombre abrió la boca y ella vio una enorme pata de araña saliendo poco a poco. Lawnbrook arqueó cuando la pata salió de su boca. Era enorme y peluda, fácilmente del tamaño de la pinza de una gran langosta. El cuerpo de la araña, junto con las otras patas, comenzó a verse en el fondo de su boca.

En ese momento, Avery se sentó rápidamente en la cama, esta vez en su verdadera cama. Ninguna mesa de autopsias, ningún cadáver sonriente a su lado.

Jadeó, sin saber que estaba rozándose los brazos y hombros para librarse de las arañas fantasma. Se levantó de la cama, sintiendo que se encontraban en sus cobijas. Recuperó el aliento y se dirigió al baño para tomar un poco de agua.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el sueño en sí no es lo que la había despertado, sino la vibración de su celular. Ella lo había colocado junto a su cama por si recibía una llamada nocturna, pero los hábitos de los últimos tres meses la habían llevado a ponerlo en silencio.

Corrió hacia su celular y lo cogió con manos temblorosas, todavía sintiendo que estaba cubiertas de arañas. Vio el nombre de Finley en la pantalla, así como también la hora en la esquina superior derecha: 3:07 de la mañana.

—Hola, Finley —dijo.

—Bienvenida de regreso —le dijo Finley—. ¿No extrañabas trasnochar?

—¿Qué pasa? —preguntó Avery.

—Encontramos un cuerpo —le respondió—. Estoy bastante seguro de que no está relacionado con Lawnbrook, pero es igual de espeluznante. ¿Quieres trabajar en él?

Lo pensó por solo un momento antes de responder: —¿Cuál es la dirección?

CAPÍTULO DIECIOCHO

Los reflectores que bordeaban la pequeña caleta a lo largo del borde occidental del estanque Jamaica parecían salidos de una película de ciencia ficción, como si fueran varios OVNIS que habían descendido al agua para dar inicio a una invasión. Había unas cuantas patrullas estacionadas a unos quince metros del agua y algunas personas dispersas por la escena.

Avery se estacionó detrás de una patrulla y encontró a Finley de inmediato.

Estaba parado cerca del agua, junto a un pequeño muelle que se extendía hacia el estanque por una distancia de unos seis metros. El

muelle se veía muy tambaleante, como si hubiera sido muy utilizado hace unos años y luego abandonado.

Finley y otros tres policías estaban apiñados alrededor de un cuerpo que había sido colocado sobre una lona plastificada. Era el cuerpo de una mujer de aproximadamente veinte años, demasiado cerca de la edad de Rose. Sus manos estaban atadas detrás de su espalda y había algo alrededor de su cuello, un trapo de algún tipo.

—¿Ya fue identificada? —preguntó Avery.

—Todavía no, pero sabremos su nombre pronto —dijo Finley—. Encontramos una tarjeta de débito en su bolsillo trasero. Estamos ubicando toda la información. En unos momentos tendremos todo.

Avery se arrodilló junto al cuerpo para verlo de cerca. Los reflectores ayudaban bastante, pero Finley la asistió apuntando el cuerpo con una linterna. Avery lo miró de arriba abajo, haciendo todo lo posible para sacar las imágenes de Rose de su mente.

La chica era muy bonita y seguramente no pesaba más de cincuenta kilos. Tenía cabello rubio que le llegaba un poco más allá de los hombros y sus ojos azules estaban muy abiertos, mirando el cielo nocturno. Ella estaba completamente vestida. Llevaba una blusa blanca manga larga y unos jeans ajustados. Sus manos habían sido atadas con destreza con cuerdas gruesas. El trapo alrededor de su cuello estaba atado con el mismo tipo de nudo, pero estaba holgado. No

había sido utilizado para estrangularla, pero igual se veía peligroso.

—Estoy bastante segura de que el trapo que tiene en el cuello fue utilizado como una venda —dijo Avery—. El asesino no quería que viera adónde iban.

—No hay hematomas visibles —dijo Finley—. Tampoco veo rasguños ni abrasiones. Ni veo señales de forcejeo, ni...

Otro policía se acercó rápidamente desde la dirección de las patrullas estacionadas y les dijo: —Logramos identificar a la víctima por su tarjeta de débito. Se llama Abby Costello. Veintidós años de edad, empleada de una empresa de contabilidad aquí en Boston.

—¿Encontraste su dirección? —preguntó Avery.

—Sí. Tres oficiales van en camino para allá en estos momentos —dijo el policía.

Finley miró a Avery de forma juguetona y sospechosa y le preguntó: — ¿Qué tienes en mente?

—Sus ojos —dijo Avery—. Están muy abiertos. Creo que estaba asustada cuando murió. Muy asustada...

—Bueno, sí. ¿Qué tiene eso de raro?

—Nada a primera vista. Pero si fue asesinada antes de ser lanzada al agua, no creo que tendría esta expresión horrorizada en su rostro. Además... No veo ningún indicio de juego sucio antes de que fuera tirada al agua.

—¿Así que crees que el asesino le vendó los ojos, la trajo a este muelle, le ató las manos a la espalda y la arrojó al agua?

—Sí. Creo que la causa de la muerte será ahogamiento. Su cuerpo no fue simplemente vertido en un intento de deshacerse de él.

—Bueno, la ambulancia viene en camino —dijo Finley—. El médico forense debería ser capaz de verificar esto con bastante rapidez.

Avery se levantó y salió al muelle. A primera vista, la muerte de Abby Costello no guardaba ninguna similitud con la de Alfred Lawnbrook. Sin embargo, el

concepto no la dejaba en paz. Tal vez todavía tenía arañas en su mente debido a su pesadilla discordante... Pero igual sentía que tenía que haber alguna conexión.

«O tal vez estás tratando de agrandar un caso ya bastante confuso — pensó—.

Tal vez quieres ese tipo de trofeo después de haber estado ausente estos tres meses.»

—¿Quién descubrió el cuerpo? —preguntó Avery.

—Un tipo que se encontraba paseando a su perro —dijo Finley—. O al menos eso fue lo que nos dijo. Cuando los primeros policías en llegar lo entrevistaron, notaron que su aliento le olía a marihuana. El tipo les dijo que había visto lo que parecía ser un montón de malas hierbas extrañas flotando por ahí, pero que se le hizo difícil saberlo con exactitud porque estaba muy oscuro. A medida que se acercó al muelle, vio que no eran malas hierbas, sino cabello rubio.

—¿Cuánto tiempo llevaba el cuerpo en el agua? —preguntó Avery.

—Cuarenta minutos. Apenas llevaba cinco o diez minutos fuera del agua cuando te llamé.

Avery le echó un vistazo a la escena. Sabía que había secciones del estanque Jamaica que atraían multitudes considerables, sobre todo los fines de semana.

Pero esta pequeña caleta quedaba cerca de un sendero feo, el tipo de lugar que los adolescentes frecuentaban para besuquearse o fumar marihuana. La posibilidad de encontrar un testigo de lo ocurrido era prácticamente nula.

—¿La tarjeta de débito era lo único que llevaba encima? —preguntó Avery.

—Sí —dijo Finley—. No cargaba ni dinero, ni un teléfono celular... y eso me pareció extraño. Una chica tan bonita en esta etapa de la vida... Supongo que se la pasaba pegada a su teléfono celular...

—El asesino probablemente se lo llevó —dijo Avery—. O eso, o está en el fondo del estanque.

Miró a Abby Costello otra vez, tratando de determinar cuánto tiempo había pasado en el agua. Su ropa estaba empapada y su pelo estaba enmarañado. Avery se puso en cuclillas junto al cuerpo de nuevo y vio que los dedos de Abby

estaban cubiertos de arrugas que a menudo provenían de sentarse en una tina durante demasiado tiempo, solo que los de Abby estaban muy arrugados. Las palmas de sus manos también estaban blancas.

—Yo estimaría que pasó al menos dos horas en el agua —dijo Avery—. Tal vez el médico forense pueda decirnos más. Dado ese lapso de tiempo, no creo que serviría de nada hacer un perímetro de la zona. Con suerte podremos obtener huellas dactilares de su cuerpo o de la venda.

En ese momento vio las luces de ambulancia en la distancia. Volvió a mirar hacia el agua, preguntándose qué secretos podrían estar escondidos en sus profundidades.

Dentro de quince minutos, los oficiales que habían sido enviados al apartamento de Abby llamaron. Le habían dado la noticia a su compañera de cuarto, otra mujer de unos veinte años. Estaba consternada por la noticia, y la única información que les ofreció fue que Abby había salido esa noche en una cita. No se sabía el nombre del tipo con el que había salido, ya que Abby tendía a ser muy reservada y privada respecto a su vida amorosa.

Cuando la policía registró la habitación de Abby, descubrieron una caja de un minorista en línea. La caja había sido abierta y adentro encontraron un nuevo teléfono inteligente. El teléfono había sido encendido, pero aún no había sido configurado ni programado. El recibo del paquete tenía fecha de hace dos días.

Llamaron al servicio de entrega y confirmaron que el celular había llegado ese mismo día, tal vez unas horas antes de que Abby Costello fuera arrojada al estanque Jamaica.

Esa información era la que Avery, Kellaway y Finley estaban discutiendo en una sala de conferencias de la A1 veinte minutos después de que el cuerpo de Abby fuera retirado de la escena. Eran las 4:30 de la mañana, el café estaba preparándose y el día de Avery apenas iba empezando.

—Eso más bien podría ayudarnos —dijo Avery, sirviéndose una taza de café.

—¿Que no tuviera un celular? —preguntó Finley—. ¿Por qué?

—Porque si tenía un nuevo celular, eso probablemente significa que el contrato de su otro celular se había vencido. Eso, o simplemente ya no le estaba funcionando bien. ¿Cuántas veces has tirado tu celular viejo a la basura luego de comprar otro?

—Nunca —dijo Kellaway—. Generalmente los guardo y los utilizo como reproductores de música.

—Y cuando Rose era más joven, guardaba mis celulares viejos para que ella jugara juegos en ellos. Pero si Abby Costello acababa de recibir un nuevo teléfono, el viejo probablemente esté en algún lugar y no en el fondo del estanque, como había temido.

—Sin embargo, los policías en su apartamento no encontraron el otro —indicó Finley.

—Entonces nos comunicaremos con su proveedor de telefonía celular —dijo Avery—. Si no pueden encontrarnos el celular físico en sí, es probable que tengan registros de llamadas telefónicas y mensajes de textos que podemos utilizar para encontrar al asesino.

—También recuerda esos cajeros ecológicos de ecoATM —dijo Kellaway—.

Son esos que parecen pequeñas papeleras de reciclaje. En ellos puedes deshacerte de tu viejo teléfono. Es una iniciativa de reciclaje.

—Buen punto —dijo Avery—. Tendremos que asignar todas estas tareas tan pronto como las tiendas de móviles locales abran.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —preguntó Finley.

—Haz lo que O'Malley y Connelly te asignen —dijo Avery con un poco de orgullo en su voz. La sonrisa que él le dio la conmovió—. Kellaway y yo hablaremos con su compañera de piso y con su familia. Y por favor pásame todas las llamadas del médico forense.

—¿No estás más preocupada por el caso de las arañas? —preguntó Finley.

—Sí —le respondió Avery—. Pero tengo una corazonada...

—¿Que están conectados? —preguntó Finley—. ¿Hablas en serio?

—Asumiré eso hasta que pueda demostrar lo contrario.

Finley se encogió de hombros y se puso de pie para servirse su propia taza de café. —Bueno, si quieres trabajar de más estos primeros días de vuelta, adelante.

Igual es genial tenerte de regreso.

Avery se quedó callada, principalmente porque no estaba segura de si estaba de regreso realmente o no. Se sentía de vuelta, pero podría ser por la emoción de todo lo que había sucedido. Aunque no sabía qué era exactamente la sensación que estaba sintiendo, la misma vibró por sus venas mientras ella y Kellaway salieron de la sala de conferencias al mundo exterior, donde tenían dos asesinatos que resolver.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Avery y Kellaway encontraron a la compañera de piso de Abby Costello sollozando cuando llegaron a su apartamento. Era una rubia pequeña,

apenas capaz de mantenerse sentada en el sofá cuando entraron. Su nombre era Amy Dupree e, incluso antes de que Avery tuvo la oportunidad de interrogarla, supuso bastantes cosas de las dos chicas simplemente observando el apartamento.

Las fotos de Abby y Amy en la sala de estar las mostraban risueñas delante de una cámara durante varias fiestas. Uno de los marcos llevaba las letras griegas que componían Sigma Sigma Sigma.

«Perteneían a la misma hermandad», pensó Avery. Eso al menos la ayudó a entender mejor por qué Amy se estaba tomando tan mal la noticia de la muerte de Abby.

Tal vez era debido a que tenían prácticamente la misma edad, pero Kellaway logró tomar la delantera y hacer que Amy se calmara lo suficiente como para responder algunas preguntas básicas. Amy igualmente sollozó y se sopló la nariz durante las preguntas, pero al menos ya era capaz de formar algunas frases coherentes.

—Le dijo a los policías que vinieron que Abby tuvo una cita esta noche —dijo Kellaway—. Pero que no sabía cómo se llamaba el tipo, ya que Abby mantenía su vida amorosa privada. ¿Eso es cierto?

—Sí. Ella siempre fue así. Abby no era de esas que le gustaban las relaciones,

¿entienden? Salía unas semanas con un chico, tal vez hasta unos meses, dependiendo del chico, y luego terminaba las cosas. Tuvo una sola relación seria en la universidad, pero acabó cuando él la engañó. Tuvo un susto de embarazo durante esa misma relación. Y desde entonces fue muy privada con los chicos con los que salía.

—¿No le dijo absolutamente nada de la cita de esta noche? —preguntó Avery.

—No. Nunca me dijo su nombre, ni cómo era... nada de eso. Solo que era lindo y un poco mayor.

—¿Sabe cuán mayor?

—Yo diría que no mayor de cuarenta años. Abby le gustaban los mayores, pero juró que nunca se involucraría con nadie mayor de cuarenta años.

—¿Tiene alguna idea de cuánto tiempo había estado saliendo con él?

—Tal vez dos o tres semanas. Quizá menos. De verdad no sé.

—¿Y sabe por qué compró un nuevo teléfono? —preguntó Avery.

—Sí, la pantalla del viejo tenía una fisura. Todavía funcionaba bien, pero eso le molestaba. Ella llamó a la empresa para que se lo cambiaran.

—¿Sabe lo que hizo con el viejo? —preguntó Avery.

—Ni idea.

Avery le volvió a echar otro vistazo a todas las fotos. Las dos chicas rubias sonrientes parecían salidas de un cuento de hadas.

—¿Y el estanque Jamaica? —preguntó Avery—. ¿Sabe si tenía algún lazo con la ubicación? ¿Alguna vez le habló de ese lugar?

—No —dijo Amy seriamente, casi a punto de romper a llorar otra vez—. Eso fue lo peor de haberme enterado de que había muerto... la forma en la que murió. Abby le tenía miedo al agua. Digo, ella se metía en piscinas siempre y cuando tuvieran partes menos profundas, pero las masas abiertas de agua la aterraban.

—¿Sabe el por qué? —preguntó Avery.

—Casi se ahogó de niña, creo que a los diez años. Su familia se fue de viaje a una casa en el lago en Virginia. Estaba tratando de aprender a esquiar en el agua y como que pasó algo con las cuerdas. Estuvo sumergida por un rato y el chaleco salvavidas que llevaba le quedaba demasiado flojo. Su cabeza quedó atrapada en el chaleco. Así que sí... no se acercaba al agua. Fuimos a la playa durante nuestro último año de universidad, junto con cinco amigos. Nunca se metió en el océano. Solo se quedó sentada en la orilla, lo más lejos que pudo sin ser grosera.

—Así que si su cita hubiera sugerido que fueran a dar un paseo bajo la luna alrededor del estanque Jamaica, ¿habría aceptado? —preguntó Kellaway.

—Lo dudo mucho —dijo Amy.

Avery consideró esto por un momento y luego se fue hacia la puerta.

—Amy, muchas gracias por su tiempo y ayuda. Por favor llámenos si se le ocurre cualquier otra cosa que pudiera ayudarnos con la investigación.

—¿No tiene a nadie que pueda venirse a quedar con usted durante unos días? —

preguntó Kellaway.

Amy asintió y dijo: —Viene mi hermano. Debería estar a punto de llegar en cualquier momento. Pero estoy bien... Estaré bien hasta que él llegue.

Avery no quería dejar a una mujer afligida sola, pero tenía otros lugares que visitar. Ella y Kellaway salieron por la puerta, cerrándola detrás de ellas.

Escucharon los sonidos amortiguados de Amy Dupree llorando cuando llegaron a las escaleras.

—El agua —dijo Kellaway mientras se metieron al auto—. Es como las arañas,

¿cierto?

—¿Hablas del miedo al agua? Sí... podría ser. Pero no podemos sacar conclusiones apresuradas. Hay mucha más información que no tenemos.

Fue una respuesta de mierda, solo algo para tranquilizar a Kellaway. Porque, para Avery, dos casos consecutivos en los que se habían utilizado los miedos de las víctimas para asesinarlas apuntaba evidentemente a las intenciones del asesino. Pero sabía que necesitaba más información antes de poder presentar su teoría en la A1.

Así que decidió concentrarse en eso cuando comenzó a conducir. No eran ni las seis de la mañana y ya se encontraba en camino a hablar con la segunda persona afligida del día.

La madre de Abby Costello vivía en Virginia, irónicamente en el pueblo lacustre donde Abby casi se había ahogado de niña. Su padre, sin embargo, vivía con su segunda esposa en South End en Boston. Para cuando Avery y Kellaway llegaron, Larry Costello ya había sido informado de la muerte de su hija por los mismos policías que habían visitado a Amy.

Larry Costello se quedó parado en su cocina mientras Avery y Kellaway hicieron todo lo posible para llevar a cabo un interrogatorio racional.

Larry estaba haciendo el luto a su manera: lavando los platos, fregando los mostradores, preparándose el desayuno. Lloró mientras hizo todas esas cosas, pero logró dar respuestas coherentes a casi todas sus preguntas.

—Odio decirlo, pero Amy tiene razón —dijo Larry—. Abby no me hablaba mucho sobre los chicos con los que salía. Sí me hablaba de eso en la escuela secundaria, pero más que todo debido a los bailes y toques de queda.

—¿Cree que habría compartido alguna información acerca de este hombre con su madre? —preguntó Avery.

—Lo dudo. Tenían una relación muy tensa. Hablaban por teléfono quizá una vez al mes y solo se veían durante las fiestas. Simplemente había un desagrado mutuo entre ellas. Dios mío... alguien tiene que decírselo. Tengo que llamarla,

¿cierto?

—Si desea, alguien de la policía puede hacerlo —dijo Avery.

—No, yo lo haré —dijo Larry—. Lo tomará mejor si yo se lo digo. ¿Cuándo puedo verla? Digo, su cuerpo...

Soltó un gemido ahogado ante la mención del cuerpo, pero se le pasó rápido y regresó a la tarea de romper unos huevos en un tazón. Su esposa asomó la cabeza desde su dormitorio cuando escuchó el sonido, vio que las cosas estaban bien, y luego volvió a meter la cabeza.

—No se lo está tomando bien —dijo Larry—. Ella and Abby estaban formando una amistad. Le tomó a Abby algún tiempo llegar a aceptarla, pero la relación finalmente estaba empezando a sentirse natural. En fin... ¿Puedo verla?

—Sí —dijo Avery—. Puede pasar después de la autopsia. Alguien se comunicará con usted.

—¿Hay algo más acerca de su hija que podría ayudarnos con el caso? —preguntó Kellaway.

—No. Quizá suene como el típico padre ingenuo, pero nunca me habló de ningún problema que tenía, y tampoco tenía un mal comportamiento. Sin embargo, concuerdo con lo que dijo Amy: Abby odiaba el agua. Le aterraban las masas abiertas de agua. No puedo creer

que haya tenido que vivir eso. ¿Supongo que Amy les contó sobre la vez que casi se ahogó?

—Sí —dijo Avery.

Su teléfono celular sonó en ese momento. Lo tomó en sus manos de inmediato, esperando que fuera el médico forense. Miró a Kellaway, como para decirle que el interrogatorio estaba en sus manos ahora.

—Lo siento, tengo que atender esta llamada —dijo Avery, retirándose a la sala de estar de Larry. Atendió la llamada y trató de hablar en voz baja.

—Habla la detective Black.

—Hola, detective Black, habla Cho Yin de la oficina del médico forense. Me dijeron que me comunicara directamente contigo respecto a los resultados de la autopsia de Abby Costello.

—Sí. ¿Qué descubriste?

—Ella definitivamente se ahogó. Los resultados preliminares no muestran señales de abuso o actividad sexual. Obviamente lo calificamos como asesinato, ya que sus manos estaban atadas a su espalda.

—Sí. Definitivamente no fue un suicidio. Creo que la venda para los ojos lo demuestra.

—Ah, hay algo más que creo te parecerá interesante —dijo Yin—. Si recuerdas, cuando tú y yo discutimos el caso Lawnbrook, señalé que sus niveles de cortisol habían estado muy elevados en el momento de su fallecimiento porque había estado aterrado.

—Sí, lo recuerdo.

—Encontré niveles similares de cortisol en la sangre de Abby Costello. No estaban tan elevados como los de Lawnbrook, pero sin duda estaba asustada.

—Por supuesto que lo estaba —dijo Avery—. El asesino le vendó los ojos y la arrastró por un muelle antes de arrojarla al agua.

Obviamente, ahora que sabía que Abby le había tenido miedo al agua, estaba buscando una conexión. Simplemente estaba hablando de los hechos con Yin con el fin de que una segunda persona confirmara su corazonada.

—Sí, pero sus niveles fueron más elevados que los niveles esperados que resultan en personas que han estado en situaciones donde fueron perseguidas. El miedo de Abby fue atípico, diferente al de otros casos de asesinato.

—¿Así que dirías que es seguro de que le tenía miedo al agua?

—Posiblemente —dijo Yin.

—Gracias por la llamada —dijo Avery—. Por favor llámame de inmediato si encuentras cualquier otra cosa fuera de lo común.

Con eso, se metió el celular en el bolsillo y regresó a la cocina. Kellaway seguía hablando con Larry, preguntándole sobre los novios universitarios que Abby pudo haber tenido. Larry le estaba diciendo que sí sabía de algunos, pero que ninguno de ellos fue serio. También que nunca los conoció y que ni siquiera se sabía sus nombres.

—Señor Costello, la llamada que atendí fue del médico forense. Creo que terminaron la autopsia preliminar. Ya puede ir a verla si desea.

Larry asintió, deteniéndose para agregar queso a los huevos que había echado en un sartén en la estufa. Luego hizo una pausa, todavía con queso rallado en su mano, y perdió los estribos. Su rostro se arrugó y cayó de rodillas al piso. Soltó otro gemido y esta vez su esposa salió corriendo para ver qué le pasaba. Había logrado mantener su distancia durante el interrogatorio, pero esto ya era demasiado.

Avery y Kellaway dieron un paso atrás para darles su privacidad. No quería irse

sin decir adiós formalmente, especialmente ahora que se encontraba tan destrozado. Así que se quedaron en la sala de estar mientras que el padre de Abby lloraba la pérdida de su hija.

Todo le llegó de golpe a Avery cuando se encontraba de pie escuchando el dolor de Larry Costello.

«Esta es la razón por la que hago esto —pensó—. Esta es la razón por la que siempre lo he hecho y esta es la razón por la que regresé. Para corregir las injusticias que causan este tipo de dolor. Para capturar a asesinos que acaban con otros seres humanos, arrebatando no solo las vidas de las víctimas, sino también las de sus seres queridos.»

Y con esto en mente, Avery supo que atraparía a este asesino. Sentía la certeza en sus huesos, como un fuego ardiendo en su interior.

CAPÍTULO VEINTE

Avery nunca había sido de las que esperan que otro encuentre respuestas, así que se dirigió de nuevo a la comisaría. Ya había formulado un plan de ataque en su mente, la mayor parte del cual requeriría un montón de investigación y trabajo duro. Supuso que podría ponerse a investigar mientras esperaba los resultados de la ciencia forense y el informe final del médico forense.

Como no tenía oficina propia, pidió prestado un portátil del departamento de relaciones públicas y se instaló en una de las salas de conferencias más pequeñas. Kellaway se unió a ella y, con café y donas dándoles energía, comenzaron a trabajar como una máquina bien engrasada. Avery descubrió que Kellaway seguía instrucciones bien y nunca discutía. Le alegraba ayudar de cualquier forma, incluso si se trataba de solicitar documentos básicos o hacer búsquedas simples en Google.

Lo primero que hicieron fue buscar a Alfred Lawnbrook y Abby Costello en las bases de datos. Aparte de dos multas por exceso velocidad que Alfred había recibido, no encontraron más nada. Luego, Kellaway llamó a Amy Dupree y le preguntó qué aficiones o intereses tenía Abby. Las únicas respuestas fueron cocinar y leer, y esas no les proporcionaron nada que valdría la pena investigar.

La investigación comenzó a producir resultados cuando Avery decidió llamar a Phyllis Lawnbrook. Ella atendió casi de inmediato, y aún sonaba exhausta.

Después de saludarla y disculparse por la molestia, Avery llegó a una pregunta que estaba empezando a sentir que era importante.

—Señora Lawnbrook, me pregunto si recuerda cómo comenzó el miedo de Alfred por las arañas. ¿Hubo algún incidente en su infancia que lo marcó de alguna forma?

—No recuerdo —dijo la mujer—. Creo que fue solo uno de esos temores naturales. Siempre supuse que lo heredó de su padre... A su padre le aterrorizaban las mantis religiosas. Hasta de adulto saltaba como un niño asustado si veía una.

—¿Recuerda la edad en la que Alfred comenzó a expresar su miedo por las

arañas? —preguntó Avery.

—No estoy segura. ¿Tal vez a los ocho años? Pudo haber sido a los diez, pero no estoy segura.

Avery le dio las gracias, finalizó la llamada y se quedó mirando su taza de café.

—¿Tienes una idea? —preguntó Kellaway.

—No una idea exactamente, más bien solo un pensamiento. Sabemos a ciencia cierta que Lawnbrook estaba trabajando en superar su miedo a las arañas. Y

tomó medidas extremas para lograrlo. Y también sabemos que, aunque a Abby Costello le aterrorizaban las masas abiertas de agua, al menos se metía en las partes menos profundas de las piscinas. No sé si eso constituye enfrentar un miedo o no. Pero, si estos casos están conectados, y realmente creo que lo están, me parece curioso por qué sus miedos los convirtieron en objetivos del asesino.

Albergaba la esperanza de que descubriría algo si me enteraba cómo se habían originado esos temores.

—Pero el miedo de Abby tuvo su origen en un accidente de esquí acuático.

¿Cómo podría alguien saber de eso?

—Es un buen punto. Igual me hace preguntarme si podría haber algo que los conectara. ¿Por qué el asesino los seleccionó a ellos?

—¿Así que crees que podría valer la pena averiguar si Alfred Lawnbrook y Abby Costello se conocían?

—Exactamente —dijo Avery, volviendo a sacar su celular.

Llamó primero a Larry Costello. Su esposa atendió, y afirmó que Larry había pasado casi toda la mañana llorando. Avery le preguntó si podría enviarles la foto de una persona para ver si Larry reconocía el rostro. Después de obtener el permiso de la esposa, Avery le envió la foto de Alfred Lawnbrook que había sido publicada en la mayoría de los periódicos.

—Aquí te va otra idea. Amy dijo que Abby nunca asentó cabeza, pero que salía con chicos bastante a menudo. Eso me hace pensar que salía a cenar bastante. Y

si los chicos la llevaban a comer bastante a menudo, tenía que haber tenido un lugar favorito, ¿cierto?

—Cierto —dijo Avery, impresionada con lo lógica que era la idea—. Así que, si podemos encontrar un lugar que frecuentaba, tal vez alguien pudo haberla visto allí anoche, junto con su cita.

—Me pondré a trabajar en eso —dijo Kellaway, volviendo a buscar el número de Amy Dupree.

Avery escuchó el final de la conversación de Kellaway, conteniéndose para no interrumpirla. Era agradable ver trabajar a Kellaway; tenía una manera de comunicarse con las personas que no las hacía sentirse presionadas o incómodas.

Mientras escuchaba la conversación, ella recibió un mensaje texto en su teléfono de Larry Costello (o de su esposa). Leía: No conozco a este tipo. ¿Debería conocerlo?

Avery respondió con un no, dándoles las gracias de nuevo por su ayuda.

Menos de un minuto después, Kellaway finalizó su llamada. Avery supo por la mirada en su rostro que Kellaway estaba emocionándose. La emoción de la caza se veía igual en cualquier rostro, sin importar si era el de un novato o el de un profesional experimentado.

—El Grill Mudslide —dijo Kellaway—. Según Amy, fue uno de los lugares que ellas frecuentaban en la universidad, y seguía siendo uno de los lugares favoritos de Abby. Incluso lo utilizaba para ver si valía la pena salir con un chico o no, si al chico le gustaba la comida o no. Y escucha esto... Amy está bastante segura de que Abby le había pedido a su cita que la llevara a ese restaurante anoche.

Sin decir nada más, ambas se levantaron de la mesa de la sala de conferencias.

Mientras corrieron por el pasillo y hasta el estacionamiento, Avery se sintió un poco avergonzada por haber considerado la idea de cazar ciervos como sustituta a la adrenalina que le corría por las venas en estos momentos.

Apenas eran las diez de la mañana cuando llegaron al estacionamiento vacío de

El Grill Mudslide. El horario de atención pegado en la puerta decía 10:30 -

Medianoche. Avery tocó la puerta, atrayendo la atención de la anfitriona, quien estaba ayudando a arreglar todo antes de abrir. La anfitriona puso los ojos en blanco y señaló un reloj inexistente en su muñeca. Avery volvió a tocar el cristal, esta vez mostrando su placa.

La anfitriona abrió la puerta rápidamente y le dijo: —Lo siento. No sabía que era policía. Mucha gente rara siempre quiere entrar temprano a tomarse unos tragos mañaneros... Es un poco triste.

—No se preocupe —dijo Avery—. ¿Cuántas personas están aquí con usted ahora mismo?

—Solo tres. Dos meseras del primer turno y mi gerente.

—¿Podría irlos a buscar y encontrarnos en el bar? Tengo unas preguntas que hacerles sobre una mujer que creemos pudo haber venido anoche.

—Claro —dijo la anfitriona. Se fue a la parte trasera del restaurante rápidamente, contenta de estar en el centro de lo que podría ser un chisme jugoso.

Avery y Kellaway se fueron al bar, el cual acababa de ser limpiado. Sin embargo, aún olía a cerveza derramada y colonia. Un letrero sobre la barra se jactaba de que el lugar servía los mejores cócteles Mudslide del país. Al parecer el restaurante había obtenido su nombre de esos cócteles.

La anfitriona y los otros tres empleados llegaron juntos. Avery supo quién era el gerente de inmediato: el treintañero tenso al frente del grupo. Había preocupación y pánico en su rostro mientras que las expresiones de los demás, dos mujeres veinteañeras y un hombre que parecía recién salido de la escuela secundaria, mostraban emoción y curiosidad.

—¿Usted es el gerente? —le preguntó Avery al treintañero al frente del grupo.

La etiqueta en su camisa decía DAN.

—Sí. ¿De qué trata todo esto?

Avery le mostró su placa y luego sacó su celular.

—Estamos tratando de determinar si una mujer estuvo aquí anoche. Su nombre es Abby Costello y tenemos una pista bastante sólida que nos hace creerlo.

¿Alguno de ustedes estuvo aquí anoche después de las seis de la tarde?

La anfitriona y el joven levantaron la mano.

—Estuve aquí hasta el cierre —dijo la anfitriona. Avery vio que su credencial decía BRITTANY.

—Yo salí a las diez —dijo el joven cuya credencial decía DEMARIUS.

Avery buscó en su celular una foto de Abby que había encontrado en Facebook.

La foto había sido subida hace solo tres días, así que era bastante reciente.

—Sé que ven a bastantes personas aquí todos los días —dijo Avery—. Pero les agradecería mucho si intentaran recordar a esta mujer.

—Eso es fácil —dijo Brittany—. Yo la vi. Fue muy agradable, muy habladora.

—¿Y estaba en una cita? ¿Estaba con un hombre?

—Creo que sí —dijo Brittany—. Les serví la comida en la barra. El tipo era un poco despistado. Estuvo sentado junto a ella, pero no todo el rato.

—¿Y sabe a qué hora esto pudo haber sido? —preguntó Kellaway.

—Bueno, los recuerdo muy bien porque vinieron muy temprano, antes de que se llenara el restaurante por la hora de la cena y por las personas que vienen a tomarse unos tragos. Supongo que estuvieron aquí como a las cinco y media aproximadamente.

Avery luego miró a Dan, el gerente, y le dijo: —Si le doy un número de tarjeta de débito, ¿puede buscarlo en las transacciones de esa tarde para averiguar cuándo fue utilizada?

—Sí, claro.

—Kellaway, ¿puedes buscar el número de tarjeta en los archivos y dárselo?

Kellaway asintió de inmediato, buscando en su celular como una experta. Ella y

Dan se dirigieron a la caja registradora detrás de la barra.

—Brittany, esto es muy importante... ¿Cree que podría identificar al hombre con el que estuvo? ¿Puede describirlo?

—Era alto. Medía como un metro ochenta, tal vez un poco más. Cabello oscuro, de buen aspecto. Era muy intenso en la forma en la que hablaba con las personas. Me coqueteó un poco cuando le serví la comida, pero no de una forma asquerosa.

—¿Y cómo cree que estaba la mujer? ¿De buen humor? ¿O como si algo le molestaba?

—Se vio tensa al principio, cuando el tipo estuvo con ella. La pillé poniendo los ojos en blanco, como si estuviera deseando que desapareciera.

—Dijo ‘cuando el tipo estuvo con ella’. ¿No estuvo aquí con ella todo ese tiempo?

—No. No vi lo que pasó, pero el chico se fue después de un rato. Cuando se fue, vi a la mujer mirando a su alrededor con nerviosismo. Estoy bastante segura de que le preguntó a la mujer a su lado si podía usar su teléfono. Lo recuerdo porque me pareció raro que no tuviera celular. Todo el mundo tiene uno...

—¿Alguien más vino a reunirse con ella después de que su cita se fue?

—No sé, no vi. Lo siento... Allí empezaron a llegar más clientes. Apenas recuerdo cuando pagó. Sentí un poco de lástima por ella. Me dio la impresión de que su cita la dejó botada.

—¿Sabe cuánto tiempo pasó aquí después de que su cita se fue?

—Ni idea. Tal vez media hora.

Desde detrás de la barra, Kellaway habló: —Lo encontramos. Abby Costello pagó a las seis y treinta y dos de la tarde. Dos bebidas, un chupito y una hamburguesa.

Avery pensó en la hora y luego agregó: —Brittany, ¿vio a Abby y a este hombre discutir en la barra?

—No. Pero repito que era evidente que estaba molesta por algo.

Avery asintió con la cabeza, juntando el rompecabezas de lo ocurrido.

«Así que tal vez discutieron y el chico se fue... pero la secuestró después. O, si a Abby no le gustaban las relaciones serias como Amy había afirmado, tal vez se encontró con alguien después de que el chico se fue. Tal vez su cita de anoche no es el asesino. Pero ¿y si lo es? Debemos al menos verificarlo», pensó.

Ella abrió la boca para empezar a preguntar acerca de la cita que había dejado a Abby botada, pero su teléfono celular sonó antes de que tuviera la oportunidad.

Estuvo a punto de ignorarlo, pero luego pensó que podría ser la médico forense con otro hallazgo interesante.

Cuando vio que el número era desconocido, casi lo ignoró. Pero en ese momento sus instintos tomaron las riendas. Eso lo había experimentado tal vez tres veces en su carrera, la necesidad de actuar de una forma u otra basándose solo en sus instintos. Era casi sobrenatural la forma en que la inundaban. Sabía que tenía que contestar.

Así que lo hizo.

—Un momento —les dijo a los empleados reunidos de El Mudslide Grill, dándoles la espalda y atendiendo la llamada—. Avery Black.

—Sra. Black... Habla Janell Mitchell de los Servicios de Rescate y Emergencia de Boston. Acabo de recibir una llamada de uno de nuestros conductores de ambulancias y me indicó que están en camino al hospital con su hija.

Avery sintió que el mundo se congeló a su alrededor. Su mente pareció negarse a aceptar las palabras que acababa de escuchar. —Disculpe —dijo ella—. ¿Dijo con mi hija?

—Sí, señora. Rose Black. Debería estar llegando a la sala de emergencias dentro de cinco a siete minutos.

—No entiendo... ¿Qué demonios pasó?

—No tenemos todos los detalles, señora. Pero el conductor y el médico que la atendió parecieron creer que fue un intento de suicidio.

—¿Un... qué?

La mujer respondió, repitiendo intento de suicidio, pero Avery apenas la oyó. Ya estaba corriendo a las puertas de El Mudslide Grill. Cuando gritó por encima del hombro para que Kellaway supiera lo que estaba pasando, apenas estaba consciente. Se sentía como si estuviera flotando, viendo como todo se desarrollaba desde un lugar embrujado en un mundo paralelo.

Cuando sacó el auto del estacionamiento, vio a Kellaway en la puerta. Ya había empezado a llorar y, en un lugar muy oscuro dentro de su corazón, se preguntó cómo se suicidaría ella si perdía a su hija.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Avery se sintió como si estuviera borracha cuando estacionó su auto en la sala de emergencias. Sus piernas estaban tambaleantes y tenía el estómago revuelto, como si fuera a vomitar en cualquier momento. Corrió a la sala de espera de la emergencia, tan rápido que casi chocó con la ventana de cristal que separaba el escritorio de la recepcionista de la sala de espera. Obtuvo la información de Rose y, después de mostrarle su placa a una de las mujeres detrás del cristal, fue acompañada por la sala de emergencias.

Cuando la mujer la detuvo antes de llegar a las salas de examen, Avery casi explotó.

—No —espetó Avery—. No... Necesito verla. ¡Y necesito hacerlo ahora mismo!

—Señora, entiendo su angustia, pero, aunque tiene esa placa, hay ciertas reglas que no podemos romper. Ya llamé a un médico para que venga a hablar con usted. No puedo hacer más en estos momentos.

—Bueno, ¡eso no es suficiente!

La mujer asintió y le dijo: —Lo sé. No lo es. Pero... esas son las reglas. Es policía, así que obviamente entiende la necesidad de tener reglas.

Había empleado una táctica básica, pero funcionó. También ayudó el hecho que, mientras estaba parada en la intersección de cuatro pasillos con la mujer, vio a un médico acercándose a toda prisa desde la izquierda. La mujer que la había acompañado vio venir al médico, lo

llamó con la mano y se fue, probablemente feliz de haberse librado de la detective mandona y alarmada.

—¿Es usted la Sra. Black? —preguntó el médico.

—Sí. ¿Cómo está Rose?

El médico suspiró y la miró a los ojos.

«Dios mío —pensó Avery—. Está muerta. Es demasiado tarde. La perdí...»

—Es demasiado pronto para saberlo —dijo el médico—. Sin embargo, si tuviera que apostar, y nunca lo haría, por cierto, creo que ella va a estar bien.

—¿Y fue un intento de suicidio? —preguntó Avery, aún incapaz de creerlo—.

¿Están seguros de eso?

—Sí. Y una vez que tengamos los resultados de las pruebas, estoy bastante seguro de que lo confirmaremos. Ella tuvo una sobredosis de OxyContin. No sabemos cuántas pastillas se tomó, pero se encontró el frasco junto a su cama.

Por su condición, supongo que se tomó al menos siete pastillas. Se las tragó todas con media cerveza. El 911 recibió la llamada hace una hora. De la mismísima Rose. Ella sabía lo que había hecho y al parecer se había arrepentido, había cambiado de parecer. Es el hecho de que estaba lo suficientemente coherente como para hacer la llamada lo que me hace creer que es bastante probable que se recupere. Sin embargo, le tengo que decir que estaba inconsciente cuando los médicos llegaron a la escena. Sigue inconsciente, pero estamos haciendo todo lo posible para que se despierte.

—¿Puedo verla?

—Dentro de poco. Solo lleva unos cinco minutos en la habitación. Permítanos terminar de acomodarla y...

—Usted no entiende —dijo Avery, sintiendo que sus rodillas podían ceder en cualquier momento—. Esto es mi culpa. Ella hizo esto por mi culpa... Porque...

Comenzó a sollozar. El médico dio un paso adelante y le puso una mano en el hombro.

—La podrá ver dentro de unos minutos. Tiene mi palabra.

Avery asintió y dio dos pasos hacia la izquierda. Allí se apoyó contra la pared y se deslizó hacia el suelo. Luego dobló las piernas, acercó sus rodillas a su cabeza y lloró lo más silenciosamente que pudo.

El médico cumplió su palabra. Se le permitió a Avery entrar en la habitación siete minutos después. Otro de esos sollozos se le vino a la garganta a lo que pasó por el umbral. Rose yacía inmóvil en la cama, conectada a un tubo de respiración. El médico le había advertido antes de entrar que estaba inconsciente y que probablemente permanecería así durante al menos uno o dos días.

Todavía había dos enfermeras en la habitación. Una de ellas la miró con compasión, mientras que la otra estaba revisando los signos vitales de Rose en un monitor junto a su cama.

Avery se acercó a la cama de Rose y tomó su mano. La apretó un poco y se dejó caer en una silla. Ni siquiera se había dado cuenta de que las enfermeras se habían ido, ya que había comenzado a llorar histéricamente. Por un momento, sintió que el espacio y el tiempo la habían enviado de vuelta a la cama de Ramírez, al momento en el que había recobrado el conocimiento y cuando creyeron que regresaría a casa dentro de poco. Obviamente así no fue como sucedieron las cosas. Ramírez había sido asesinado en su cama de hospital cuando ella había estado en otro lugar tratando de atrapar a un asesino.

Por supuesto, la mano que ahora tenía en la suya no era la de Ramírez. Aun así, la implicación era la misma. Rose se había hecho esto a sí misma por algo, probablemente por razones estrechamente relacionadas a su madre. La única esperanza en todo esto era que, según el médico, Rose había cambiado de parecer en el último momento y había pedido ayuda. Así que tal vez no todo estaba perdido. Si Rose podía cambiar de parecer en un momento tan oscuro, tal vez eso significaba que también había esperanza para su relación.

«Y si dejas de preocuparte por cómo puedes beneficiarte de esto y más bien te preocupas por su recuperación, perra egoísta», se dijo a sí misma.

Porque, al fin y al cabo, esto era su culpa. Estaba segura de que un terapeuta o buen amigo le diría lo contrario, alegando que su relación tensa solo era una pequeña parte de los problemas de Rose. Pero Avery aún recordaba su breve visita al apartamento de Rose, cuando le había pedido a gritos que se fuera.

No... Esto era cien por ciento su culpa y solo tendría que aprender a vivir con eso. Tal vez había sido un error volver al trabajo tan pronto, o simplemente haberlo hecho en absoluto. Había vuelto a poner a Rose de segunda... y mira lo que había pasado.

—No supe qué más hacer... —dijo Avery—. Rose, lo siento. No sabía adónde ir o qué hacer y sin Ramírez... Trabajar pareció mi única opción.

No sabía si Rose podía oírlo o no, pero haberlo admitido todo en voz alta fue liberador. Y también provocó otro mar de lágrimas. Avery se quedó allí junto a la cama de Rose, la mano inerte de su hija firmemente en la suya.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Janice Saunders tenía migraña, y el dolor estaba apretando su cabeza como un pitón. Primero sintió el dolor detrás de su ojo derecho, como de costumbre. Pero ese dolor se estaba extendiendo a la parte trasera de su cabeza, y luego alrededor de la base de su cráneo. Ya había tenido suficientes migrañas como para saber qué esperar y le alegraba que ya había salido del trabajo. Sintió los primeros dolores reales de la migraña cuando estaba subiendo los escalones de su porche, y sus pensamientos se volvieron al ibuprofeno en su botiquín y al aceite esencial de menta en su mesita de noche.

Los dolores de cabeza se debían a su trabajo. Como si el estrés de elaborar propuestas estúpidas de gobierno no fuera suficiente, mirar una pantalla de computadora durante ocho a diez horas seguidas también afectaba. Los dolores de cabeza eran tan terribles que Janice a veces no podía ni ver televisión a lo que llegaba a casa del trabajo. Ya estaba atrasada en la serie *This Is Us* y ni siquiera había podido comenzar la segunda temporada de *Stranger Things*.

Ya habría renunciado a su trabajo si no fuera tan bien pagado. Con su próximo cheque de pago en mente, Janice abrió la puerta principal. Se preguntó si hoy sería el día en el que el lugar ya no se sentiría demasiado grande. Su esposo se había ido hace un poco más de un año y el lugar todavía se sentía demasiado grande para ella, como si ya no fuera suyo. Algunas noches, sentía como si la casa estuviera tratando de tragársela viva y...

Mientras cerró la puerta detrás de ella, Janice se dio cuenta de lo desordenada que estaba su sala de estar. No tuvo sentido al principio, pero luego una sensación de terror absoluto se apoderó de cada nervio y fibra de su cuerpo.

Un montón de payasos la estaban mirando. Muñecos, animales de peluche, figuras de cartón que habían sido pegadas a las paredes. Todos le sonrieron, sus sonrisas pintadas como heridas sangrientas. Miró de una pared a otra, como un ciervo atrapado en las luces. Su mente estaba tan ralentizada que ni siquiera se había hecho la pregunta obvia de dónde diablos habían salido. En ese momento, solo sintió terror.

Había por lo menos treinta payasos mirándola. Habían sido colocados en su sofá,

en el bar que separaba la sala de estar de la cocina, en el piso de la sala. Algunos eran payasos antiguos con sonrisas alegres. Otros eran más amenazadores, como el It (Eso) de Stephen King.

Sintió un grito en su garganta. Esperaba que, cuando lo soltara, sus rodillas se descongelan para así poder salir corriendo de allí. Sin embargo, con el grito, llegó la lógica.

«Alguien colocó estos payasos aquí —pensó—. Alguien se metió en tu casa y los puso aquí. Y sabe sobre lo tuyo con los payasos... Esta es una broma cruel, una broma muy cruel, y la persona que se metió en tu casa todavía podría estar aquí y...»

En ese momento, una figura se levantó detrás de la barra desde el lado de la cocina. Había estado escondida allí todo este tiempo. Era la figura de un hombre, vestido con una sudadera con capucha negra y pantalones de chándal. No vio su cara porque estaba cubierta con una máscara de payaso. La piel de la máscara era gris y la sonrisa siniestra se extendía de un lado a otro, increíblemente ancha.

El hombre detrás de la máscara soltó una risita. Y luego sacó el cuchillo.

Todavía riéndose como un maniático, el payaso saltó por encima de la barra, el cuchillo levantado en el aire. Vio mechones de cabello colorido moviéndose. A lo que vio esto, Janice se orinó.

Tal vez fue el goteo caliente por sus piernas lo que finalmente la descongeló.

Con el corazón latiendo como un animal enjaulado en su pecho, Janice se volvió y corrió hacia la puerta. Su mano estaba a meros centímetros

de la perilla cuando el hombre la apuñaló justo debajo de su hombro derecho.

El dolor fue agudo e intenso, sobre todo cuando la hoja chocó contra el hueso de su hombro. Ella gritó, en parte por el dolor y en parte por el terror que sentía.

Sintió al hombre sacar el cuchillo para volver a apuñalarla en otro lugar unos segundos después. Y la siguió apuñalando una y otra vez.

Sus piernas cedieron bajo su peso y cayó al suelo con fuerza. El payaso se montó encima de ella y la puso de espalda. A lo que se sentó sobre ella a horcajadas, su primer temor fue que sería violada, pero esa resultó ser una preocupación pasajera. En un charco de su propia orina y sangre, se dio cuenta de que el payaso tenía otras cosas en mente.

El payaso se rio de nuevo, su cara grande demasiado cerca de la suya mientras su pequeño ejército de muñecos observaban desde detrás de él. Levantó el cuchillo y la apuñaló otra vez. Contó cuatro puñaladas cuando comenzó a ver todo negro.

El último pensamiento en la mente de Janice fue si se había mantenido viva el tiempo suficiente para sentir su corazón dejar de latir.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Avery sabía que el tiempo hospitalario era intangible y que parecía fluir de forma distinta cuando te encontrabas junto a la cama de un ser querido. Pero no solo el tiempo se sentía extraño, sino también su cuerpo. Sabía que debía dormir, pero no estaba cansada. Sabía que debía comer, pero no tenía hambre.

Miró su teléfono celular. Seis llamadas perdidas, tres mensajes de textos. Todos de Kellaway, O'Malley y Connelly. No se molestó en revisarlos. Estaba más interesada en la hora. No le sorprendió descubrir que era la una de la mañana.

Rose seguía igual. Todavía estaba inconsciente, todavía dependía del tubo de respiración. Sin embargo, su médico le dijo que sus signos vitales eran fuertes y que ahora estaba seguro de que estaría fuera de peligro más pronto que tarde.

Mientras miraba a Rose, Avery pensó en la conversación que había tenido con el médico durante sus últimas rondas del día.

Le había traído a Avery un sándwich de la cafetería que apenas había mordisqueado y luego se había sentado en una silla en la esquina de la habitación.

—Seré sincero con usted, y espero que entienda mi crudeza. Usted es detective, así que supongo que enfrenta duras realidades.

—Sí.

—Bueno, basándome en lo que sé de este tipo de situaciones, creo que esto fue un grito de ayuda. Incluso si ella no lo supiera... Creo que eso es lo que fue. Si realmente hubiera querido hacerse daño, se habría tomado más pastillas. Los técnicos de emergencias médicas que la atendieron informaron que todavía quedaban una docena de pastillas en el frasco. Y tampoco habría pedido ayuda.

Solo le digo esto para hacerle saber que quizá necesite que la ayude a enfrentar sus problemas cuando todo regrese a la normalidad, o lo más cerca a la normalidad que se puede llegar después de algo así.

Avery pensó: «Rose no querrá que la ayude en nada.» Pero se quedó callada. En vez, simplemente asintió y consideró las recomendaciones del médico.

Eso había sido hace aproximadamente siete horas. Y, aunque seguía pensando en lo que le había dicho, suponía que no había mucha esperanza para ella y Rose.

Avery nunca había sido muy cercana a su madre. Después de cumplir veintiuno, simplemente se distanciaron. Tal vez ese era el futuro que tendría con Rose. Tal vez solo tenía que aceptarlo.

Para mantener su mente ocupada y alejada de los horrores de su futuro personal, leyó los mensajes de texto y los correos electrónicos que había recibido. Todos los mensajes preguntaban si podían ayudarla de alguna forma. Kellaway también le dijo que estaría orando por ella y Rose, y que le enviara un mensaje de texto si necesitaba a alguien con quien desahogarse.

No fue mucho, pero ver tanto apoyo de personas que, por lo general, eran constantes en su vida, así como también de una nueva compañera, le hizo pensar que tal vez su mundo no había sido aniquilado cuando Ramírez murió. ¿Por qué había sentido tal necesidad de hacer borrón y cuenta nueva y volver a empezar desde el principio? ¿Por qué se había escondido?

«Porque quisiste escapar —se dijo a sí misma—. Solo estabas pensando en ti. El padre de Rose muere y tú te mudas lejos. ¿Qué mierda es esa?».

El último pensamiento de Avery antes de finalmente quedarse dormida en la silla incómoda fue que a lo mejor lo había tenido al revés todo este tiempo. Había asumido que Rose necesitaría mucha ayuda para superar la muerte de su padre y el trauma del caso que le había arrebatado la vida. Cuando, en realidad, estaba empezando a darse cuenta de que ella podría ser la que más necesitaba ayuda.

La vibración de su celular la despertó a las 7:10 de la mañana. El cuello le dolía por haberse quedado dormida en la silla y tenía un sabor desagradable en la boca por no haber tenido la oportunidad de lavarse los dientes. El número en la pantalla de su celular era uno que reconocía, pero que aún no había guardado.

Era Kellaway.

Ella contestó, sintiéndose conmovida por todo lo que Kellaway le había ofrecido

en su mensaje de texto. Rechazarla o ignorarla no tendría ningún sentido. No resolvería nada y solo la haría parecer inaccesible.

—Hola, Kellaway —dijo Avery.

—Hola —dijo Kellaway—. ¿Cómo sigue?

—Todavía está inconsciente, pero los médicos creen que se recuperará.

—Creo que deberías saber que O'Malley y Finley están muy preocupados por ti.

Obtuvieron los informes de los técnicos de emergencias médicas. Así que saben lo que pasó. Yo también lo sé, pero nadie más lo sabe. Estuvimos husmeando y me disculpo por eso.

—No te preocupes. Mira... ¿No te molesta seguir trabajando en el caso mientras estoy aquí?

—No hay problema. Me voy a reunir con Connelly para hablar de eso más tarde.

Pero espero que regreses pronto.

—Eso veremos —dijo Avery.

—En fin, supuse que querrías saber las novedades. Logramos encontrar el viejo teléfono celular de Abby Costello en un ecoATM a unas pocas cuadras de su apartamento. Estaba en peor estado que solo la pantalla rota. Los de informática dicen que le había borrado todo. Pueden ubicar los registros de llamadas, pero puede que tome tiempo.

—Así que tal vez nunca tuvo la oportunidad de programar el nuevo antes de su cita —dijo Avery cuidadosamente.

—Es probable. Además, el primer chico con el que se encontró en el restaurante tiene una coartada. Era su primera cita con ella. La conoció en Tinder.

Empezaron a discutir cuando ella le dijo sin rodeos que no era su tipo y que no tenía ninguna intención de volver a verlo después de tomarse unas copas, así que él se fue a ver una película con un amigo. Me mostró el talón y los mensajes de texto que había intercambiado con su amigo. Así que no es sospechoso.

—Buen trabajo.

Kellaway se detuvo por un momento, como si quisiera decir algo más, y dijo: —

Lláname si necesitas algo, por favor.

—Lo haré. Gracias.

Finalizaron la llamada y Avery no pudo evitar odiarse por desear poder estar allí con Kellaway, participando en la caza. Pero miró a Rose, en cama con el tubo de respiración todavía conectado, y supo que tenía que trabajar en sus prioridades si quería poner su vida en orden.

Un poco menos de dos horas más tarde, Rose abrió los ojos. Jadeó bastante, ya que no estaba familiarizada con el tubo de respiración y estaba alarmada de verse en una habitación extraña. Con la ayuda de

dos enfermeras y su médico, dentro de poco se encontraba descansando.

Mientras que una enfermera hablaba con ella y verificaba sus signos vitales, Avery y el médico se quedaron parados junto a la puerta. Estaba matando a Avery no estar ahí con su hija, pero hizo lo posible por conservar la paciencia y la calma.

—Está respondiendo magníficamente a todos los estímulos —dijo el médico—.

Estará atontada por bastante tiempo y, aunque es probable que esté muy hambrienta, tendremos que darle de comer lentamente. Queremos que pase la noche aquí, pero no veo ninguna razón para preocuparse. Como le dije...

Simplemente esté ahí para ella durante los próximos días cuando comience a explorar las razones detrás de lo que hizo. Podría recomendarle un psiquiatra si usted cree que podría ser de ayuda.

Avery le dio las gracias y vio mientras se fue caminando por el pasillo. Se volvió de nuevo hacia la sala, mirando dentro. La enfermera le hizo un gesto para que pasara y, cuando se encontraron, Avery en camino a la habitación y la enfermera en camino para salir de ella, la enfermera le dio una pequeña sonrisa optimista.

—Hola, cariño —dijo Avery.

—Hola, mamá...

Y eso fue lo único de dijo antes de que su labio inferior comenzara a temblar y rompiera a llorar. Eran sollozos profundos que parecían venir del corazón. Rose extendió sus brazos hacia Avery, y ella se fue al lado de Rose y la tomó en sus brazos cuidadosamente.

—Está bien, cariño —dijo Avery—. No te preocupes. Lo siento mucho. Debí haber estado allí para ti. Debiste haber sabido que estaría allí sin importar lo que pasara y...

—No —dijo Rose—. Lo siento mucho. Esto es mi culpa, mamá. Fui estúpida y egoísta y tenía tantas ganas de odiarte. Necesitaba echarte la culpa por lo que pasó y...

Sus palabras se perdieron en sus lágrimas, convirtiéndose en nada más que sonidos arrastrados. Avery comenzó a llorar y, durante gran parte

de diez minutos, así fue el reencuentro: dos mujeres que sentían mucho dolor y que estaban buscando una nueva forma de seguir adelante con sus vidas finalmente descubriendo que la respuesta había estado en sus narices todo este tiempo.

Las enfermeras entraban y salían de la habitación como abejas volando alrededor de una colmena. De lo que compartieron con Avery, el panorama era favorable.

Su comportamiento alegre había contagiado a Rose; una hora después de su sesión de llanto, Rose parecía estar más tranquila. Les sonreía amablemente a las enfermeras y era capaz de mirar a su madre a los ojos sin romper a llorar.

Poco antes del mediodía, Avery se sentó en el borde de la cama y tomó la mano de Rose. Había decidido hacer esto de la forma más directa y honesta posible.

—El médico dice que esto fue un grito de ayuda —le dijo Avery—. ¿Qué te parece eso?

—Espero que no. Yo... No sé. Había pensado en el suicidio un par de veces

desde que murió papá. Pero siempre fue una fantasía escapista. Dios... tú me conoces, mamá. El suicidio es tan estúpido. Pobre niña, no pudo manejar el estrés. Y para empeorar las cosas, elegí pastillas. Patético. Podría haber elegido algo más rudo, ¿entiendes? Hojas de afeitar en la bañera, un tiro en la boca...

—Basta —dijo Avery, las imágenes de lo dicho inundando su mente.

—Lo siento. Pero entiendes a lo que me refiero. Mamá. Dios mío, lo siento mucho. No sé en qué estaba pensando.

—Yo sí creo saber —dijo Avery—. Pensabas que tu padre había muerto porque un asesino que tu madre estaba persiguiendo lo alcanzó. Pensabas que tu madre siempre elige la carrera que, en consecuencia, mató a tu padre, antes que a ti. Y

lo peor de todo es que no estás equivocada.

—No, no es eso. No realmente. Ha habido días durante los últimos meses en los que te extrañado tanto como extraño a papá. Y es más difícil porque tú todavía estás aquí, ¿entiendes? Es que... no sé qué es mamá. Ojalá lo supiera...

El teléfono de Avery comenzó a vibrar. Lo había puesto en silencio la noche anterior. Estaba vibrando bastante, indicando que le estaba entrando una llamada. Avery lo ignoró por completo, y Rose se quedó mirando la silla.

—Está bien, mamá. Sé que no me crees, pero me encanta el hecho de que estés tan comprometida con tu trabajo. Es importante. Lo sé y lo respeto. Eres una dura. Creo que solo me pone celosa. Sabía que habías regresado a tu trabajo. Te vi en las noticias entrando rápidamente a la comisaría. Por lo que vi, tenías una nueva compañera. No es tan linda como Ramírez, pero...

—Eso es cierto. Lo siento, Rose. Debí haberte llamado. Debí haberte preguntado. Pero... mi trabajo es lo único que sé hacer bien. Tuve que volver para ver si eso me ayudaba a regresar al lugar donde estaba antes de su muerte.

—Yo entiendo eso, mamá. Y está bien. En serio. Lo entiendo.

—Aun así... No quiero que pienses nunca que te estoy eligiendo de segunda.

—Mamá, no soy ciega. He visto la forma en que has tratado de arreglar las cosas entre nosotras. Lo has intentado y yo te he rechazado en varias ocasiones.

Todavía estaba comportándome como una niña ingenua que quería hacerte

enojar porque las cosas entre papá y tú no funcionaron. Nunca me he sentido de segunda por tu trabajo, a pesar de algunas de las cosas que te dije en el pasado.

—Eres una chica increíble —dijo Avery.

—Y tú eres una detective de mierda —dijo Rose, haciendo un gesto hacia la silla donde se encontraba el teléfono de Avery—. Atiende la llamada. Según las noticias, al parecer estás trabajando en un caso bastante desagradable.

—Tú eres más importante, Rose.

—Sí, esa fue la conclusión a la que llegamos —dijo Rose, besando la mejilla de Avery—. Ahora anda a buscar al asesino. Detenlo antes de que mate a otra persona.

Intercambiaron una mirada. No dijeron nada, pero no hizo falta. La mirada comunicó todo. Anda a detener al asesino... No te rindas. Papá está muerto, pero atrapaste al bastardo que lo hizo. No te detengas ahora. Haz tu trabajo. Salva vidas.

Avery se inclinó hacia adelante y le besó la frente.

—Estaremos bien, Rose.

—Sí —dijo Rose—. Y prometo hacer mi parte de aquí en adelante.

—Lo mismo digo —dijo Avery.

Se bajó de la cama, sintiéndose un poco extraña mientras tomaba el teléfono.

Cayó en cuenta de que esa sensación era saber que tenía el apoyo total de Rose, que Rose era, en esencia, su porrista. Era una sensación extraña... una sensación increíble.

Vio que la llamada perdida era de O'Malley. Trató de llamarlo, pero se fue directo a su buzón de voz. Luego buscó el número de Kellaway e intentó llamarla. Kellaway atendió casi de inmediato, tan diligente y ansiosa por complacer como siempre.

—Vi que O'Malley me llamó hace cinco minutos —dijo Avery—. ¿Sabes lo que está pasando?

—Sí —dijo Kellaway—. Estoy conduciendo a la escena ahora. Hubo otro asesinato. Y este podría ser hasta más raro que el de las arañas.

—Dame la dirección —preguntó Avery, mirando de nuevo a Rose, y viendo que tenía una sonrisa de orgullo en el rostro.

—Detective Black... no. Quédate con tu hija. No quiero que...

—Dame la dirección —repitió Avery—. Ya voy para allá.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Resultó que el hospital estaba más cerca de la escena del crimen que de la A1, así que Avery llegó solo unos minutos después de Kellaway. Finley también estaba con ella, ambos con sus hombros encorvados por

una llovizna fría que acababa de empezar a caer. Avery se bajó del auto, se colocó un abrigo sobre sus propios hombros y se encontró con ellos.

La casa se encontraba en una calle lateral que se desviaba de una carretera principal. Las casas no estaban muy pegadas, y había aproximadamente una hectárea de tierra entre cada propiedad. Era el tipo de lugar que aún podría ser considerado un vecindario en lugar de una subdivisión. Los tres comenzaron a caminar juntos hacia la casa, acercándose a la puerta parcialmente abierta y al único policía que se encontraba esperando en la puerta.

—¿Qué sabemos con certeza? —preguntó Avery.

—Si no te molesta, prefiero verlo con mis propios ojos antes de intentar describir lo que me han dicho —dijo Kellaway.

—Kellaway tiene razón —dijo Finley—. El pobre hombre que lo reportó... Por lo que me dijeron, sonaba como un loco.

—Sí, un compañero de trabajo descubrió el cuerpo hace unos cuarenta minutos

—dijo Kellaway—. La víctima no se presentó a trabajar, así que su supervisor se enojó porque estaban contra el reloj. Decidió enviar a alguien a su casa a buscarla cuando ella no contestó unos correos electrónicos y llamadas.

Ya habían llegado al porche. Avery pasó por debajo de la cinta policial amarilla que había sido colgada entre las barandillas del porche. El policía en la puerta asintió al oír a Kellaway retransmitiendo la información.

—Así es. El pobre tuvo que ser acompañado a su casa. Estaba hecho un desastre.

—¿Y fuiste el primer policía en llegar a la escena? —preguntó Avery.

Era una cara conocida, una que había visto innumerables veces, pero que nunca

había llegado a conocer, un hombre con un poco de sobrepeso llamado Hancock.

—Sí —dijo Hancock—. Y sí... También me perturbó bastante. Véanlo por ustedes mismos.

Hancock se hizo a un lado, viéndose contento de al fin poder tomar un poco de aire fresco.

Cuando Avery entró en la casa, vio que Kellaway no había exagerado. Parecía algo salido de una película de terror. En primer lugar, el cuerpo tendido en el suelo estaba completamente ensangrentado. Un montón de sangre se había extendido por el piso. La mujer había sido apuñalada varias veces, incluyendo en el lado izquierdo de su mandíbula. Avery contó siete puñaladas.

También vio payasos por todos lados. Demasiados payasos. Muñecos, figuras de porcelana, figuras de cartón, peluches... Había al menos treinta de ellos y todos estaban mirando en la dirección de la puerta principal.

—¿Qué diablos pasó aquí? —susurró Finley.

Avery se puso en cuclillas lo más cerca que pudo del cuerpo sin pisar la sangre.

Vio que su recuento de siete puñaladas había sido incorrecto. Ahora veía diez. Se preguntó cuántas más podría tener en su espalda. También vio una mancha que parecía inconsistente con las manchas de sangre, ubicada en su entrepierna.

—La víctima se orinó —dijo Avery, señalando la mancha oscura.

—Dios mío, mírale los ojos —dijo Kellaway.

Avery también había notado sus ojos. Abiertos de par en par, completamente aterrorizados. Igual que Alfred Lawnbrook. Igual que Abby Costello.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Avery.

Hancock asomó su cabeza en la casa y dijo: —Janice Saunders. Estaba en pleno divorcio. Trabajaba como especialista de propuestas en una agencia del gobierno de la ciudad, según tengo entendido.

—¿Ya hablaron con los vecinos?

Antes de que Hancock pudiera responderle, oyó el sonido de sirenas acercándose, anunciando la llegada de más policiales. Miró por la puerta aún abierta y vio dos patrullas acercándose desde el norte, desde la dirección de la carretera. Pero también vio otro vehículo no tan lejos de los otros. Una furgoneta de prensa.

—Maldita sea —dijo Avery.

—¿Cómo se enteran tan rápido de las cosas? —preguntó Finley.

—Muchas personas están involucradas esta vez —dijo Avery—. Un supervisor y probablemente un puñado de empleados que conocían al supervisor que enviaron a alguien a venirla a buscar. Además, la prensa ha estado encima de mí por haber regresado, así que es una tormenta perfecta. Apuesto a que alguien me estaba siguiendo desde el momento en que salí del puto hospital.

—Buitres —dijo Finley.

—Hancock —dijo Avery—. ¿Puedes encargarte de esto con Finley por un momento? No entren hasta que lleguen los otros policías. Kellaway y yo iremos a hablar con la vecina a ver qué información podemos sacarle. Quiero entrar en su casa antes de que la prensa me vea.

—Me parece bien —dijo Finley.

—Lo mismo digo —dijo Hancock.

Avery y Kellaway hicieron su salida de inmediato. Las patrullas bajaron la velocidad para cruzar en la entrada. La furgoneta de prensa detrás de ellas se veía mucho mejor ahora. Avery supuso que, si alguien adentro realmente estuviera prestando atención, las hubieran visto corriendo por el césped a la casa del vecino.

—¿Alguna vez habías visto algo así? —preguntó Kellaway mientras se aproximaban al porche del vecino.

—No —dijo Avery—. Y créeme, he visto un montón de cosas surrealistas.

Arañas... y ahora payasos. Avery no creía que quedaba ninguna duda ahora. El miedo era ciertamente una gran parte de estos asesinatos.

Cuando subieron las escaleras del porche de la casa de la vecina, encontraron a una mujer parada en la puerta principal. Era una mujer mayor, de unos sesenta años, quien estaba mirando el alboroto en la entrada de Janice Saunders a través de una puerta de cristal. Dio un paso atrás cuando Avery y Kellaway se acercaron. Avery le mostró su placa, y la mujer se acercó y les abrió la puerta de inmediato.

—Soy la detective Black, y esta es mi compañera, la oficial de policía Kellaway

—dijo Avery—. Me preguntaba si podríamos hablar con usted, preferiblemente antes de que las personas dentro de esa furgoneta de prensa se den cuenta de que estamos aquí.

—¿Qué pasó? —preguntó la mujer.

—Le puedo decir lo básico, pero realmente preferiría que lo hiciéramos adentro

—dijo Avery.

La anciana asintió y les permitió entrar en su casa. Antes de cerrar la puerta detrás de ellos, le echó otra mirada al alboroto. Por lo que Avery veía, era el tipo de anciana solitaria a la que le encantaban los chismes. Probablemente el tipo de mujer a la que también le encantaba las furgoneta de prensa y el alboroto.

Cuando terminó de cerrar la puerta, la mujer se volvió y frunció el ceño como si ya supiera lo que había sucedido.

—¿Le pasó algo a Janice? —preguntó.

—Me temo que sí —dijo Avery—. Fue asesinada.

—Ay, Dios mío...

—Señora, ¿me podría decir su nombre?

—Courtney Fowler... ¿Janice fue asesinada?

—Sí. ¿Eran cercanas?

—Solíamos serlo. Pero su esposo la dejó hace un año y desde entonces no quiso socializar mucho. Trataba de invitarla a tomarse un té o un café, pero nunca atendía.

—¿Sabe por qué su esposo la dejó? —preguntó Kellaway.

—No sé a ciencia cierta, pero creo que fue por una aventura. Esos son los rumores que escuché, que su marido tuvo una aventura y escogió quedarse con la otra.

—¿Le parece probable que su ex esposo haya sido capaz de asesinarla?

Courtney las había llevado a su sala de estar y se había sentado en su sofá. Se quitó los anteojos y se secó una lágrima antes de responder: —No... Fue un bastardo por haberla dejado, pero no es violento.

—¿Está segura de eso? —preguntó Avery.

—Sí. A no ser que haya enloquecido en algún momento y no me había enterado, era un joven de buena reputación.

—Tengo otra pregunta para usted —dijo Avery—. Y quizá le parezca un poco extraña. ¿Sabe si Janice tenía alguna fobia?

Courtney lo pensó por un momento antes de asentir lentamente, evidenciando que se le había ocurrido algo.

—En realidad, sí. Tuve una fiesta de Halloween hace dos años para las personas del vecindario, una fiesta de Halloween para adultos. Janice y su marido llegaron disfrazados de una bruja y su escoba, si mal no recuerdo. En fin, la noche iba de maravilla. Un rato después, otros de nuestros vecinos llegaron. Otra pareja linda, en realidad. Pero el marido se había disfrazado de payaso. Y cuando Janice lo vio, se fue a otra sala. Me di cuenta de que estaba incómoda. Luego, cuando todos se fueron a esa sala, a mi estudio, justo al otro lado de la sala de estar, Janice enloqueció. Estaba muy asustada y se comportó muy grosera. Se fue del estudio de inmediato.

Todos creyeron que estaba bromeando. Así que el caballero que se había disfrazado de payaso comenzó a tontear con ella mientras intentaba irse. No la dejó salir por la puerta y comenzó a reírse, tratando de ser cómico. Janice le gritó y empezó a llorar antes de finalmente empujarlo e irse.

—¿Así que es bastante probable que Janice le tenía miedo a los payasos? —

preguntó Avery.

—Sí. Me llamó al día siguiente para disculparse. Dijo que sabía que era un miedo estúpido e irracional, pero que la aterrorizaban.

—¿Le explicó por qué? —preguntó Kellaway.

—No creo. Pero asumí que algo le había pasado en su infancia.

Avery y Kellaway intercambiaron una mirada. Habían obtenido la información que necesitaban, y además habían informado a una vecina que alguien que había conocido bastante bien acababa de ser asesinada. Solo les había tomado unos cinco minutos hacer estas dos cosas, pero Avery sentía que había pasado mucho más tiempo... eso es lo que

generalmente sucedía cada vez que tenía que informarle a alguien sobre una muerte prematura.

—¿Puedo saber cómo fue asesinada? —preguntó Courtney.

—Lo siento —dijo Avery—. No en este momento.

Pero incluso mientras ella y Kellaway se preparaban para hacer su salida, Avery ahora estaba más segura que nunca de que el móvil de este asesino eran los miedos de sus víctimas. No lo comprobado completamente, pero supuso que encontraría otra conexión cuando visitara a la forense una vez que se llevaran el cuerpo de Janice Saunders.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Incluso antes de que el cuerpo de Janice llegara a la morgue, Avery había llamado a Cho Yin, solicitando que examinara sus niveles de cortisol antes que cualquier otra cosa. Avery estaba bastante segura de que sabía lo que Yin encontraría, teniendo en cuenta que Janice se había orinado durante lo sucedido.

Incluso Avery, quien nunca le había tenido miedo a los payasos, no pudo evitar estremecerse al pensar en los rostros espeluznantes, todos mirando hacia la puerta principal de la casa de Janice. El asesino se estaba esforzando mucho para aterrorizar a sus víctimas.

Sabiendo que podría tomar hasta una hora obtener los resultados que necesitaba, Avery se comunicó con la A1. Pidió el número móvil y fijo de la madre de Abby Costello y obtuvo su información en cinco minutos. Trisha Costello vivía en una comunidad de lujo cerca de Smith Mountain Lake, Virginia. Era dueña de una boutique pequeña pero exitosa, la cual llevaba unos diez años gestionando.

Además, había sido informada de la muerte de su hija ayer por la tarde, a lo que su ex esposo finalmente logró armarse de valor para llamarla. Trisha luego había llamado a la A1 para obtener información sobre el caso, exigiendo que fuera prioridad para todos los involucrados.

Así que, cuando Avery la llamó, Trisha Costello estaba más que encantada de ayudarla. Sentía que la policía la estaba tomando en serio. Si bien hubo un tono subyacente de grandeza y desprecio en la voz de la mujer, intentó ayudarla en la medida de lo posible.

Avery habló con ella mientras estaba sentada en el auto con Kellaway, estacionada frente a la morgue, esperando entrar.

—Sé que este es un momento muy difícil para usted, pero tengo unas preguntas

—dijo Avery—. Quizá parezcan un poco extrañas, pero creo que podrían ayudarnos a encontrar a la persona que le hizo esto a su hija.

—Está bien —dijo Trisha—. De hecho, voy en camino al aeropuerto ahora mismo para tomar un vuelo a Boston para asistir al funeral.

La mujer le dijo esto como si estuviera hablando por teléfono con un cliente en lugar de discutiendo el asesinato y entierro de su única hija.

—Bueno, cuando hablamos con su ex esposo, descubrimos que Abby le tenía miedo a las masas abiertas de agua. ¿Asumo que usted estaba enterada de esto?

—Sí. ¿Le contaron sobre el accidente de esquí acuático?

—Sí. Una vez que usted y su ex esposo se divorciaron, ¿con qué frecuencia veía a Abby?

—Tres veces al año. Aunque, en los últimos años, hablábamos por FaceTime un par de veces al mes.

—¿Cómo fue su relación con ella? —preguntó Avery.

—Tensa, supongo. Pero había mejorado en los últimos años.

—¿Le contaba cosas que quizá no discutía con su padre?

—Bueno, sí, cosas de mujeres. Me hablaba de períodos, enamoramientos, cosas por el estilo.

—¿Así que Abby hablaba de hombres con usted?

—Hasta cierto punto. Nunca me daba detalles. Ella era muy privada con esas cosas.

—¿Alguna vez mencionó a algún hombre que la inquietaba? ¿Tal vez un hombre que la asustaba?

—No que yo recuerde —dijo Trisha.

—Está bien. ¿Y lo del agua? ¿Alguna vez se lo mencionó?

—En realidad, sí. El año pasado hablamos acerca de un viaje a la playa y lo embarazoso que fue para ella. Me pidió que le volviera a contar todo

sobre el accidente de esquí acuático, así que lo hice. Cuando Abby se dio cuenta de que en realidad no había sido tan traumático como lo recordaba, me preguntó cómo alguien podría superar un miedo.

—¿Y usted qué le dijo? —preguntó Avery.

—Le dije que había un montón de grupos de apoyo para ese tipo de cosas.

Mencioné un psiquiatra, pero ella descartó esa idea de inmediato.

—¿Y sabe si alguna vez buscó la ayuda de un grupo de apoyo?

—Me temo que no. Nunca volvimos a hablar del tema. Supuse que había terminado siendo una de esas ideas que las madres les ofrecen a sus hijos que en última instancia son ignoradas.

—Entiendo —dijo Avery—. Bueno, eso es todo por ahora. Por favor comuníquese conmigo si recuerda algún detalle que podría haberle mencionado respecto a cualquier hombre.

—Absolutamente —dijo Trisha.

No sonaba como una mujer en duelo en absoluto, sino más bien como como mujer que había sido delegada con una tarea que simplemente tenía que hacer.

Cuando Avery finalizó la llamada, vio que Kellaway estaba a punto de hacer una llamada propia. Avery la miró como para preguntarle qué pasaba, sintiendo que tal vez Kellaway estaba preocupada por otra cosa diferente al trabajo.

—Grupos de apoyo —dijo Kellaway—. Es una excelente idea. Voy a llamar a la A1 para que alguien haga una lista de grupos de apoyo que tratan con fobias.

Avery sonrió para indicarle que estaba de acuerdo y le dijo: —Gracias.

Mientras escuchaba a Kellaway hacer la solicitud, impresionada una vez más por su buena actitud, Avery recibió una llamada en su teléfono celular. Miró el número, el cual le resultó familiar a pesar de que no lo tenía guardado.

Era Cho Yin. Tenía los resultados que Avery le había pedido, y la estaba llamando para solicitar una reunión.

Yin le había dicho por teléfono que se reunieran en su pequeña oficina, escondida en la parte trasera de la morgue, pero lo suficientemente cerca de las salas de examen que era imposible olvidar lo que hacía para ganarse la vida. Ya tenía unos cuantos informes esperando por Avery en su escritorio ordenado cuando entró junto con Kellaway a la oficina.

—Asumo que encontraste algo interesante, como me dijiste que debíamos reunirnos cara a cara —le dijo Avery.

—Eso es decir poco —dijo Yin—. Sus niveles de cortisol estaban muy elevados.

Pero más loco que eso es la aparente oleada de adrenalina que Janice Saunders experimentó antes de morir. Por lo que veo, y esto es, por supuesto, solo preliminar, parece que fue inundada por una gran oleada de adrenalina. Es bastante probable que murió de un ataque al corazón, y no de las puñaladas.

—¿Estás diciendo que su miedo le provocó un ataque al corazón? —preguntó Avery.

—Posiblemente. Esa cantidad de adrenalina volvió loco su corazón, lo hizo funcionar a toda marcha. Y cuando eso sucede, a veces se sufre un paro cardíaco.

—Así que, ¿literalmente murió de miedo? —preguntó Kellaway.

—Eso o por una de las dieciocho puñaladas. Pero honestamente nunca había visto un caso con esta gran cantidad de irregularidades inducidas por miedo. He leído sobre ellas, claro, pero jamás las había visto por mis propios ojos.

—¿Y realmente puede pasar eso? —preguntó Avery—. ¿Morir de miedo?

—Sí, por supuesto. La gente también puede morir literalmente de un corazón roto, eso no es solo una leyenda urbana. Los procesos fisiológicos de ambos son los mismos. El corazón se abruma por una emoción y se bloquea. Sin embargo, el trauma tiene que ser bastante grave.

—Así que, ¿una mujer que teme a los payasos podría morir de miedo por una aparición inesperada de aproximadamente treinta muñecos y figuras de payasos?

—Sí, yo creo que es muy probable —dijo Yin—. Y, basándome en lo que estoy

viendo, apuesto a que fue así. Realmente creo que Janice Saunders literalmente murió de miedo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Kellaway recibió un mensaje de texto de Finley a lo que Avery abrió las puertas de la morgue y se dirigió de nuevo al estacionamiento. Avery quería saber más sobre el pasado de Kellaway. Aunque era un poco tonto suponer que Kellaway era más dura porque había pasado algún tiempo en la policía de Nueva York, era evidente que tenía bien puesta la cabeza sobre los hombros. Y al parecer no mucho la molestaba.

—¿Ya tienen la lista de los grupos de apoyo? —preguntó Avery.

—Sí —dijo Kellaway—. Y, sorprendentemente, solo hay dos que tratan específicamente con las fobias. Aún más sorprendente es que alguien de la A1 se adelantó y verificó si alguna de las víctimas asistió a cualquiera de esos grupos.

—¿Y?

—Janice Saunders asistió a ambos grupos. Pero oye esto... Las tres víctimas asistieron al segundo. Y aquí viene la mejor parte: Alfred Lawnbrook asistió al grupo hace apenas dos semanas.

—¿Tienes la dirección?

—Sí, ya la puse en el GPS —dijo Kellaway.

Avery se sentía como parte de una máquina bien engrasada a lo que se puso al volante. Sintió una punzada de culpa por estar tan metida de lleno en el caso cuando Rose seguía en el hospital. A pesar de que Rose básicamente le había dado su bendición de volver a trabajo y atrapar a este tipo, el instinto maternal de Avery la hizo sentirse avergonzada.

«Tal vez trabajaré en fusionar ambas partes de mí misma cuando termine con este caso —pensó mientras seguía las direcciones que Kellaway le estaba dando

—. Y, si puedo lograr que coexistan, eso podría hacerme una mejor madre... y tal vez incluso una mejor detective.»

El grupo de apoyo se reunía varias veces a la semana. Las reuniones más importantes eran las de los miércoles y jueves por la noche, según el cartel en la ventana de la sala 3A del Centro Comunitario Etheredge. La suerte de Avery quiso que la reunión de hoy fuera al mediodía, solo veinte minutos después de que ella y Kellaway se estacionaron frente al edificio.

Kellaway había llamado al centro para que le dieran el nombre del líder del grupo. La suerte también estuvo de su lado en eso. La consejera principal del grupo ya estaba en la sala, preparando el café y abriendo las sillas. Dijo que estaría más que dispuesta a reunirse con Avery y Kellaway antes de la reunión.

Cuando entraron en la sala 3A, el café estaba haciéndose y una mujer muy bonita de mediana edad estaba colocando galletas, queso y patatas fritas en una bandeja en una mesa. La sala y la forma en que todo estaba organizado hicieron que Avery se imaginara que probablemente así se veían las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

La mujer se volvió a ellas y les sonrió. Sabían que su nombre era Delores Moon.

Tenía cincuenta y un años, pero parecía mucho más joven. Estaba vestida profesionalmente, como si regresaría a la oficina luego de terminar con el grupo, pero tampoco demasiado pesada. Parecía una persona cálida y acogedora, probablemente algo muy necesario en un entorno como este.

—Gracias por reunirse con nosotras —dijo Avery—. Sé que debe ser bastante estresante liderar algo como esto.

—Sí, a veces. Pero los grupos entre semana suelen ser pequeños. Y lo pensé después de hablar con usted... Las personas con fobias no son como la mayoría de las personas que asisten a grupos de apoyo. Respecto a la mayoría de los otros temas que requieren atención o apoyo, las personas suelen estar reacias a hablar de sus problemas. Sin embargo, las personas que sufren de miedos intensos tienden a querer hablar de ello. Esto los hace sentir como si pudieran entenderlo mejor y, como tal, controlarlo.

—Eso tiene sentido —dijo Kellaway.

—Les digo todo esto porque creo que las personas que comenzarán a entrar aquí en pocos minutos no les importaría que presencien la reunión, especialmente si no se les dice por qué están aquí —dijo Moon—. Especialmente por el caso de Alfred... Muchos de los regulares hablan bastante de eso. He recibido varias llamadas y correos electrónicos. Alfred no se compadecía mucho de los demás, pero estaba empezando a avanzar hacia la superación de sus miedos. Bueno, eso parecía.

—¿Y qué de Abby Costello y Janice Saunders?

—Bueno, Janice había estado luchando con el suyo durante un tiempo. Le avergonzaba bastante. Al principio simplemente le asustaban los payasos escalofriantes. Pasó una semana traumatizada cuando uno de sus amigos de la infancia la hizo ver *It* (Eso), la película de Stephen King con el payaso. Pero también me enteré de que había visto a un payaso en zancos caerse en un carnaval. Cuando se levantó, su cara estaba ensangrentada y estaba gritando.

Algo de ese momento alteró su mente, y desde entonces los payasos la aterrorizaban. Me partió el corazón cuando me enteré que había muerto.

Avery asintió, consciente de que Moon aún no sabía cómo había muerto Janice Saunders. Estuvo a punto de decírselo en ese momento, pero el asesinato había pasado hace tan poco que le pareció impropio. Avery asumió que ella misma se daría cuenta, dado el hecho de que ellas estaban aquí.

—Acaba de decir que las personas con fobias tienden a querer hablar de sus miedos —dijo Avery—. Sin embargo, muchos familiares y amigos de las víctimas recientes dicen que generalmente se mostraban renuentes a hacerlo.

—Sí, admitirlo a tus seres queridos puede ser difícil. Es embarazoso para algunos. Pero, una vez que te encuentras alrededor de personas que sabes pueden simpatizar con lo que siempre habías creído eran miedos irracionales... te sientes seguro. Te sientes normal.

Avery pensó en Alfred Lawnbrook, quien escapaba al jardín de mariposas del museo. ¿Había estado escapando o tal vez buscando a alguien que sabía de arañas para hacerle preguntas con la esperanza de poder entenderlas mejor? Eso explicaría el porqué de su relación con Stefon Scott.

—¿Cree que algunos de ellos estarían dispuestos a responder preguntas sobre las víctimas?

—Sí, definitivamente —dijo Moon—. Con lo que Alfred y Abby experimentaron en sus muertes, estas personas creen que las víctimas fueron blanco del asesino debido a sus temores. Es muy personal para ellas.

En ese momento, un hombre con una barba desarreglada entró en la sala. Moon le dio la bienvenida y, cuando los presentó, fue muy cuidadosa de no proporcionar el nombre del hombre. Avery lo entendió, dado que la confidencialidad era muy importante en su profesión, así que lo dejó pasar. No creía que necesitaría nombres a menos que alguien fuera capaz de proporcionar algo muy concreto.

La llegada del hombre marcó el fin de su conversación con Delores. A los pocos minutos, otra persona entró en la sala, una mujer de unos sesenta años con sobrepeso. Una vez más, Moon los presentó sin darles el nombre de la asistente.

Sin embargo, dejó claro que Avery y Kellaway eran de la División de Homicidios de la Policía de Boston y que estaban tratando de encontrar a la persona que había matado a Alfred, Abby, y, más recientemente, a Janice. Nadie había oído la noticia de Janice aún y dos de las personas que se presentaron al mediodía parecieron tomarse la noticia como un puñetazo en el estómago.

A las 12:02 había siete asistentes en la sala. Todos se habían servido sus tazas de café y sus aperitivos y se habían sentado en el semicírculo de sillas plegables de metal que Moon había colocado antes de su llegada. Tres de los asistentes no se veían tan encantados de tener a unas extrañas presentes. No habían dicho nada durante las presentaciones y Avery concluyó de su lenguaje corporal, brazos cruzados y casi completamente pegados a las sillas, que no serían de ayuda. A uno de estos tres le había devastado la noticia del asesinato de Janice.

Sin embargo, Delores Moon permaneció imperturbable. Se puso de pie en el centro del semicírculo como una profesora delante de su clase. Y los siete asistentes la miraron con veneración y esperanza en sus ojos.

—Hoy será un poco diferente —dijo Moon—. Ya les presenté a nuestras invitadas. Y sé que todos hemos sentido las pérdidas de nuestros tres amigos.

Puede que no los hayamos conocido tan bien, pero sufrían algo que todos tienen en común. Hemos hablado de esto y entendemos su

importancia. Así que hoy quiero que aquellos que se sientan confiados y seguros de sí mismos ayuden a nuestras invitadas, la detective Black y la oficial de policía Kellaway, a entender la naturaleza de lo que viven todos los días. ¿De qué forma sienten que sus

temores afectan sus vidas? ¿Qué le dirían a un extraño respecto a cómo es vivir con estas fobias? ¿Cómo describirían sus miedos y sus efectos en sus vidas?

Se espera que puedan usar sus descripciones para comprender mejor la forma de pensar de alguien que ataca a personas con verdaderos temores, así que por favor no se contengan. Es admirable lo abiertos y vulnerables que algunos de ustedes han sido hasta ahora. Por favor ayuden a estas mujeres valientes a llevar a este asesino horroroso ante la justicia.

Hubo menos de dos segundos de silencio antes de que alguien tomara la palabra, el hombre barbudo que había sido el primero en llegar. Cuando lo hizo, todos lo miraron. Algunos asistentes parecían asustados por lo que podría decir. Otros lo miraron con asombro y un poco de celos.

—Bueno, a mí no me molesta hablar —dijo—. La palabra clínica para mi miedo es tanatofobia, el miedo a morir. Y no solo el acto de morir, a simplemente ya no estar vivo. También es pensar que cualquier cosa podría matarme. El viaje en taxi hasta aquí. El resfriado que tuve hace dos semanas. Caerme de la cinta caminadora en el gimnasio. Que el ascensor de mi edificio se descomponga y me vaya por el vacío. Vivo con estos temores todos los días. Pero no son miedos pasajeros. Evito el ascensor a toda costa, incluso cuando tengo una tonelada de víveres que debo subir a mi apartamento. Cada vez que me enfermo, se siente cien veces peor porque creo que todo me puede matar. Incluso en este momento, miro las armas en sus caderas y me pregunto cómo podrían dispararse por accidente. Lógicamente, sé que no pueden hacerlo. Pero igual me aterroriza que ustedes estén en esta sala.

Casi de inmediato, otra asistente tomó la palabra. Era una mujer joven, probablemente menor a treinta años. Se estaba retorciendo en su asiento, indudablemente ansiosa.

—Todo lo que él dijo... pero con fuego. Me aterroriza el fuego. Jamás he disfrutado de un baño caliente porque creo que el calor intenso podría prender en llamas algo en mi baño. Evito cualquier tipo de accesorios para el cabello por las mismas razones, incluyendo secadores de cabello, rizadores, lo que sea. No les estoy tomando el pelo... todo en mi

apartamento es a prueba de fuego. Tengo una de esas estufas de convección que calientan todo por medio de imanes.

También tengo un horno de convección, porque la idea de una hornilla encendida en una estufa me hace vomitar. Y digo literalmente... Una vez vomité en la cena

de Acción de Gracias de mi familia por las hornillas de la cocina y las velas encendidas en la mesa del comedor.

Avery admiró el valor que tomó para que estas personas fueran tan abiertas y honestas con lo que percibían como defectos graves. Ella también tenía sus propios defectos, y sabía lo que era tratar de ser honesta al respecto. Sin embargo, mientras escuchaba, se encontraba en modo detective, tratando de detectar quién se destacaba o llamaba la atención. Tal vez alguien que se viera casi insoportablemente incómodo porque había policías aquí. Tal vez un asistente que se movía de forma ansiosa cuando se hablaba de los asesinatos de los antiguos miembros.

Pero Avery no detectó nada.

—Permítanme hacerles una pregunta —dijo Avery, dirigiéndose a toda la sala—.

¿Hay alguien aparte de Janice que suele asistir que no está aquí hoy?

—Ninguno de los regulares —dijo Moon.

—Sí, si no cuentas a los que abandonaron el grupo —dijo uno de los hombres que no había hablado hasta ahora.

—¿A qué se refiere? —preguntó Kellaway.

—Algunas personas vienen y se dan cuenta de que nos metemos en aguas profundas rápidamente, así que abandonan el grupo —dijo la mujer que le tenía miedo al fuego—. El chico más reciente se llamaba...

—Nada de nombres, por favor —dijo Moon, evidentemente un poco molesta.

—Bueno, él tenía lo que yo creía era un miedo falso, un miedo a tener miedo. La idea de tener miedo lo asustaba. Pero al mismo tiempo creía que nuestras fobias eran estúpidas.

—Sí —dijo Moon—. Sin embargo, por cuestiones de confidencialidad, no podemos hablar de esas cosas porque esa persona no está aquí.

—Lo entiendo, pero si se trata de alguien que vino varias semanas y luego abandonó así no más, especialmente en las últimas semanas, podría ser muy importante para el caso —dijo Avery—. Como mínimo podría proporcionarnos

una pista.

Moon miró el grupo reunido como si estuviera decepcionada. Luego se centró en Avery y Kellaway y les dijo: —¿Puedo hablar con ustedes a solas en el pasillo?

Sin esperar una respuesta, Moon caminó a la puerta y salió de la sala. Avery y Kellaway la siguieron. Avery estaba muy consciente del murmullo detrás de ellas. Incluso escuchó a alguien decir: —Diablos, parece que están en apuros...

Afuera de la sala, Moon se alejó de la puerta a fin de no ser escuchada por el grupo.

—Hay gente que viene por unas semanas y no vuelve nunca más —dijo Moon

—. No es algo inusual.

—Pero ese tipo parece haber molestado bastante a la mujer que le tiene miedo al fuego.

—Sí, y tiene motivos para sentirse así. El hombre insultó y fastidió a todo el mundo. Tuve una conversación con él después de la segunda semana y le dije que ya no sería bienvenido si no dejaba de hacerlo.

—¿Y regresó? —preguntó Avery.

—Sí. Y cuando regresó, lo hizo con un encendedor. Encendió la llama directamente en frente de su cara. Hubo un altercado y le pedí que se fuera. Lo hizo, pero regresó la semana siguiente. Amenacé con llamar a la policía, así que se fue voluntariamente. No lo he visto desde entonces.

—Entiendo que, con lo que hace aquí, le da más importancia a la confidencialidad que a cualquier otra cosa —dijo Avery—. Sin embargo, alguien que se comportó así en este entorno justo cuando estos asesinatos comenzaron...

tenemos que investigarlo.

Moon asintió, viéndose seria. Estaba de acuerdo, pero no le gustaba.

—Tiene lo que se conoce como fobofobia, el miedo a tener miedo. Y basándome en el tiempo breve que pasé con él, fue evidente que cree que, para poder superar su miedo, tiene que crear miedo para desensibilizarse a sí mismo. Crearlo para los demás más que todo, pero también someterse a situaciones de miedo cada

cierto tiempo.

—Sra. Moon... Supongo que entiende por qué una persona así sería sospechosa

—dijo Avery.

—Lo único que tengo es su nombre y número de teléfono —dijo Moon, asumiendo la derrota—. Es lo único que puso en su formulario... y estoy bastante segura de que el número es falso.

—No importa —dijo Avery—. Lo único que necesitamos es su nombre.

Con un suspiro, Moon les dio su nombre y luego, sin decir más, se dio la vuelta y entró de nuevo a la sala. La expresión en su rostro cuando se dio la vuelta fue de tristeza; sentía que había traicionado la confianza de alguien.

A Avery no le molestaba mucho traicionar la confianza de las personas, porque le preocupaba más salvar vidas... y si unas personas tenían que ser desenmascaradas en el camino, pues no quedaba de otra.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El nombre del hombre era Dan Hudson. Llamaron a la A1 para obtener su dirección, la cual resultó estar a solo quince minutos del centro comunitario.

Cuando Avery estacionó el auto frente a su casa, la cual se encontraba entre otras dos casas casi idénticas en la parte más barata de una subdivisión de clase media, era evidente que estaba en casa. Se escuchaba música a todo volumen, y veían a alguien caminando en frente de la ventana de la sala de estar. Las persianas estaban cerradas, pero la figura en movimiento se podía ver fácilmente.

A lo que se bajaron del auto y se dirigieron a la puerta principal, Avery se sorprendió al darse cuenta de que conocía la música que se estaba reproduciendo. Era una banda de rock alemana llamada Rammstein que le había gustado a Rose hace un tiempo. Esto la hizo sonreír y también recordar a Rose.

Volvería al hospital esta noche para ver cómo seguía si le quedaba tiempo, sin importar cuál fuera el resultado final de esta visita a Dan Hudson.

Avery dio unos pasos atrás mientras Kellaway tocó la puerta bastante fuerte para que pudiera ser escuchada sobre la música. Después de unos momentos, la música se dejó de producir y oyeron pisadas acercándose a la puerta. Cuando la puerta finalmente se abrió, solo lo hizo parcialmente. Un hombre se asomó por el espacio abierto de quince centímetros.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó él.

Avery mostró su placa, al igual que Kellaway, aunque el uniforme de policía estándar de Kellaway hizo de este un gesto redundante.

—Soy la detective Black, de la División de Homicidios de la Policía de Boston

—dijo Avery—. Estamos buscando a Dan Hudson. ¿Es usted?

—Sí. ¿Mi música estaba demasiado alta o algo?

—Honestamente, sí. Pero no estamos aquí por eso. ¿Podemos entrar para hacerle unas preguntas?

Dan las miró sospechosamente por la rendija de la puerta y preguntó:
—¿Sobre

qué?

Avery notó los primeros indicios de miedo en su voz.

—Queremos hacerle unas preguntas sobre el grupo de apoyo al que asistió durante las últimas semanas —dijo Avery.

—¿En serio? —dijo, abriendo la puerta un poco más—. ¿Entonces Delores decidió llamar a la policía?

—De hecho, no —dijo Avery—. Lo visitamos por otro asunto.

Esto pareció aliviar a Dan un poco, y por fin terminó de abrir la puerta. Sin embargo, aún era evidente que seguía incómodo.

—Pasen —dijo.

Cuando entraron, Avery vio que todo estaba pulcro... y también un poco soso.

No había cuadros en las paredes, ni lámparas, ni adornos. Se preguntó si esto se debía a su miedo. Tal vez entre menos cosas había en su casa, menos miedo sentía.

—¿Qué necesitan saber? —preguntó Dan—. Si me preguntan a mí, nunca había visto gente más llorona en mi vida. Le tenían miedo a todo.

—¿Y por qué asistía al grupo de apoyo? —le preguntó Kellaway.

—Fobofobia. Miedo a que podría tener miedo. No es algo permanente. Viene y va pero, cuando viene, pega fuerte. Estaba buscando ayuda e, irónicamente, ver cómo las personas se asustaban por cosas raras... Bueno, de alguna manera me hizo sentir mejor.

Dan las había llevado a su sala de estar. No había televisión, solo un sillón y un viejo sofá. El estéreo que había estado reproduciendo la música a todo volumen hace unos momentos estaba en el piso, sus cables bien escondidos detrás de los parlantes.

—¿Durante cuántas semanas asistió al grupo de apoyo? —preguntó Avery.

—Tres semanas. Me pidieron que me fuera a la cuarta semana.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace dos semanas, supongo.

—Y aparte de encontrar consuelo en los miedos de los demás, ¿el grupo lo ayudó? —preguntó Avery.

—Mire, no me estaba burlando de ellos...

—Por lo que escuché, ondeó un encendedor en la cara de una mujer que le tiene mucho miedo al fuego. Eso me parece una burla. En realidad me parece bastante agresivo.

—Pensé que estaba ayudando. En mi caso, exponerme al miedo parece mejorar mi fobia. Afloja su agarre sobre mí.

Avery tenía un montón de preguntas que hacerle respecto a lo que acababa de decir, pero sabía que no serviría de nada. Así que decidió irse por lo seguro y preguntar: —Durante el tiempo que pasó con el

grupo, ¿llegó a conocer a Alfred Lawnbrook, Abby Costello, o Janice Saunders?

Dan asintió con la cabeza mientras se dejó caer en el sillón.

—Sí, los conocí a todos. Alfred era bastante genial. Digo, ¿quién demonios no le tiene miedo a las arañas? Pero Abby... lo suyo era el agua, ¿cierto? ¿Qué demonios? Entonces ¿cómo se bañaba?

—¿Usted diría que se sintió identificado con Alfred porque las arañas lo asustan? Y si lo asustan, entonces eso representa su fobia, ¿cierto?

—No, no me sentí identificado con él. Un día fuimos a tomarnos una cerveza después de una de las reuniones del grupo. Pero no éramos amigos ni nada por el estilo.

—¿Y qué pensaba de Janice Saunders?

—No la conocía tan bien. Ni siquiera sé si le reveló al grupo cuál era su fobia.

No mientras yo estuve allí, de todos modos.

—¿Y usted? —preguntó Avery—. ¿Recuerda un momento en su vida cuando

comenzó a percatarse de sus miedos?

Él negó con la cabeza y, a menos que ella se lo estuviera imaginando, estaba bastante segura de que vio un destello de miedo en su rostro. Cuando volvió a mirarla, todavía veía el miedo reflejado en sus ojos. Por alguna razón, dirigir la conversación hacia sus propios miedos lo estaba incomodando.

—No sé. Comenzó cuando era niño, supongo. Pero no... nunca hubo un momento específico.

—Se vio un poco asustado cuando abrió la puerta —dijo Kellaway—. ¿Eso fue porque creía que Delores Moon podría haber decidido llamar a la policía después de todo?

—No —dijo él—. Siempre soy así.

Se veía aún más ansioso ahora, retorciéndose un poco en su silla. Era casi como verlo transformarse en otra cosa, como ver a un hombre iniciar la transición a hombre lobo.

—Así ¿cómo? —preguntó Avery.

—Un golpe en la puerta. Una llamada telefónica. Nunca se sabe quién es,

¿entiende? Nunca se sabe por qué podrían estar allí. Este mundo es una mierda.

La gente puede ser malvada sin ningún motivo.

—¿Así que la incertidumbre de un golpe en la puerta lo asusta?

Dan frunció el ceño y asintió. Parecía estar tratando de presionarse a sí mismo en el sillón, visiblemente incómodo ahora.

—Yo... Tengo que pedirles que se vayan ahora mismo —dijo—. Viene y no es bueno. Nunca es bueno...

—¿Qué viene? —preguntó Avery.

—No debí haberlas dejado entrar. Yo sabía que era una mala idea y...

—Dan, está bien —dijo Avery, bajando la voz y tratando de mantenerse lo más serena posible—. Solo necesitamos saber si...

—¿Usted le tiene miedo a algo, detective? —le preguntó Dan, mirando a Avery lascivamente. Vio que él estaba empezando a sudar y, por primera vez, Avery comenzó a ponerse nerviosa. No era psiquiatra y temía que podría haber presionado a Dan demasiado sin darse cuenta.

—Sí —dijo.

—¿A qué le tiene miedo?

«A perder a mi hija», pensó, pero se lo guardó para sí misma.

Él le sonrió con nerviosismo y le dijo: —Vio que no es tan divertido hablar de lo que nos asusta. No sé lo que quiere, pero váyase, por favor.

—Señor Hudson —dijo Avery—. No solo podemos ayudarlo con lo que está viviendo con su miedo, sino que hasta podría ayudarnos a encontrar a un asesino.

—¿A un asesino? —dijo, su voz aterrorizada.

Lo dijo como si el asesino pudiera estar escondido en algún lugar de su casa.

Avery vio locura en sus ojos y estaba segura de que inadvertidamente lo había hecho cruzar una línea que no debió haber cruzado.

Fue entonces cuando vio por qué se había estado retorciendo tanto. No solo había estado presionándose en la silla como una forma de retirarse simbólicamente de la conversación; su mano había estado alcanzando algo.

Con un reflejo felino, Dan levantó un arma de fuego. Lo único que Avery vio fue un destello negro moviéndose hacia arriba. Dan gritó.

Luego, Avery vio otro destello. Fue Kellaway, abalanzándose hacia adelante.

Ella chocó con Dan y el sillón casi al mismo momento cuando Dan apretó el gatillo. La mano de Avery se fue a su Glock, pero solo por impulso. A medida que cayó al piso para protegerse, estaba bastante segura de haber escuchado el zumbido del tiro de Dan pasar, fallándola solo por unos cuatro centímetros.

Desde el piso, Avery vio como el sillón, Kellaway y Dan Hudson salieron disparados al piso. Dan dio un grito horrorizado, sus pies pateando en el aire mientras Kellaway se envolvía alrededor de él como una experta, aplicando un

estrangulación trasera.

Avery se puso de pie y se fue a ayudar a Kellaway. Sentía la adrenalina en su cuerpo, sus nervios eléctricos.

«Estuve a punto de morir —pensó—. Debí haberlo visto alcanzando esa arma.

No lo hice... y casi muero como consecuencia.»

Juntas, Avery y Kellaway esposaron a Dan y lo pusieron de pie. Estaba llorando y disculpándose cuando lo sacaron de su casa.

—Gracias —le susurró Avery a Kellaway después de meter a Dan en el asiento trasero.

—No fue nada —dijo Kellaway—. En serio.

—No... en serio te lo digo yo. Kellaway, me acabas de salvar la vida.

Por alguna razón, decir esto en voz alta hizo que sus ojos se le llenaran de lágrimas. También le hizo recordar el momento en el que estuvo a

punto de volarse los sesos antes de ser interrumpida por el paquete de Howard Randall.

—Bueno, mantén esto en mente para el futuro —dijo Kellaway, haciendo lo posible para minimizar lo que había hecho—. Estoy segura de que, si seguimos trabajando juntas después de esto, tendrás la oportunidad de devolverme el favor.

Avery asintió con la cabeza, aun tratando de entender por qué estaba tan conmovida por haberse dado cuenta de que su vida pudo haber llegado a su fin hace dos minutos. No había sido la primera vez que le pasaba algo así, ni por asomo.

Pensó en la tumba de Ramírez, en ver el cuerpo de Jack en el piso de su sala de estar y en Rose, acostada en una cama de hospital a media hora de allí.

Estas cosas ponían claramente de manifiesto que la muerte era mucho más tangible de lo que había creído. La vida le había jugado una mala pasada estos últimos meses, tan mala que tal vez le había cegado lo hermosa que era la vida realmente.

Ella se puso al volante y condujo rápidamente hacia la A1, ansiosa por meter a

Dan Hudson en una sala de interrogatorios. Y aunque eso era apremiante, no era lo más importante que tenía en mente.

Ella quería tenerlo quietecito en la sala de interrogatorios para poder ir a visitar a su hija. Solo el hecho de pensar en ella hizo que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Se las secó rápidamente, antes de que Kellaway pudiera verlas, mientras que el hombre que casi la había matado todavía lloraba en el asiento trasero.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Avery no tardó en darse cuenta de que Dan Hudson sí era culpable de algo, además de haberle casi disparado a una oficial: él era culpable de ser un imbécil.

Todavía estaba aterrorizado cuando lo sentaron en la sala de interrogatorios.

Avery acababa de salir del interrogatorio y no había logrado sacarle mucho más que lo que les había ofrecido en su casa. Connelly, Kellaway

y O'Malley lo observaron desde el monitor. Estaba gimoteando como un miedo y moviéndose en su asiento.

—El tipo es un loco —dijo Connelly.

—Esa no es la mejor forma de describirlo —dijo Avery—. Pero no estuviste muy lejos. La consejera de su grupo de apoyo describió su condición como fobofobia. Le tiene miedo a tener miedo.

—Bueno, ese parecer ser un gran móvil para ir a por personas solo por sus miedos —dijo Connelly—. También es incriminatorio el hecho de que admitió voluntariamente que conocía a todas las víctimas.

Avery asintió. Sí era incriminatorio. Y, en teoría, Dan Hudson parecía un sospechoso probable. El hecho de que le había disparado con un arma hace menos de una hora lo hacía parecer aún más sospechoso. Cuanto más lo miraba retorcerse en el monitor, más se preguntaba si él era el asesino o no. Sin embargo, algunas cosas la hacían dudar.

Para empezar, aunque Delores Moon no era una mujer muy agradable, era buena en lo suyo. Basándose en los antecedentes de Moon y en lo mucho que el grupo confiaba en ella, Avery se sentía segura de que, si ella hubiera sospechado que Dan Hudson era el asesino, se los habría dicho desde el principio.

—Quiero volver a interrogarlo antes de que alguien le impute los asesinatos —

dijo Avery.

Connelly sonrió y le dijo: —Me alegra ver que no perdiste tu lado perfeccionista durante tu tiempo libre.

Avery regresó a la sala de interrogatorios, con unas preguntas en mente que terminarían probando o bien la culpabilidad o la inocencia de Dan. Sin embargo, también sabía que tendía a irle mejor en las interrogaciones cuando improvisaba.

A lo que terminó de entrar, casi que sintió a todos mirándola desde el monitor en el observatorio. Levantó la mirada a la cámara en la esquina y luego se sentó al otro lado de la pequeña mesa en la que Dan Hudson se encontraba.

—Escuche, señor Hudson —le dijo Avery—. Sé que tiene miedo y que no quiere estar aquí. Y cuanto antes podamos exonerarlo de estos asesinatos, más pronto podremos liberarlo. Usted entiende eso, ¿cierto?

El rostro de Dan registró muchas emociones, como si no pudiera decidir qué emoción sentía realmente. Finalmente decidió lo que parecía ser una alegría temerosa.

—¿No entiende? —le respondió con una voz temblorosa—. ¿Cómo diablos podría matar a alguien? Tengo una fobia legítima y diagnosticada que me mantiene asustado. La idea de siquiera manipular un cuchillo me asusta. Solo tengo cuchillos para untar en mi casa porque cualquier cosa con punta afilada me asusta. Incluso conocer gente nueva me asusta porque nunca sé sus intenciones.

—¿Es por eso que insistió en insultar a las personas en el grupo de apoyo de Delores Moon? —preguntó Avery—. ¿Es por eso que intimidó a uno de los asistentes con un encendedor?

—No sé —dijo—. Ver a otras personas asustadas me hace creer que mi problema no es tan grave. A veces me conecto a Internet y veo videos de reacción en YouTube, de esos en los que la gente reacciona a las películas de terror en tiempo real. También veo bromas de miedo. Ver a la gente asustada me hace sentir... normal, supongo.

—¿Así que se supone que debo creer que lo único que ha hecho que constituya bullying es mover un encendedor frente a la cara de una mujer? ¿Cómo sé que no prepara broma complejas solo para poder ver a la gente asustarse? Acaba de admitir que ver a otra persona aterrada lo hace sentirse mejor.

—¡No me está escuchando! —exclamó Dan—. Todas, todas las malditas cosas, tienen el potencial de asustarme. Las esposas que me puso, esta sala sosa, la forma malvada en la que todos me han mirado desde que llegué. Mi mente reproduce todo tipo de escenarios. Que usted me va a dar una paliza para

obligarme a confesar, que terminaré en la cárcel y seré violado todos los días.

Solo hablar de eso me hace...

Avery estaba bastante segura de que estaba siendo sincero. No importaba qué tan buen actor pudiera ser, no había forma de que pudiera ser tan bueno como para transmitir el terror que veía en sus facciones.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo Avery—. Le tomaré la palabra. Y en unos momentos, otra persona entrará y trabajará con usted en sus coartadas, para ver dónde estaba y qué estaba haciendo durante estos

asesinatos. Si todo sale bien, no será acusado de ningún asesinato. Sin embargo, tengo que ser honesta con usted. Le disparó a un policía y eso no es bueno. Le estoy diciendo esto no para asustarlo, sino para que comience a procesarlo. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

El labio inferior de Dan empezó a temblar y, por un momento, parecía un niño asustado sentado en el borde de su cama, esperando que sus padres verificaran el clóset por si había monstruos. Él asintió con la cabeza y comenzó a lloriquear.

Empezó a temblar y era evidente que estaba tratando de recuperar el aliento.

—¿Dan? ¿Está bien? ¿Necesita ayuda?

—Agua —alcanzó a decir a través de lo Avery sentía eran sollozos.

Avery se puso de pie rápidamente y salió de la sala, corriendo de nuevo al observatorio donde O'Malley, Connelly y Kellaway seguían mirando.

—¿Está fingiendo? —preguntó O'Malley.

—No. Está en mal estado. —Miró directamente a Connelly y le dijo—: No creo que sea el culpable. Sé que hay un móvil y que tiene demasiado sentido, pero no es capaz de matar a nadie.

—¿Estás segura?

—Bastante segura, sí. ¿Puedes buscar a alguien para que lo ayude con sus coartadas, solo para asegurarnos? Y llamen a Delores Moon. Está aterrado, Connelly. Necesitará a alguien que lo ayude a calmarse cuando todo esté dicho y hecho.

—Te disparó —dijo Connelly—. Esto no se acabará pronto.

Kellaway se dirigió a la puerta, sintiendo la urgencia de la situación en la pantalla, y dijo: —Le llevaré agua. Y también llamaré a Moon.

Avery asintió para mostrarle su agradecimiento. Se sentía responsable por haberlo presionado demasiado, por haberlo hecho recurrir a la reacción que todavía veía en el monitor frente a ella.

—Si él no es el asesino, ¿hay otras pistas potenciales? —dijo Connelly.

Estuvo a punto de decirle que no, pero sentía que quedaban cosas que aún valían la pena investigar. No estaba segura de si había pasado algo por alto o no, pero tal vez había cosas que aún no habían sido

exploradas. Pensó de nuevo en el grupo de apoyo, todos esos ojos esperanzados y necesitados mirando a Delores Moon.

Y luego, curiosamente, pensó en la carta de Howard Randall.

¿quién eres tú, Avery?

—¿Avery? —dijo O'Malley—. ¿Qué pasa?

Al parecer había estado sumida en sus pensamientos y todos lo habían notado.

—Nada —dijo—. Estaré en contacto e inmediatamente disponible, pero tengo que volver al hospital para ver cómo sigue Rose.

Connelly suspiró, miró el monitor, y luego volvió a mirar a Avery.

—Avery... Gracias por trabajar en este caso. Ya has contribuido muchísimo.

Pero tal vez deberías hacerte a un lado. Para estar con tu hija y arreglar las cosas con ella...

—No. Solo mantenme informada.

—¿Estás segura?

Ni siquiera se molestó en responderle. Ya estaba en la puerta, pensando en Rose en una cama de hospital y en la sensación que la inundaba cada vez que pensaba

en la carta de Howard. Entonces vio a la mujer del grupo que le tenía miedo al fuego y al hombre que temía la muerte. ¿Qué otras fobias habían estado presentes en esa sala? ¿Y cómo estaban conectadas salvo a través del miedo?

«Hay algo más ahí...», pensó.

Siguió pensando en eso mientras caminaba a su auto, sintiendo que tal vez sí había pasado algo por alto. Pero como la necesidad de ver a Rose la tenía tan distraída, no fue capaz de descifrar qué era.

Avery sabía que había dependido de Howard en el pasado, que lo había visitado cada vez que un caso la abrumaba. A veces él le proporcionó buenas ideas, y otras veces la hizo sentirse como una estúpida. Pero ahora que ya no estaba (al parecer viviendo en otro lugar y vigilándola de cerca), se sentía casi vacía.

¿Quién eres tú, Avery?

Había creído saber la respuesta a eso, pero ahora Howard Randall la estaba haciendo dudar.

Y, dada su ausencia, Avery creyó que la respuesta podría estar en una cama de hospital dentro del corazón y la mente de su hija.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Ella llegó al hospital justo después de las ocho. Encontró a Rose mucho más alegre, viendo televisión y comiendo gelatina de la cafetería. La sonrisa que le dio a Avery al entrar fue inesperada.

—Hola —dijo Rose—. No pensé que te vería tan pronto. ¿Ya resolviste el caso?

Avery se sentó en la silla del visitante y negó con la cabeza. —No, aún no. Estoy tratando de poner las cosas en orden.

—¿Aquí? —preguntó Rose—. Creo que sería más fácil pensar y resolver las cosas en una tina de agua tibia con una gran copa de vino.

—Eso suena bien —dijo Avery—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien. El médico vino a verme hace unas horas antes de irse a casa. Me dijo que todo se ve bien. Me darán de alta en la mañana, siempre y cuando los resultados de todos mis análisis de sangre sean normales. Ellos quieren asegurarse de que todos los medicamentos hayan sido expulsados de mi sistema.

Avery se encogió ante lo ligera que sonaba Rose al hablar del tema. Sabía que tendrían que tener una conversación más seria al respecto, pero no estaba segura de cómo iniciarla. Era tan complicado como el interrogatorio del que acababa de salir.

—Rose... entiendo el resentimiento que debiste haber sentido. Pero quiero saber qué puedo hacer para asegurarme de que acudas a mí si alguna vez te vuelves a sentir así. Voy a ser honesta contigo... Me culpé a mí misma. Y tal vez eso fue lo mejor. Tal vez es verdad.

—No, no fue totalmente tu culpa. Pero... No quiero restarle importancia, pero ese sueño profundo fue catártico. Me desperté y te vi aquí y algo me impactó.

—¿Qué?

Los ojos de Rose se estaban llenando de lágrimas. Ella apartó la mirada de su

madre y miró la televisión, donde estaban pasando un reality terrible.

—Estoy cansada de estar enojada contigo. Toda esta angustia adolescente debió haber desaparecido hace años. Tengo que dejar de culparte por todo y empezar a ver el mundo con otros ojos, sin tanto odio. Suena profundo, lo sé, pero eso es lo que siento.

—Me parece bien —dijo Avery.

—Bueno... Sé que no soy Ramírez, ¿pero quieres hablarme del caso? ¿Por qué no lo has resuelto aún?

—¿Resuelto?

Rose se encogió de hombros y dijo: —Solo me sé el término por lo que he visto en la televisión. Y, seamos honestas, todos esos programas son muy mal escritos.

—Arresté a un sospechoso esta tarde, pero estoy noventa por ciento segura de que no es el asesino.

—¿El hombre de las arañas?

Avery se echó a reír, un sonido que terminó convirtiéndose en un bostezo. Había pasado tres meses sin vivir días llenos de estrés. El día de hoy le estaba pasando factura. De hecho, todos los acontecimientos parecían un borrón. Arrodillarse junto al cuerpo de Abby Costello por el estanque Jamaica y entrar en la casa llena de payasos de Janice Saunders... todo se mezcló.

—Es más que arañas ahora —dijo Avery—. Se está agravando bastante.

—¿Un asesino en serie? —preguntó Rose, sonando demasiado interesada.

—Creo que me gustaba más cuando no hablabas —dijo Avery.

—Entonces sí, es un asesino en serie —dijo Rose, sonriendo ante la irritación de su madre—. En los programas malos de TV, postergarían todo hasta el final y allí encontrarían todas las respuestas. Eso o un *deus ex machina*, una pista que sale de la nada y salva el día.

—Sí, eso casi nunca pasa en la vida real —dijo Avery—. En la vida real, es más

como un juego de mesa. A veces no son tanto las pistas, sino investigar más a fondo la vida de las personas y sus conexiones a los presuntos asesinos u otras víctimas.

—¿Tu descanso te ralentizó un poco? —preguntó Rose.

—Tal vez. Me siento un poco rara. Y vaya, estoy cansada.

—Propongo que tengamos una pijamada. No es por presumir, pero puedo conseguirnos un montón de rica gelatina.

—La pijamada me parece buena idea —dijo Avery—. La gelatina, no tanto.

—Genial. Acerca tu silla y ven a ver televisión conmigo.

—¿Qué vamos a ver?

—Veinte mujeres que se ponen a pelear y llorar por todo porque un tipo no tiene suficientes rosas para ellas.

Y, de esta forma, algo se sintió natural y casi reparado en su relación. Era más que barrer el pasado bajo la alfombra y pretender que nada había ocurrido.

Sentía que algo había sido renovado. Y con esa renovación también venía la realidad de que tendrían que trabajar en las cosas pero, siempre y cuando trabajaran juntas, aprenderían a volver a entablar una confianza mutua.

A pesar de esto, Avery se quedó dormida quince minutos después de haber acercado la silla a la cama de Rose para ver la televisión, con sus propios comentarios vagando por su mente.

«A veces no son tanto las pistas, sino investigar más a fondo la vida de las personas y sus conexiones a los presuntos asesinos u otras víctimas...».

Avery no se había dado cuenta de que se había quedado dormida hasta que su teléfono celular sonó. Estaba en el bolsillo de su pantalón, así que la vibración hizo que se despertara sobresaltada. Avery miró su celular. Lo primero que vio era que eran las 3:05 de la mañana. Lo segundo que vio fue que había recibido un mensaje de texto de Kellaway.

Se verificaron todas las coartadas de Dan Hudson. La de Abby Costello no es

irrefutable, pero es suficiente para ser considerada verificable ya que fue exonerado de los asesinatos de Lawnbrook y Saunders. Se reunirá con un abogado mañana para que lo represente en el caso que está siendo procesado respecto al disparo.

Después, Avery se metió en su correo electrónico, pero no encontró nueva información sobre el caso. Trató de volverse a dormir, pero no pudo, así que se fue al baño y se echó un poco de agua en la cara. Cuando volvió a salir, vio que Rose se había despertado.

—Escuché sonar tu teléfono. ¿Te vas a salvar la ciudad?

—No exactamente —dijo Avery—. Pero sí quiero ir a casa a ducharme antes de regresar a la comisaría. ¿Harás que alguien me llame cuanto te den el alta? Quizá pueda venir a recogerte.

—No tienes que hacer eso.

—Sí, sí tengo que hacerlo. Quiero hacerlo. Te prometiste a ti misma que dejarías de odiarme. Lo menos que puedo hacer es prometerte que serás mi prioridad.

—Aprecio eso, mamá —dijo Rose—. ¿Pero puedes empezar después de atrapar a este tipo? Verte en conflicto entre el caso y yo es desgarrador. Y sé cómo te pones cuando estás hasta las rodillas en un caso. Anda a brillar.

—Si tú lo dices —dijo Avery—. Pero hablo en serio... llámame. Quiero recogerte y llevarte a casa.

—Tal vez pueda ir a visitar tu cabaña espeluznante en el bosque cuando todo esto termine.

—De hecho, me encantaría eso.

Avery besó a Rose en la frente y se fue. Nuevamente se encontró pensando en las conexiones y los miembros del grupo de apoyo. Había algo allí, tal vez algo que debía investigar más a fondo. Supuso que llamaría a Delores Moon para tratar de darle sentido a todo cuando se hiciera de día.

Dejó las farolas y los edificios de la ciudad atrás y se digirió a su nuevo hogar.

Las cosas con Rose parecían estar mejor que nunca y también sentía que tenía

algo en mente que estaba a punto de entender, y que eso la ayudaría con el caso.

El sol saldría más o menos en una hora pero, para Avery, ya sentía que el día estaba empezando por buen pie.

Tal vez fue haber pasado los últimos dos días lidiando con la gente y sus miedos, pero a Avery le resultó difícil estar sola en la cabaña cuando llegó a casa. Se sintió como una niña tonta, pero encendió casi todas las luces de la casa, así como también la televisión a un canal de noticias solo para tener algo de ruido de fondo. Oír el murmullo de las voces de los reporteros la hizo sentirse extrañamente segura mientras se desnudó y se duchó.

Pensó en lo que había dicho en el hospital, que tenía que haber alguna conexión a las víctimas. Sin embargo, el grupo de apoyo y Dan Hudson eran las únicas conexiones que habían establecido hasta ahora. Obviamente el miedo era una conexión, pero sus fobias habían sido muy diferentes. Entonces, ¿qué era lo que estaba pasando por alto? Si indagaba más a fondo que el grupo de apoyo en sí, estaba Delores Moon, pero no había sentido ninguna señal de alerta cuando la conoció. Se preguntó quién más podría haber trabajado con el grupo en el pasado: otros consejeros, oradores invitados, o cualquier persona de esa naturaleza.

Cuando terminó de ducharse y vestirse, preparó café. Eran las 05:05, y se estaba preparando unos huevos revueltos y cortando un aguacate para el desayuno.

Mientras comía y bebía su café, buscó a Delores Moon en Google y encontró unas cosas bastante impresionantes. Había trabajado como supervisora clínica para adolescentes con problemas y sus familiares justo a lo que se graduó de la universidad antes de abrir su propio consultorio a la edad de treinta y cinco años.

Llevaba doce años haciendo eso, a menudo dirigiendo y gestionando grupos pequeños como voluntaria.

Cuando regresara a la A1, supuso que podría investigar al grupo de apoyo para ver si alguien más había estado involucrado con él

recientemente. Trazó un plan en su mente mientras guardaba los platos y limpiaba su casa. Salió de la casa, verificó su correo y barrió la acera, simplemente pasando el tiempo hasta que

Rose la llamara para que la fuera a buscar en el hospital.

Volvió a entrar a la casa y se puso a ordenar el correo que le había llegado estos dos días, como facturas y un volante de una mueblería. Y detrás de ese volante encontró una carta con su dirección. No había ninguna dirección de remitente.

Ella reconoció la letra enseguida.

¿Quién eres tú, Avery?

Rasgó el sobre de inmediato. Adentro había un papel para notas doblado en tres partes. Lo desdobló y encontró otra de cartas breves de Howard. Había escrito en una letra bonita:

Todos nos obsesionamos con lo que más tenemos. Ya sea arañas o perder a nuestras familias, el miedo es igual en todas sus formas. Sin embargo, depende de nosotros dejarnos que nos controle o no. Todos nos obsesionamos con lo que más tememos.

Lo leyó tres veces, notando de inmediato que la primera y última frase eran iguales. Repitió esta frase a propósito. Esto era igual a estar sentada en esa mesa frente a él en la cárcel, esperando que le dijera algo que la llevara a resolver el caso. A pesar de los últimos tres meses, Howard seguía mirándola sobre su hombro.

Al menos el paquete que le había llegado el día que estuvo a punto de suicidarse solo había parecido excéntrico.

¿Quién eres tú, Avery? Esta pregunta simplemente había sido profunda y sin sentido.

Pero esta carta era diferente. Parecía más significativa. Todos nos obsesionamos con lo que más tememos.

Cuando sonó su teléfono celular, se puso a temblar.

«Es él —pensó—. Howard me está llamando...»

Sin embargo, el nombre y el número en la pantalla de su teléfono probaron que no era así. Finley era el que la estaba llamando. Y estaba llamando a las 5:40 de la mañana, lo que podría significar una de dos cosas: o bien había novedades u

otra víctima.

—¿Qué tienes para mí, Finley?

—También me alegra oír tu voz —bromeó—. Mira... Estamos investigando hasta lo más mínimo. Recibimos una llamada hace veinte minutos de un tipo llamado Joe Potter. Dijo que estaba preocupado por una amiga suya, que había recibido una llamada extraña de su teléfono celular. Oyó ruidos extraños y el sonido de su llanto.

—¿Tal vez ella lo llamó sin querer? —dijo Avery.

—Incluso si fue así, lo llamó a las cuatro y media de la mañana. Él intentó devolverle la llamada, pero se fue directo a su buzón de voz. Te estoy llamando debido al lugar en el que dijo el tipo que había conocido a su amiga, la cual jamás llamó su novia.

—¿Dónde? —preguntó Avery.

—En un grupo de apoyo para fobias.

—Mierda —dijo Avery—. Dame su número, por favor.

—Te lo enviaré por mensaje de texto cuando finalicemos la llamada. ¿Quieres que te ayude en esto?

—No, creo que seguiré con Kellaway. Pero gracias de todos modos.

Ella finalizó la llamada y llamó a Kellaway. Mientras hablaba con su nueva compañera, oyó un tono en su oído a lo que le llegó el mensaje de texto de Finley. Habló con Kellaway sobre lo que harían y luego llamó a Delores Moon.

Estaba tan concentrada en el caso que, a su salida de la cabaña, apenas tuvo tiempo de echarle otro vistazo a la carta que había recibido de Howard. Aun así, no podía sacarse una frase de la mente mientras se metió en su auto y se dirigió de nuevo a la ciudad.

Todos nos obsesionamos con lo que más tememos.

CAPÍTULO TREINTA

La llamada de Avery a Delores Moon había ido a su buzón de voz, así que Avery le había dejado un mensaje de voz y luego enviado un mensaje de texto que leía: Comuníquese conmigo lo antes posible. Es urgente. Sin su sirena roja estroboscópica, un accesorio que había empezado a utilizar, la misma luz de emergencia que Ramírez siempre

llamaba la ‘burbuja roja’, se dio cuenta de que llamaría la atención de cualquier policía en la zona. Se pasó varias luces rojas y sobrepasó el límite de velocidad todo el camino de regreso a la ciudad. Y

recordó una vez más lo mucho que había amado la emoción de la persecución antes de todo lo que le había pasado.

Cuando se detuvo en el estacionamiento del edificio de departamentos de Kellaway, su teléfono celular sonó. Vio a Kellaway parada en su porche esperándola, y encendió los faros para que viera que había llegado. Estaba amaneciendo, pero aún estaba bastante oscuro, así que no podía apagar los faros.

Avery atendió el celular, reconociendo el número al que había llamado hace menos de veinte minutos.

—¿Detective Black? —preguntó Delores Moon—. Recibí sus mensajes.

—Sí, y discúlpeme por haberla llamado tan temprano —respondió Avery.

Luego le contó lo que Finley le había dicho de la llamada telefónica de Joe Potter. Antes de terminar, Moon soltó un suspiro audible en la otra línea y dijo:

—Lo más probable es que Heather Ellis fue quien lo llamó. Ella es otra de las que abandonó el grupo. Dejó de venir hace un mes aproximadamente porque ella y Joe se habían involucrado y su romance estaba distrayendo al resto del grupo.

—¿Se fue en buenos términos? —preguntó Avery.

—Sí. Heather había avanzado mucho. Ella entendía que Joe todavía necesitaba la ayuda del grupo. Dejó de venir voluntariamente, aunque yo le había recomendado otros recursos.

—¿Entonces asistió al grupo por una fobia que estaba tratando de superar?

—Sí, por supuesto. Un miedo a las alturas bastante grave.

Kellaway llegó al auto y se subió. Se quedó callada porque vio que Avery estaba hablando por teléfono. Avery puso la llamada en altavoz y colocó el celular sobre el tablero.

—¿Y superó su miedo mientras estuvo en el grupo? —preguntó Avery.

—Había mejorado mucho. Sin embargo, el miedo a las alturas es tan común que rara vez es tomado en serio.

—¿Y qué de Joe Potter? ¿Cuál es su miedo?

—De hecho, él es uno de los hombres que estuvo presente en la reunión a la que ustedes asistieron, el caballero que le tenía miedo a la muerte. Creo que él y Heather albergaban la esperanza de que su relación podría ayudarlos a superar sus miedos.

—¿Y Joe alguna vez hizo o dijo algo que lo hizo parecer violento o sospechoso?

—No, jamás.

—Tengo otra pregunta para usted —dijo Avery—. ¿Cuánto tiempo exactamente lleva liderando el grupo al que asistimos ayer?

—Siete meses —respondió—. Aunque he liderado un sinnúmero de otros pequeños grupos igual a ese en los últimos cinco años más o menos.

—¿Y había un puesto de trabajo preexistente cuando llegó al grupo, o usted lo creó?

—Sí, había un consejero que lo había estado liderando durante aproximadamente un año antes de mí, creo. Un caballero agradable, aunque también presumido, llamado Barry Kechner. Estaba más a favor de la mano dura que yo.

—¿Sabe usted por qué se fue?

—Nunca hablé con él de eso —dijo Moon—. De hecho, nuestros caminos se cruzaron solo una vez durante el proceso de transición. Algunos de los miembros del grupo que asistían cuando él estuvo de consejero afirman que tenía poco de

paciencia.

—¿Sabe dónde podría estar ahora? —preguntó Avery.

—Ni idea. En realidad, ni recuerdo la última vez que oí su nombre. Si mal no recuerdo, trabajó unos años como consejero en un centro de rehabilitación de la ciudad. Tal vez volvió allí.

—Gracias por la información —dijo Avery—. ¿No le molestaría otra llamada si necesito más información?

—Para nada, lo que sea para ayudar.

Avery finalizó la llamada y miró a Kellaway antes de decirle: —Lamento que tengamos que comenzar a trabajar tan temprano hoy, pero las cosas se han vuelto mucho más interesantes.

—Ya me di cuenta. ¿Adónde vamos ahora?

Era una buena pregunta. Aunque la llamada inicial sobre Heather Ellis había venido de Joe Potter, Avery no creía que visitarlo inmediatamente valdría la pena, sobre todo si había una posibilidad de que Heather sí estuviera en problemas y podría seguir viva por ahí en algún lado.

«Tal vez siendo torturada con su miedo», pensó Avery.

Avery tomó su celular y llamó a Finley. Él contestó enseguida, un poco adormilado pero igual de buen humor.

—¿Qué se te ofrece, Avery?

—Necesito que armes un equipo. Mejor unos cuantos equipos. Necesito que alguien ubique cualquier cosa que podríamos tener sobre Barry Kechner.

Necesito que eso se haga enseguida. También necesito que me envíes la dirección de Heather Ellis, quien al parecer es la novia de Joe Potter.

—¿La que lo llamó por accidente? —dijo Finley.

—Sí, parece que sí. Si fue Heather la que llamó y ella es la próxima posible víctima del asesino, creo que valdría más la pena ir a su casa que tratar de hablar

con Joe Potter ahora mismo. Dicho esto, creo que alguien debería ir a su casa por si tiene alguna información que no ha compartido.

—Listo. Y este tal Kechner, ¿quién es?

—No estoy segura aún —dijo Avery—. Tal vez es nuestro asesino. Pero no digas nada hasta que sepas si está en la base de datos o no. Gracias, Finley. Solo consígueme la dirección de Heather Ellis lo más pronto posible.

—La tendrás en cinco minutos.

Cuando Avery finalizó la llamada, el silencio en el auto parecía ser un reflejo de lo serio que se estaba poniendo el caso. Para romper el

silencio, Avery le contó a Kellaway lo que se había perdido.

—¿Entonces crees que este tal Barry Kechner podría ser el asesino? —preguntó Kellaway.

—No lo sé —dijo Avery—. Basándome en las cosas que me dijo Moon, me parece correcto, si es que eso tiene sentido.

—¿Intuición policial? —preguntó Kellaway.

—Sí, más o menos.

Al final, Avery ni siquiera tuvo que esperar cinco minutos. Su teléfono sonó de nuevo antes de que pasaran tres minutos. Esta vez, se sorprendió al ver que la llamada venía de la A1 en vez del celular de Finley.

—¿Finley?

—No, habla Connelly. De casualidad estaba pasando por la oficina de Finley cuando recibió la información sobre Barry Kechner que le habías pedido.

Avery... Creo que podría ser el asesino. Encontramos su expediente. No es muy largo, pero deja entrever cosas bastante malas. Fue acusado de crueldad animal hace veinte años. Y encontramos una orden de alejamiento en su contra, puesta por un viejo compañero de trabajo del Centro de Rehabilitación Center Field.

—¿Tienes su dirección? Kellaway y podemos ir para allá ahora mismo.

—Sí, la tengo. Y creo que Finley y yo nos encontraremos con ustedes allá. Si este es nuestro asesino y podría tener a la siguiente víctima, no tiene sentido correr riesgos.

Aunque odiaba la idea de que Connelly estuviera en la escena, pero sabía que era inútil discutir con él al respecto. No pudo evitar preguntarse si esta era su forma de asegurarse de que ella todavía estaba trabajando a plena capacidad. Tal vez quería ver por sus propios ojos si los últimos meses la habían oxidado.

Connelly le dio la dirección y Kellaway la puso en el GPS de su celular.

—Llegaremos en unos diez minutos —dijo Avery.

—Entonces llegarán un poco antes que nosotros —dijo Connelly—. No hagan nada hasta que lleguemos.

Avery colgó antes de responder. Era un hábito que al parecer no había dejado. ¿Y

qué si eso lo hacía enojar? ¿Qué iba a hacer, despedirla?

Con una dirección y un presunto sospechoso a diez minutos de distancia, el sol finalmente comenzó a iluminar el horizonte. La ciudad apenas estaba empezando a despertar mientras Avery aceleraba para adelantarse al tráfico matutino.

Esta era la primera vez que se sentía realmente viva desde que vio el ataúd de Ramírez siendo bajado a la tierra.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Avery y Kellaway efectivamente llegaron a la residencia de Barry Kechner antes que Connelly y Finley. Sin embargo, no mucho antes. Ya veía el resplandor de los faros a la vuelta de la esquina detrás de ellas, probablemente de un solo auto ocupado por Connelly y Finley. La casa en sí se encontraba en la calle sin salida de una calle lateral al borde de un vecindario de clase alta. La luz del porche estaba encendida y el garaje estaba cerrado, así que era imposible saber si había alguien en casa.

—¿Estás lista? —preguntó Avery.

Kellaway asintió con la cabeza, mirando la casa.

—No sabes mucho de mí —dijo Kellaway—. Así que ahora podría ser un buen momento para hacerte saber que, cuando estaba en Nueva York, tuve que disparar mi arma por primera vez en una situación como esta.

—¿Defensa propia?

—Sí. Sin embargo, fallé el tiro. Apunté a su hombro, pero terminé disparándole en el pulmón. Él sobrevivió, pero fue horrible.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Avery.

—No, solo son malos recuerdos. Estaré bien.

El auto que se había estado acercando por detrás se detuvo detrás de ellas. Las puertas del auto se abrieron de inmediato y Connelly y Finley se bajaron. Avery y Kellaway se encontraron con ellos delante de la casa. La luz del amanecer estaba ensombreciendo la acera de Kechner, como para animarlos a seguir.

Caminaron a la puerta principal rápidamente sin hacer ruido. Connelly tomó la delantera, tocando el timbre. Cuando no hubo respuesta después de diez segundos, volvió a tocar y luego tocó la puerta con fuerza. La única respuesta fue más silencio.

—¿Creen que hay suficientes causas probables como para que irrumpamos en su casa? —preguntó Avery.

Si fuera por ella, irrumpiría en la casa sin pensarlo dos veces. Pero las cosas eran diferentes porque Connelly estaba aquí. Esa era una de las razones por las que no había querido que viniera.

—Sinceramente, no sé —dijo Connelly—. Pero dado que tenemos otra posible víctima y este tipo parece ser nuestra única pista sólida, lo permitiré.

Connelly dio un paso al frente mientras dijo esto. Se sacó una ganzúa del bolsillo, algo que Avery jamás habría esperado. Tenía la forma de una pequeña pistola. Era un dispositivo que se utilizaba para abrir casi cualquier cerradura de pines. La había utilizado muchas veces, pero había asumido que sería demasiado polémica para Connelly. Observó como Connelly insertó la varilla de acero fina en la cerradura y luego la empujó contra los pasadores de la cerradura. Se oyó un gran clic cuando la cerradura se abrió.

Avery sacó su Glock rápidamente, abrió la puerta y entró. Mientras los otros tres la seguían, ella observó sus alrededores. Era una casa muy bonita, la puerta de entrada conduciendo a un gran vestíbulo. Desde el vestíbulo, había una división en la casa; la izquierda daba a lo que parecía ser un cuarto de estar y la derecha a un estudio y un pasillo más allá. El estudio estaba iluminado con una lámpara de escritorio, proporcionando un ligero resplandor que les permitía ver así sea un poco.

Sin decir ni una sola una palabra, siguieron el protocolo. Avery y Kellaway entraron al estudio, mientras que Connelly y Finley verificaron el cuarto de estar y los espacios oscuros más allá. Cuando Avery vio el portátil cerrado sobre la mesa, se acercó a él de inmediato. Lo abrió y vio que tenía contraseña.

Apenas tuvo tiempo de sentir frustración por esto ya que unos instantes después vio una pila de papeles a la derecha del portátil. Uno de ellos era un boceto de lo que parecía ser un mapa aproximado. Había un círculo en el borde. Las letras EJ

estaban en el centro del mismo.

Debajo de este boceto había una hoja de papel rota con unas palabras garabateadas. Cada una de ellas la hizo estremecer.

—¿Viste esto? —le preguntó Avery a Kellaway por encima del hombro.

—Sí...

Las palabras en el papel leían: ¿tarántula? ¿Viuda negra? ¿Araña de tela de embudo (*atrac robustus*)? Había otras arañas anotadas, pero las mismas habían sido tachadas. También estaban anotados varios nombres de empresas y tres sitios web. Ella misma había visitado uno de esos sitios web cuando investigó a Stefon Scott.

Debajo de esta lista había unos papeles grapados. Todos parecían ser copias impresas y recibos. Ella los leyó rápidamente y vio que las palabras payaso y muñeco aparecían bastante.

Luego volvió a mirar el mapa aproximado. Miró el círculo marcado EJ y vio varias X marcadas en el borde del mismo.

«EJ —pensó—. Estanque Jamaica. Y apuesto a que cada una de esas X es un posible lugar de deshecho...»

—Es él —dijo Avery—. No veo nada relacionado con Heather Ellis, pero los otros tres... Es él. Tenemos que...

Ella fue interrumpida por la voz de Connelly, la cual resonó por toda la casa en un fuerte murmullo: —¿Qué DIABLOS?

Avery corrió al cuarto de estar, siguiendo la dirección de la voz de Connelly.

Kellaway la siguió, y vio que ella tenía su arma en mano. El cuarto de estar daba a un gran pasillo que parecía envolverse para encontrarse con el pasillo del estudio. Sin embargo, también había varias salas. Dos de estas puertas estaban abiertas. Se escuchaban sonidos de disgusto procedentes de una de ellas y vio a Finley salir lentamente. Estaba de espaldas a Avery mientras seguía de cara a la sala.

—Sal de ahí —dijo, aparentemente a Connelly—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Qué pasa? —preguntó Avery.

Finley se veía como si hubiese visto un fantasma cuando se dio la vuelta para mirar a Avery. —Ni siquiera sé. Parece que Kechner estaba investigando algo.

Avery corrió a la puerta y no estaba nada preparada para lo que vio. Tuvo que detenerse en la puerta por un momento para darse tiempo para adaptarse.

Connelly estaba parado a pocos pasos de ella. Él también se veía congelado.

Estaba mirando la esquina trasera, donde había una caja de cristal en el piso, una muy similar a la que había visto en el apartamento de Stefon Scott. Casi todo el cristal estaba cubierto de filamentos delgados de telas de araña. Sin embargo, había telarañas en otros lugares también. Estaban en las paredes, filamentos finos que llevaban a telarañas más anchas y bien tejidas en las esquinas cerca del techo.

Y había arañas por todas partes. Arañas grandes. Algunas estaban subiendo las paredes, mientras que otras se movían en el piso.

—¿Ustedes creen que hizo esto a propósito? —preguntó Connelly.

—No sé —dijo Avery, retrocediendo lentamente, incapaz de apartar la mirada de las arañas—. Tal vez. Tal vez estaba sacando crías.

Ninguna de las arañas que veía era más pequeña que un centavo. Algunas hasta podrían tragarse un centavo. La idea de que algunas de estas podrían ser arañas de tela de embudo pasó por su cabeza, así que se retiró un poco más.

—Vamos —le dijo a Connelly—. Encontré suficientes pruebas en el estudio que Kechner es nuestro hombre. Tenemos que apurarnos y encontrarlo antes de que recibamos una llamada informándonos que alguien descubrió el cadáver de Heather Ellis.

—Sí, buena idea —dijo Connelly, al parecer ya descongelado y caminando hacia la puerta.

Avery esperó a que saliera, queriendo cubrir la retaguardia en caso de que Kechner estuviera en casa y al acecho, esperando emboscarlos. Y fue porque cubrió la retaguardia que vio la araña que estaba trepando detrás de la camisa de Connelly. Era una araña grande, pero no anormalmente grande. El color era extraño y parecía familiar; había visto una araña como esa hace poco, mientras investigaba.

Araña de tela de embudo...

Ella abrió la boca para decir algo pero, en ese momento, la araña alcanzó la piel desnuda del cuello de Connelly. Al sentirla allí, él le metió

un manotazo por instinto. En un momento, el sonido de Connelly manoteando su cuello resonó por la casa y, en el siguiente, su aullido de dolor también resonó.

En realidad fue más como un rugido. Se volvió a golpear su cuello con fuerza y cayó contra la pared. Avery miró el pasillo poco iluminado y vio la araña alejándose por el piso. Siguiendo sus propios instintos, Avery subió el pie y pisó la araña. Oyó un crujido satisfactorio debajo de su tacón.

Finley se acercó a Connelly, verificando la zona. Olvidando por completo el sigilo, Avery tocó el interruptor de luz más cercano, iluminando todo el pasillo.

Lo primero que vio fue la mordedura en el cuello de Connelly. Ya estaba poniéndose roja e hinchada. La segunda cosa que vio fue dos arañas saliendo de la sala que habían olvidado cerrar, aunque no hubiera importado porque las más pequeñas podrían haberse deslizado fácilmente debajo de la puerta cerrada. Se preguntó cuántas ya vagaban por toda la casa a pocos centímetros de su piel expuesta.

Avery ayudó a Finley a poner a Connelly de pie mientras Kellaway agarraba su teléfono celular para llamar una ambulancia. Comenzaron a caminar hacia afuera y, cuando ya se encontraba de vuelta al aire libre, Avery se sintió un poco mejor, ya que dejó de pensar en posibles arañas mordiénola.

—¿Qué tan grave es esto? —preguntó Connelly mientras ellos lo cargaban al auto.

—¿Prefieres que te diga la verdad o que te reconforte? —preguntó Avery.

—Que me digas la verdad.

—Estoy bastante segura de que fuiste mordido por una araña de tela de embudo.

Alfred Lawnbrook murió a causa de varias de sus mordeduras. Dependiendo de la especie, podrías estar muerto dentro de una hora o simplemente pasar unos días muy enfermo.

—Mierda —dijo Connelly.

—La ambulancia viene en camino —anunció Kellaway, guardándose el celular

—. Tiempo estimado de llegada, once minutos.

—¿Quieres que te llevemos nosotros? —preguntó Finley—. Podría ser más rápido.

—Mala idea —dijo Avery—. Quizá estemos lidiando con veneno y que necesite medicamentos lo antes posible. Me imagino que los paramédicos se los administrarán justo al llegar.

—Avery tiene razón —dijo Connelly, sentándose en el asiento del pasajero.

Estaba empezando a temblar un poco y la mordedura en sí se veía mucho peor.

—Black... Kellaway... vayan a buscar a este imbécil. Hagan lo que tengan que hacer. Solo atrápenlo y lleven su culo a la A1.

Avery odiaba dejar a Connelly en este estado, pero sabía que estaba en buenas manos con Finley. Le dio una mirada seria a Finley, tratando de ocultar su preocupación por lo que parecía ser una situación grave.

—Mantenme informada sobre su condición —le dijo.

—De acuerdo. Ahora anda a atraparlo.

Avery y Kellaway corrieron a su auto, Avery ahora sintiéndose más decidida que nunca. Barry Kechner no lo sabía aún, pero había herido inadvertidamente a alguien que respetaba y admiraba. Dependiendo de la rapidez con la Connelly recibía tratamiento, podría acabar peor que solo herido.

—Busca la dirección de Heather Ellis —le dijo Avery a Kellaway—. Creo que esa es nuestra próxima parada.

—¿Qué crees que encontremos?

—No estoy segura —le dijo a Kellaway. Luego recitó la frase de la última carta de Howard, con la esperanza de que también fuera el caso de Heather Ellis y pudiera salvarla antes de que fuera demasiado tarde—. Porque nos obsesionamos con lo que más tememos.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

A Avery no le sorprendió encontrar que Heather Ellis no estaba en casa. Ella vivía en un apartamento en un edificio de tres pisos. Cuando Avery y Kellaway llegaron, las personas del edificio apenas estaban

despertando y preparándose para sus días. Algunas incluso estaban saliendo por la puerta, tal vez con la esperanza de llegar al trabajo un poco temprano. Este fue un recordatorio para Avery que debería recibir una llamada de Rose en unas horas para pedirle que la fuera a buscar al hospital.

«Y si este caso sigue así a toda máquina, no podré hacerlo —pensó Avery—.

Maldita sea...»

La puerta del apartamento no estaba cerrada con llave. Y como no había nadie en casa y la mujer que vivía allí era una presunta desaparecida o secuestrada, eso le pareció una señal de alarma.

El apartamento de Heather era un espacio pequeño y lindo que parecía sacado de un blog de un minimalista. Y como estaba tan bien cuidado y ordenado, fue fácil ver las señales de un forcejeo reciente. Un florero de cristal se había caído de una pequeña mesa de centro. No se había roto, sino terminado en la alfombra de felpa debajo de la mesa. Había unas pantuflas en la sala de estar, una por la puerta principal y la otra al lado del pequeño mostrador de la cocina.

Había un portátil en una pequeña mesa decorativa al otro lado de la sala de estar.

Aunque tenía contraseña, había una foto en la pantalla de bloqueo que tal vez demostraba que Heather Ellis definitivamente estaba tratando de superar su miedo. La foto mostraba a un hombre sin camisa saltando de un acantilado pintoresco. La calidad de producción de la foto le hizo saber a Avery que no era una foto personal, sino una que Heather probablemente había encontrado en línea.

Registraron el resto del apartamento para ver si encontraban algo que les dijera adónde se la había llevado. Dudaba de que el asesino la llevaría a algún lugar exótico para saltar de un acantilado y Boston en realidad no ofrecía ese tipo de atracciones.

En el dormitorio de Heather, había una pequeña mesa de dibujo donde se habían hecho varios bocetos y dibujos a pastel impresionantes. Vio prados y árboles a pastel, así como lo que parecía ser una mujer en un vestido, de la cintura para abajo. Uno de los dibujos era una representación muy bien hecha de un puente, parcialmente tapado por niebla. Sobre el escritorio había un marco hecho de pallets con virutas de madera dentro. Dentro del marco había una cita, escrita en una letra elegante.

La cita leía:

No conoceré el miedo. El miedo mata la mente. El miedo es el pequeño mal que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allí por donde mi miedo haya pasado ya no quedará nada, solo estaré yo.

— Frank Herbert

—Ese puente —dijo Kellaway, señalando el dibujo a pastel—. Sabes lo que es,

¿cierto?

Avery se volvió al dibujo y cayó en cuenta de que sí sabía qué era. Le había resultado familiar la primera vez que lo había visto, pero había estado demasiado ocupada buscando algo un poco más obvio como para recordarlo.

—Es el puente Tobin —dijo. Y, justo después de eso, pensó en la frase de Howard: Todos nos obsesionamos con lo que más tememos.

—Ese es el puente más alto de la ciudad, ¿cierto? —preguntó Kellaway.

—Y Heather Ellis le tiene miedo a las alturas.

Antes de que el último comentario saliera de su boca, Avery sacó su teléfono celular. Con Finley y Connelly fuera de servicio por el momento, buscó el número de O'Malley.

—Hola, Black —dijo O'Malley—. ¿Por qué no me llamaste para avisarme lo que le había pasado a Connelly? Él va a...

—O'Malley, necesito que te comuniques con la ciudad y juntes a un montón de

gente ahora mismo. Tenemos que cerrar el puente Tobin.

—¿Qué? ¿Estás loca?

Avery y Kellaway ya estaban saliendo del apartamento de Heather y bajando por las escaleras. La voz de Avery tembló un poco con cada escalón que bajaba.

—Estoy casi cien por ciento segura de que el asesino llevó a su última víctima, Heather Ellis, a ese lugar. No sé cuánto tiempo espera para

matarlas, pero tal vez...

—Tal vez aún no sea demasiado tarde —dijo O'Malley—. ¿Estás segura de esto, Black?

—Solo hazlo —espetó en el celular.

Cuando estaban de vuelta en su auto, Avery salió al tráfico matutino, tocando el claxon.

—¿Crees que todavía esté viva? —preguntó Kellaway.

Avery pensó en Lawnbrook, asesinado por las arañas. En Abby Costello, lanzada a una sección aislada del estanque Jamaica y en Janice Saunders, aterrada por los payasos que habían aparecido repentinamente en su casa. Cada una de esas escenas había tomado dedicación y tiempo para crear. Se preguntó cuánto tiempo había permanecido Kechner allí en el estanque, observando a Abby Costello tratando de nadar a la superficie frenéticamente... y cuánto tiempo había pasado apuñalando a Janice Saunders mientras disfrutaba de su terror.

Alguien así... podría tomarse su tiempo. Tal vez querría prolongar las cosas lo más que pudiera.

—Creo que sí —dijo Avery.

Y aunque era una pequeña esperanza, al menos era algo a qué aferrarse mientras conducía hacia el puente Tobin.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El puente Tobin albergaba seis carriles de la autopista US 1 y cruzaba el río Mystic. Era un puente de armadura de dos pisos que estaba a unos setenta y seis metros sobre el agua en su punto más alto. Cuando vio el puente, Avery se sintió bastante segura de que cualquiera que quisiera permanecer oculto se mantendría alejado del centro del puente, donde habría más tráfico.

Sabía que la cubierta debajo del puente sería el lugar más probable donde Barry Kechner haría su obra demente. Hacerlo en la cubierta superior donde el tráfico pasaba volando en las mañanas significaba que sería atrapado fácilmente. En la cubierta inferior, solo tendría que preocuparse por trotadores y peatones. Y, dado el clima frío, dudaba de que habría muchas personas trotando o caminando por el puente tan temprano.

Ella y Kellaway llegaron al puente Tobin a las 7:56 de la mañana. Aún sentada en el auto, vio a O'Malley gritando instrucciones a un equipo de otros agentes y a un equipo del Departamento de Transporte de Massachusetts. Estaban trabajando para bloquear el tráfico desde el puente y hacerlo de la forma más sutil y menos obstructiva posible. Era una táctica inteligente. Si Barry Kechner estaba aquí con Heather Ellis, no tenía sentido darle aviso de su presencia.

Avery y Kellaway corrieron hacia O'Malley. Avery vio una expresión de alivio en su rostro cuando la vio. Cuando habló, notó que su voz estaba ronca de todo lo que había gritado para poder ser escuchado sobre el ruido del tráfico matutino del puente Tobin.

—¿Alguien lo ha visto? —preguntó Avery.

—Sí, de hecho. Dos conductores diferentes nos dijeron que había un hombre caminando por el borde, justo entre las barandillas. Estaba con una mujer que parecía no querer estar con él. Parece haber sido avistado justo antes de la estación de peaje. Su auto está estacionado lo más alejado de la carretera posible.

El idiota hasta encendió sus luces intermitentes.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó Avery, su corazón latiendo con fuerza en su pecho.

—No sé —dijo O'Malley, mirando su reloj—. ¿Tal vez hace unos siete minutos?

—Está bien —dijo Avery—. Déjanos pasar.

Ella volvió a su auto y esperó con impaciencia a que O'Malley y su equipo hicieran paso para que pudieran entrar el puente.

—¿Entonces está aquí? —preguntó Kellaway.

—Parece que sí —dijo Avery mientras aceleraba en el carril estrecho que O'Malley había hecho para ella.

Aceleró rápidamente, dirigiéndose al peaje. Los carriles despejados ayudaron muchísimo y, para cuando había alcanzado los ochenta kilómetros por hora, vio el auto estacionado en el puente en lo que servía como un pequeño arcén para los automovilistas averiados o problemáticos. Efectivamente vio a alguien parado al otro lado de los cables de protección. La figura parecía anormal, pero eso era solo

porque en realidad eran dos cuerpos: los de Barry Kechner y Heather Ellis.

—¿Estás bien? —preguntó Avery, alcanzando la manilla de la puerta.

Kellaway asintió mientras abrió la puerta. Su mano se fue a su Glock. No la sacó, pero mantuvo su mano sobre ella, preparada para cualquier cosa. Avery sintió sus músculos retorciéndose para hacer lo mismo, pero sabía que sería un error. Si quería tomar la delantera en esto, Kechner no podía verla en ningún tipo de posición defensiva.

Cuando salieron a la acera, el puente estaba extrañamente tranquilo. Kechner y Heather Ellis estaban a unos nueve metros delante de ellos, ambos agarrados de las barandillas en el extremo del puente. La caída al río Mystic quizá no la mataría, pero sí la heriría lo suficiente como para que le fuera imposible nadar hasta la orilla. Avery miró sus manos, ambas aferradas a las barandillas. Un movimiento brusco o incluso solo una palma sudorosa haría que ambos cayeran al vacío.

Avery se acercó lentamente. Sentía a Kellaway detrás de ella, como una gravedad rara que mantenía sus pies sobre la tierra.

—¿Barry Kechner? —preguntó Avery. Ella no gritó, sino levantó la voz lo suficiente para que resonara en el puente. El aire frío llevó su voz a Kechner,

quien ya se había volteado en su dirección al oír su auto deteniéndose detrás del suyo.

—Estamos bien aquí —le dijo, con voz suave y casi agradable. Podría haber sido la de cualquier persona dando un paseo.

—¿Quién está con usted? —preguntó Avery. Cuando terminó de hacer la pregunta, dio dos pasos más al frente. Ahora estaba a unos cinco metros de distancia, las barandillas entre ellos y Avery. Otros pasos más y sería capaz de alcanzar y agarrar a Heather Ellis.

Avery apenas podía ver a Heather. Llevaba una sudadera con capucha, con la capucha puesta. Lo único que Avery podía ver de ella era un ojo marrón, cabello castaño rizado y una nariz puntiaguda.

—Una amiga —dijo Kechner—. La estoy ayudando. Terminaremos en un minuto.

—Bueno, estacionó su auto en el arcén del puente. Y es técnicamente ilegal que estén parados allí al otro lado de las barandillas. Sin

mentonar lo peligroso que es. Tienen que volver a la acera, ¿de acuerdo?

Kechner la miró con una expresión casi infantil, como si pensara que era una idiota. Supuso que el hombre tenía unos cincuenta y cinco, quizá sesenta, años.

Llevaba un gorro, un abrigo negro y botas de trabajo que estaban plantadas firmemente, los dedos de los pies colgando sobre el vacío.

Kellaway se acercó a Avery y le dio una mirada interrogante. Esa mirada parecía preguntarle si le molestaba si participaba. Avery asintió con la cabeza y Kellaway dio un paso al frente lentamente. No se veía nerviosa, pero tampoco nada segura.

—Señor Kechner, ¿por qué trajo a Heather aquí? —preguntó Kellaway. Mientras hablaba, dio otro pequeño paso al frente y luego otro, ambos tan pequeños y aparentemente insignificantes que parecía que ni se había movido.

—Ella quiere estar aquí. Ella...

—¡NO! —gritó Heather Ellis—. ¡No quiero estar aquí! ¡Ayúdenme, por favor!

Kechner colocó su mano sobre la Heather ante la interrupción. Por solo una fracción de segundo, su mano había estado libre, su cuerpo solo apoyado en la barandilla. Avery pensó que un fuerte viento podría haberle hecho perder el equilibrio justo lo suficiente para enviarlos a ambos al agua.

Una vez más, Kellaway dio otro paso pequeño y luego uno más atrevido. Estaba a menos de cuatro metros de ellos ahora. Avery dio otro paso hacia adelante y un poco a la derecha. Si pudieran acercarse más, quizá nadie moriría.

—Si vuelves a dar otro paso adelante, la empujo —dijo Kechner—. Le estaría haciendo un favor, ¿entiende? Ella tiene que superar este miedo.

—Tal vez tenga razón —dijo Avery—. Pero mire... Su auto todavía está bloqueando el carril y tiene que moverlo.

—No soy estúpido —dijo Kechner—. Sé por qué están aquí. Supongo que saben lo de Lawnbrook, Costello y Saunders también. ¿No es así? ¿Quieren arrestarme?

—No lo sé —dijo Avery—. Tendremos que hablarlo.

«Él sabe que estoy mintiendo —pensó—. Sabe que está en problemas, y eso lo hace aún más peligroso.»

—No hable —le dijo Kechner—. Ella será mi última víctima. Y me iré con ella.

Se volvió para mirarlas, y Avery no vio ni un solo destello de miedo en sus ojos.

Realmente creía que estaba ayudando a sus víctimas, tal vez sacándolas de un mundo en el que su miedo las controlaba.

Varias cosas sucedieron en los tres segundos que siguieron; todo se sintió como si hubiese ocurrido en cámara lenta.

Kechner le dio un puñetazo a la mano de Heather y la empujó. Su cuerpo se inclinó hacia adelante. Soltó un grito, tratando de agarrarse a una barandilla que estaba demasiado lejos de su alcance. Mientras se tambaleó hacia delante, su cuerpo cediendo a la gravedad, Kellaway se lanzó hacia la barandilla. Su brazo derecho chocó contra Kechner mientras su izquierdo alcanzó y agarró a Heather, apenas atrapándola por la capucha de su suéter. Eso detuvo el impulso hacia adelante lo suficiente como para que Kellaway pudiera jalarla hacia atrás. El

sonido de la tela de su capucha rasgándose fue increíblemente fuerte.

A lo que Heather volvió a aferrarse a la barandilla, Kechner golpeó a Kellaway en la cara. Ella se tambaleó hacia atrás y, cuando lo hizo, Kechner agarró su brazo derecho y lo jaló con fuerza hacia él. Kellaway chocó contra la barandilla, soltando un gemido de dolor.

Avery optó por no sacar su Glock, sintiendo que necesitaría las dos manos, y se precipitó hacia adelante. Para cuando llegó a la barandilla, Kechner había agarrado a Kellaway por el cabello y la barbilla. Para cuando Avery los alcanzó, los pies de Kellaway estaban en el aire... y unos segundos después cayó por la barandilla. Kellaway gritó mientras su cuerpo se fue volando hacia el agua.

Avery gritó y le hizo una llave a Kechner desde detrás de la barandilla. Luchó contra ella, pero ella apretó más, ahogándolo. Sin embargo, el hombre usó la barandilla entre ellos a su favor. Él presionó contra ella, acercándola más.

—Heather, ¿puedes pasar por encima de la barandilla? —dijo ella, siseando por el esfuerzo de mantener a Kechner inmóvil.

Pero Heather estaba paralizada, mirando hacia el agua. Avery siguió su mirada y vio algo que le subió los ánimos: Kellaway, aferrada al borde inferior del nivel más bajo del puente. El borde no permitía mucho espacio para que ella pudiera empujarse hacia arriba, pero se estaba moviendo con cuidado hacia la izquierda, hacia un cable grueso del cual podría aferrarse y usar para subirse hasta las barandillas.

—¡O'Malley! —gritó Avery—. ¡O'Malley, necesitamos ayuda!

Ese momento de distracción fue lo único que Kechner necesitó. Echó su cabeza hacia atrás, la parte posterior de su cráneo conectándose con la boca de Avery.

Ella sintió su labio partirse y probó sangre de inmediato. Lo soltó y retrocedió.

Esta vez actuó con rapidez, no cometiendo el error de dejar su Glock enfundada.

La sacó y apuntó de inmediato.

Kechner estaba apretando la muñeca de Heather, tratando de hacerla soltar la barandilla. Heather tembló mientras Kechner iba quitando un dedo tras otro de la misma.

—Suéltala, Kechner —gritó Avery—. ¡Es tu última advertencia!

El hombre ni siquiera se molestó en mirar a Avery. Ahora tenía las dos manos en Heather, determinado en soltarla. Esto significaría que él se caería con ella pero, en comparación con el tiempo que pasaría en la cárcel por los cuatro asesinatos, Avery asumía que preferiría morir.

Ella lo podía ayudar con eso.

—¡Suéltala!

Cuando él no respondió esta vez, Avery dio un paso adelante y apretó el gatillo.

En su carrera, había evitado a toda costa los disparos a la cabeza. Pero esta vez no tuvo otra opción. Cualquier cosa que no fuera un disparo mortal solamente lo heriría, haciendo que se cayera y se llevara a Heather consigo.

Acertó el disparo, el cual creó un agujero negro directamente entre los ojos de Kechner. Se vio confundido por un momento mientras su cuerpo quedó inerte.

Aflojó su agarre en Heather y se cayó hacia atrás.

Avery corrió hacia delante, aliviada al ver que su cuerpo cayendo no había chocado con Kellaway. Ella ya había alcanzado el cable y estaba usándolo para alzarse, sus pies avanzando poco a poco a lo largo del lado del puente hacia las barandillas.

El cuerpo de Kechner siguió cayendo. Lo miró hasta que se estrelló en el agua fría debajo de ellas. Hasta Heather Ellis pareció salir de su estado de congelación para ver su descenso.

Kellaway todavía estaba fuera de su alcance, a unos tres metros por el borde del puente. Se veía cansada y muy nerviosa.

—¿Podrás lograrlo? —preguntó Avery, buscando una forma de ayudarla.

Kellaway solamente asintió, su atención únicamente en el cable y el borde del puente. Detrás de ellas, dos autos se detuvieron de golpe. O'Malley y cinco policías se bajaron de los autos con armas en mano.

—Barry Kechner está muerto —dijo Avery—. ¡Y Kellaway está colgando!

Para cuando O'Malley y los demás llegaron a la barandilla, Kellaway ya tenía los pies bien apoyados en la misma cornisa en la que Heather Ellis se encontraba. Se dirigió hacia ella lentamente, agarrada a la barandilla con fuerza.

—Heather —dijo—. Vente al otro lado conmigo, ¿te parece?

Heather asintió y dijo algo, pero Avery no lo oyó.

Su teléfono estaba sonando. Lo miró rápidamente y vio que era Rose.

«Mierda —pensó Avery—. Se supone que tengo que ir a recogerla al hosp...»

La idea se desvaneció en ese momento. Avery miró a Kellaway, ayudando a Heather a llegar al otro lado de la barandilla. Luego sonrió débilmente, dio un paso hacia adelante y se desmayó.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Tres días después, Avery se encontraba sentada en la oficina de Connelly. Era el primer día de vuelta de Connelly, después de haberse recuperado en su mayoría de la mordedura de araña. La araña de tela

de embudo que lo había mordido resultó haber sido de los géneros más débiles y, aunque su veneno seguía siendo mortal, había sido detenido por varias inyecciones en el hospital. Connelly todavía llevaba una venda en el área donde había sido mordido pero, aparte de eso, ya se veía bastante bien y como él mismo.

Y eso incluía su enfoque de comunicación audaz y transparente. Miró a Avery desde su escritorio y suspiró. Solo estaban ellos dos y la puerta estaba cerrada. El encuentro se sentía íntimo y sofocante a la vez.

—Quiero que vuelvas —le dijo Connelly—. Sé que has vivido un infierno y que el caso de Barry Kechner solo fue un favor que le hiciste a la A1, pero... quiero que vuelvas. Quiero que trabajes para mí hasta que seas tan vieja que ya no puedas sostener un arma de fuego.

Avery no pudo evitar sonreír ante la idea de sí misma a los cincuenta y cinco años de edad luchando con Barry Kechner en el borde del puente Tobin.

—Te agradezco eso —dijo Avery—. Y estaría mintiendo si te dijera que no tengo ningún interés en volver por unos cuantos años más. Pero por ahora... más bien por las próximas semanas o meses, tengo que enfocarme en Rose. Tengo que poner mi vida personal en orden antes de pensar en el trabajo.

El lado derecho de su cabeza todavía estaba dolorido por su caída en el puente.

Si bien los médicos que la habían revisado no tenían ninguna razón que explicara por qué se había desmayado, el psiquiatra que había visto ayer parecía creer que había sido algún tipo de trauma emocional o mental, que su antigua vida y deseos se habían estrellado con la necesidad de arreglar las cosas con su familia. Su mente se había sentido agotada, así que simplemente decidió apagarse por un momento. Ese desmayo y la explicación del psiquiatra había sido motivación suficiente para elegir una cosa sobre la otra y así ordenar su vida... y Rose había ganado por mucho.

Connelly asintió, se relajó en su asiento y le dijo: —Respeto eso. Hasta lo esperaba. Así que... ¿Tengo que decirle a Finley que solo tendrá tu oficina por unas semanas más?

—No —dijo con otra sonrisa—. Que se la quede. Y Connelly, ¿puedes hacerme un favor?

—¿Qué?

—Espera a que yo te llame esta vez. Volveré. Yo solo... Bueno, esta vez tengo que poner a Rose de primera.

—Entendido —dijo Connelly, poniéndose de pie. Caminó hacia la puerta y la abrió para ella—. Ahora vete de aquí antes de que veas cómo me pongo cuando las cosas no me salen como quiero.

Avery hizo lo que le pidió. Ella pensó en ir a despedirse de Finley y O'Malley, pero no quiso llamar más la atención, pues ya había sido dictaminada heroína por sus acciones en el puente. Kellaway también había sido elogiada y ya estaba de vuelta en las calles trabajando en su siguiente caso. Avery ansiaba ver cómo sería el resto de su carrera.

Quizá hasta trabajarían juntas en otro caso pronto. Avery sin duda esperaba que así fuera; estaba muy consciente de que aún estaba en deuda con Kellaway por haberle salvado la vida.

Había temido al principio que tener a Rose en la cabaña sería raro. Pero, al final, resultó ser exactamente lo que necesitaba... lo que ambas necesitaban, en realidad. El plan que habían trazado su primera noche juntas en la cabaña había sido desconectarse de todo y simplemente quedarse en la cabaña mientras se acercaba el invierno y conocerse como si fuera la primera vez. Si fuera necesario, hablarían de Jack, hablarían de Ramírez, y cómo la vida les había jugado una mala pasada últimamente.

Rose también había accedido a asistir a terapia familiar y, aunque a ninguna de las dos le gustaba la idea, entendían lo mucho que eso podía ayudarlas.

En su segunda semana en la cabaña, Rose se sentó en el sofá con Avery, donde se encontraba leyendo. Ahora Avery leía ficción, cualquier libro inútil y estúpido que la ayudara a desconectarse del mundo.

—¿Mamá? —dijo Rose, su voz era suave y dulce, dejando a Avery saber que lo que venía no sería fácil para ella decirlo.

—¿Sí?.

—Quiero vivir aquí por un tiempo —dijo Rose—. Y no solo para arreglar nuestra relación. Hablo de vivir aquí durante el futuro

inmediato. Mientras que termino la escuela, mientras que encuentro un trabajo de verdad.

—Me encantaría eso —dijo Avery, con el corazón a punto de estallar.

—Sin embargo, no quiero ser la niña vaga que aún vive con su madre. Quiero que me cobres renta. Quiero ser compañeras de piso.

—Siempre y cuando seas mi hija primero, me parece bien.

Rose asintió y le sonrió a su mamá. Le partió el corazón un poco cuando recordó lo mucho que Rose se parecía a Jack cuando sonreía.

—Ahora, como mi compañera de piso, creo que es tu turno de lavar los platos —

dijo Avery.

—Ah, ya veo, vas a ser ese tipo de compañera de piso —dijo Rose con una sonrisa. Aun así, se levantó del sofá y se dirigió a la cocina.

Avery miró los árboles por la ventana trasera, ahora sin una sola hoja. El cielo estaba blanco como la nieve, aunque los pronósticos no indicaban que iba a nevar. Pensó en la colina tranquila en la que una vez intentó cazar y se dio cuenta de que ya no reconocía a esa mujer.

Y eso estaba más que bien. Porque esa mujer había estado a punto de darse por vencida, hasta había considerado quitarse la vida. Y, francamente, Avery odiaba a esa perra.

EPÍLOGO

Avery y Rose siguieron una rutina. Comenzaron a ir a terapia, compartieron los deberes a la hora de cocinar las comidas, pasearon por el bosque y, efectivamente, hablaron de los seres queridos que habían perdido. Cuando se sintieron lo suficientemente cómodas con sus nuevas vidas, decidieron “re-conectarse” (un término usado por Rose) y comenzaron a ver televisión juntas.

Realmente era como si tuviera una compañera de piso. Pero de vez en cuando llegaban a un tema difícil o una de ellas tendría una pesadilla y terminaban desenterrando la relación madre-hija que habían mantenido bajo tierra por mucho tiempo.

Avery estaba pensando en este giro en su relación en una de sus carreras alrededor del estanque Walden. Ese era el único momento del día en el que se permitía estar sola. A veces pensaba en el trabajo, pero

eso estaba bien. Sí lo extrañaba, pero no con la misma urgencia que hace meses. Ella y Rose habían estado viviendo juntas durante seis semanas y Rose seguía siendo más importante que su trabajo. Aunque Rose le había dicho que estaba bien que volviera a trabajar, Avery dudaba. Tenía que asegurarse de estar totalmente preparada, totalmente comprometida, antes de dar ese paso.

El caso de Barry Kechner le había ocasionado bastantes pesadillas y todavía se preguntaba si podría haber habido alguna forma de que Kellaway no hubiera caído al vacío, o incluso si podría haber habido alguna forma de evitar haberle disparado a Kechner.

Lo veía caer al río al menos tres veces al día. Sin embargo, eso constituía una mejoría. Durante la primera semana después del incidente en el puente, reproducía ese momento al menos cien veces al día.

Tenía el cuerpo de Kechner en mente mientras terminaba su carrera. Su cabaña entró a la vista, y eso significaba que ya podía bajar la velocidad. Pensó en Kellaway, y en llamarla para preguntarle si quería venir a cenar con ella y Rose una de estas noches. Tal vez podrían llegar a conocerse mejor fuera del trabajo y...

Avery se detuvo al llegar a los escalones de su porche. Vio que había un pedazo

de papel debajo de la alfombra de bienvenida en la puerta principal. Ella subió las escaleras y se acercó con cautela, como si se tratara de una de las arañas de Stefon Scott en lugar de una hoja de papel.

Sacó la hoja y la desdobló. Solo unas pocas palabras estaban escritas en ella, palabras que leyó al menos diez veces.

¿a qué le tienes miedo, Avery?

-HR

Finalmente dobló el papel y miró hacia el bosque que rodeaba su casa. Su tranquilidad se esfumó en ese momento, dando paso al pánico.

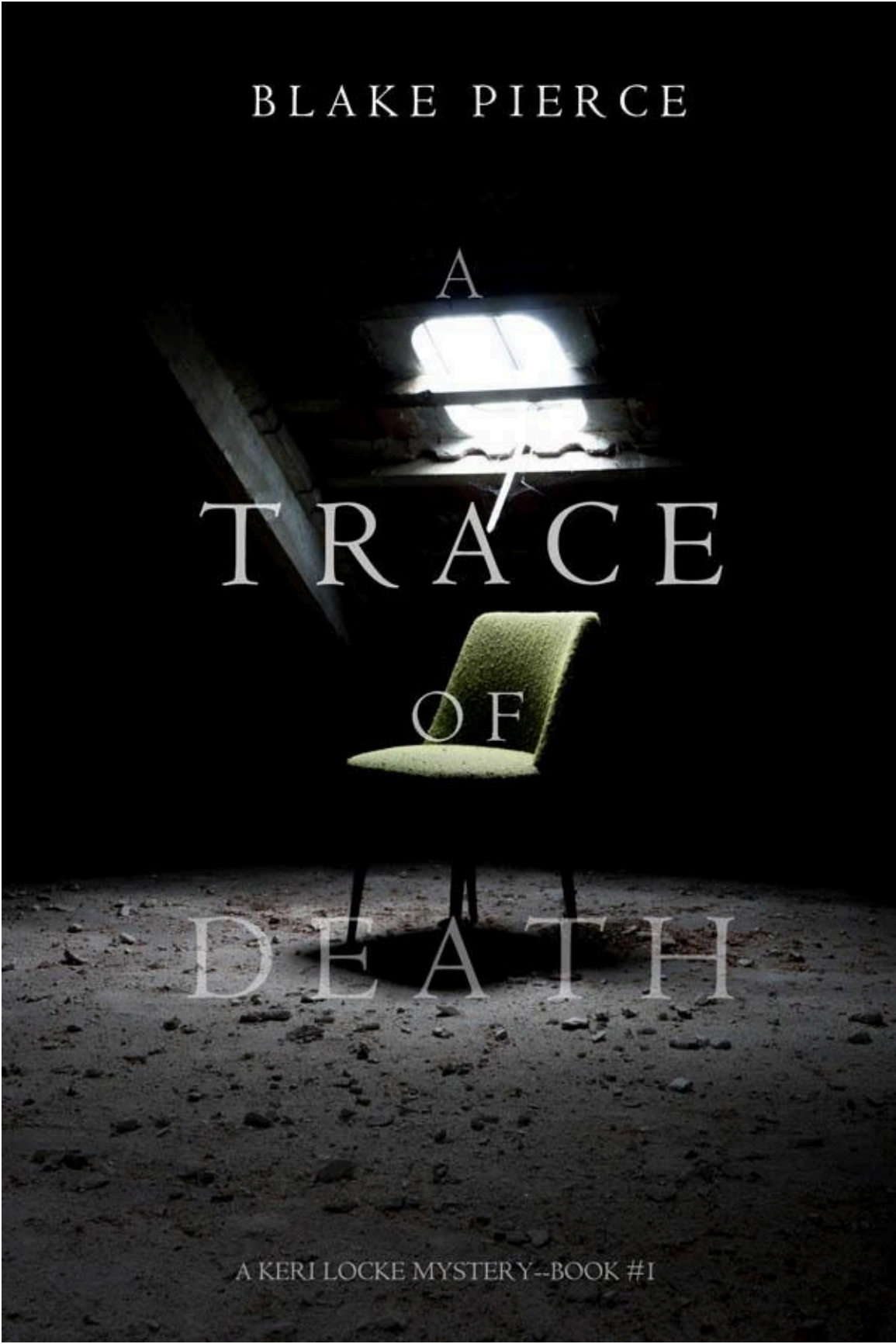
Sí, las otras cartas la habían inquietado. Pero esta carta era diferente.

Esta carta no había sido enviada por correo.

Esta había sido entregada a mano.

Howard Randall había estado en su casa.

¡YA DISPONIBLE!

A dark, atmospheric photograph of a green upholstered chair in a dimly lit room. A bright light source, possibly a skylight, is visible in the upper center, casting a strong beam of light onto the chair and the floor. The floor is covered in small, dark, pebbly debris. The overall mood is mysterious and somber.

BLAKE PIERCE

A
TRACE
OF
DEATH

A KERI LOCKE MYSTERY--BOOK #1

UN RASTRO DE MUERTE

(Un misterio de Keri Locke--Libro #1)

“Una historia dinámica que te atrapa desde el primer capítulo y no te deja ir”.

--Midwest Book Review, Diane Donovan (sobre Una vez desaparecido)
Del autor exitoso de misterio Blake Pierce llega una nueva obra maestra del suspenso psicológico.

Keri Locke, detective de personas desaparecidas de la División de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles, sigue atormentada por el secuestro de su propia hija, quien nunca fue encontrada. Aún obsesionada con encontrarla, Keri oculta su aflicción de la única forma que conoce: metiéndose de lleno en los casos de personas desaparecidas en Los Ángeles.

Una llamada telefónica rutinaria, realizada por la madre preocupada de una estudiante de escuela secundaria que desapareció hace apenas dos horas, debería ser ignorada. Sin embargo, algo en la voz de la madre la sensibiliza, y Keri decide investigar.

Lo que descubre la impacta. La hija desaparecida de un senador prominente había estado escondiendo secretos que nadie sabía. Cuando toda la evidencia apunta a una fuga de casa, Keri recibe la orden de abandonar el caso. Sin embargo, a pesar de las presiones de sus superiores y de la prensa y del hecho de que no hay pistas, la brillante y obsesionada Keri se rehúsa a dejarlo ir. Sabe que solo dispone de 48 horas si quiere tener alguna posibilidad de encontrar a esta

chica sana y salva.

Un thriller psicológico oscuro con suspenso emocionante, UN RASTRO DE

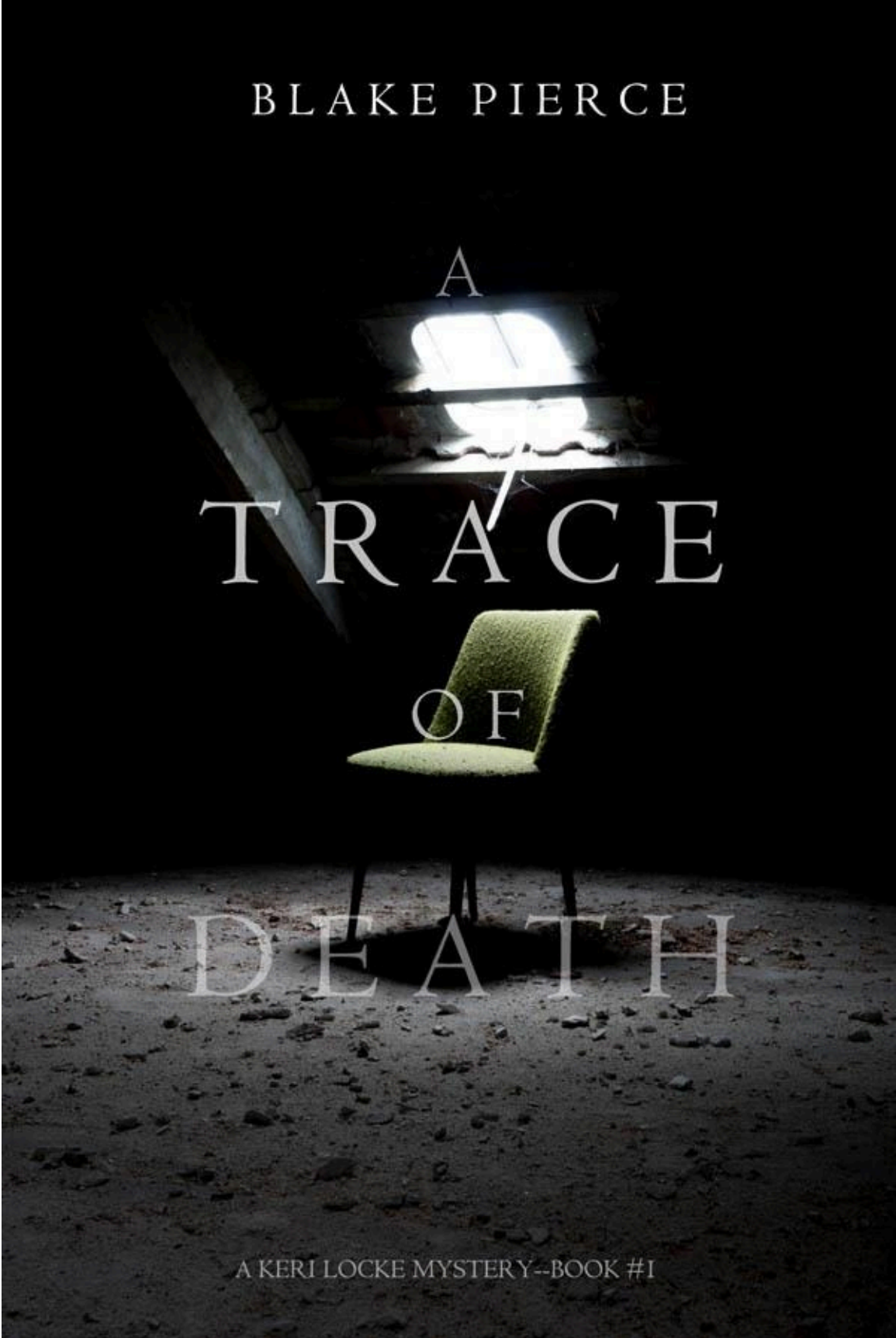
MUERTE es el primer libro de una nueva serie fascinante, con un nuevo personaje querido, que te dejará pasando páginas hasta bien entrada la noche.

“¡Una obra maestra del género de thriller y misterio! El autor hizo un trabajo magnífico desarrollando a los personajes psicológicamente, tanto así que sientes que estás en sus mentes, vives sus temores y aclamas sus éxitos. La trama es muy inteligente y te mantendrá

entretenido durante todo el libro. Este libro te mantendrá pasando páginas hasta bien entrada la noche debido a sus giros inesperados”.

--Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (Una vez desaparecido)

¡El Libro #2 en la serie de Keri Locke también está disponible!



BLAKE PIERCE

A
TRACE
OF
DEATH

A KERI LOCKE MYSTERY--BOOK #1

UN RASTRO DE MUERTE

(Un misterio de Keri Locke--Libro #1)

¿Sabías que he escrito varias novelas del género de misterio? Si no has leído todas mis series, ¡haz clic en las siguientes imágenes para descargar el primer libro de cada una de ellas!



Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio RILEY PAIGE que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de AVERY BLACK (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de KERI LOCKE (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de KATE WISE (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de CHLOE FINE (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de JESSE HUNT (que cuenta con tres libros).

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE JESSE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Book #1)

EL TIPO PERFECTO (Book #2)

**SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE
FINE**

Al LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ CONSUMIDO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)

UNA VEZ ATADO (Libro #12)

UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)

UNA VEZ LATENTE (Libro #14)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE ASESINE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

ANTES DE QUE DESEE (Libro #3)

ANTES DE QUE ARREBATE (Libro #4)

ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5) ANTES DE QUE SIENTA (Libro #6)

ANTES DE QUE PEQUE (Libro #7)

ANTES DE QUE CACE (Libro #8)

ANTES DE QUE SE APROVECHE (Libro #9)

ANTES DE QUE ANHELE (Libro #10)

ANTES DE QUE SE DESCUIDE (Libro #11)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

UNA RAZÓN PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)

UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)

UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)

UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)

UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)

UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)

Document Outline

- [Cover Page](#)
- [Título página](#)
- [PRÓLOGO](#)
- [CAPÍTULO UNO](#)
- [CAPÍTULO DOS](#)
- [CAPÍTULO TRES](#)
- [CAPÍTULO CUATRO](#)
- [CAPÍTULO CINCO](#)
- [CAPÍTULO SEIS](#)
- [CAPÍTULO SIETE](#)
- [CAPÍTULO OCHO](#)
- [CAPÍTULO NUEVE](#)
- [CAPÍTULO DIEZ](#)
- [CAPÍTULO ONCE](#)
- [CAPÍTULO DOCE](#)
- [CAPÍTULO TRECE](#)
- [CAPÍTULO CATORCE](#)
- [CAPÍTULO QUINCE](#)
- [CAPÍTULO DIECISÉIS](#)
- [CAPÍTULO DIECISIETE](#)
- [CAPÍTULO DIECIOCHO](#)
- [CAPÍTULO DIECINUEVE](#)
- [CAPÍTULO VEINTE](#)

- [CAPÍTULO VEINTIUNO](#)
- [CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)
- [CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)
- [CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)
- [CAPÍTULO VEINTICINCO](#)
- [CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)
- [CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
- [CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
- [CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)
- [CAPÍTULO TREINTA](#)
- [CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)
- [CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
- [CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
- [CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
- [EPÍLOGO](#)